

*Cartas de Amor en
tiempos de guerra*
Rafael Uribe Uribe



Selección de textos y prólogo
Pablo Rodríguez Jiménez



Universidad del Rosario



ESCUELA DE
CIENCIAS HUMANAS





UR



Cartas de amor en tiempos de guerra

Rafael Uribe Uribe

← *Rafael Uribe Uribe*, óleo sobre lino, 70 x 56,5 cm, de Ricardo Acevedo Bernal, mayo de 1900.
Cuadro obsequiado a la Señora Sixta Tulia de Uribe, esposa del generalísimo. Colección particular.



Cartas de amor en tiempos de guerra

Rafael Uribe Uribe

Selección de textos y prólogo
Pablo Rodríguez Jiménez

← El General Uribe, con su esposa y sus dos primeras nietas (las niñas Luisa e Isabel Urueta).
El Liberal Ilustrado, 31 de octubre de 1914, p. 297. Hemeroteca Biblioteca Luis Ángel Arango.

Cartas de amor en tiempos de guerra Rafael Uribe Uribe / Selección de textos y prólogo de Pablo Rodríguez Jiménez. – Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, Escuela de Ciencias Humanas, 2014.
xviii, 256 páginas . – (Colección Memoria Viva).

Cartas de amor / Arte epistolar / Guerra – Colombia – Siglo XIX / Colombia – Historia – Siglo XVIII / Colombia – Historia – Siglo XIX / I. Uribe Uribe, Rafael, 1859-1914/ II. Título / III. Serie.

808.86

SCDD 20

Catalogación en la fuente – Universidad del Rosario. Biblioteca

amv

Septiembre 12 de 2014

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995



Colección Memoria Viva, Bicentenario Antioquia

© 2014 Editorial Universidad del Rosario
© 2014 Universidad del Rosario, Escuela de Ciencias Humanas
© 2014 Pablo Rodríguez Jiménez, selección de textos y prólogo

Editorial Universidad del Rosario
Carrera 7 N° 12B-41, oficina 501
Teléfono 297 02 00
<http://editorial.urosario.edu.co>

Primera edición: Bogotá D.C., septiembre 2014

ISBN: 978-958-738-516-8 (impreso)

ISBN: 978-958-784-906-6 (pdf)

Coordinación editorial: Editorial Universidad del Rosario

Diseño de cubierta: Precolombi E.U.

Diagramación: Margoth de Olivos S.A.S.

Impresión: Estrategikmente Ltda.

Impreso y hecho en Colombia

Printed and made in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo por escrito de la Editorial Universidad del Rosario.

Contenido

Prólogo	ix
Pablo Rodríguez Jiménez	
Cartas de amor en tiempos de guerra	
Rafael Uribe Uribe	1

Prólogo

Rafael Uribe Uribe, uno de los políticos e intelectuales más importantes de la historia colombiana, murió asesinado el 15 de octubre de 1914, hace exactamente un siglo. La investigación histórica que lo ha analizado ni ha sido tan abundante ni tan rigurosa, en buena medida por su carácter laudatorio. Los temas que han atraído la atención de la figura de Rafael Uribe Uribe han sido los de su vida política, militar y diplomática. De manera comprensible, los autores han analizado su participación en las guerras civiles de fines del siglo XIX, su agitada vida política y, especialmente, sus encendidos debates en el Congreso, su desempeño como periodista y escritor, su controvertida carrera diplomática y su indiscutido afán por modernizar el país. Mucho menos han sido tratados los aspectos personales e íntimos del general Uribe Uribe; pero esto es algo que ha sucedido con el estudio de casi todas las grandes figuras de nuestra historia. Hoy, cuando la disciplina histórica entiende que los asuntos privados e íntimos de los hombres públicos son esenciales para comprender su cabal dimensión social e histórica, la lectura de sus memorias y correspondencias personales adquiere pleno significado.

Hace cuarenta años, el Dr. Rafael Gómez Picón publicó una importante colección de cartas del general Rafael Uribe

Uribe a sus familiares, que tituló: *Rafael Uribe Uribe en la intimidad: su correspondencia privada*. Lamentablemente, dicha edición tuvo muy poca circulación, en parte porque fue una edición personal, pero también por su reducido tiraje. La colección que publicamos nosotros ahora suma cartas que faltaron en dicha edición y adiciona párrafos que, por razones inexplicables, fueron omitidos de varias cartas. Esta correspondencia es la que Rafael Uribe Uribe dirigió a su esposa, desde cuando la conoció hasta unos años antes de su muerte. El fundamento de estas cartas es la expresión de los intensos sentimientos amorosos que el general tuvo hacia ella. Por supuesto, ese sentimiento fue más vivo y profundo en los primeros años de vida conyugal, después, con los años, se hace visible que lucharon por conservarlo a pesar de las separaciones y la oquedad de la vida cotidiana. Los originales de esta correspondencia componen una de las sesenta carpetas del Fondo Rafael Uribe Uribe, custodiado en la actualidad por el Archivo General de la Nación y la Academia Colombiana de la Historia.

Uno de los rasgos distintivos de la ilustración y el romanticismo fue la práctica de la escritura. Especialmente, en aquellos géneros que conducían a la introspección y permitían manifestar los sentimientos más íntimos. El arte epistolar o la escritura de cartas tuvo especial importancia para las personas de letras desde finales del siglo xviii hasta avanzada la mitad del siglo xx. Rafael Uribe Uribe, que tuvo acentuadas influencias de la Ilustración y el Romanticismo, cultivó el arte epistolar como pocos. Escribir cartas fue una de sus actividades cotidianas predilectas. Por supuesto, la correspondencia oficial y política ocupó un lugar principal en su quehacer público; pero escribir cartas hacia los íntimos y queridos fue un ejercicio que realizó toda la vida.

Las escribía a todas horas, en cualquier lugar y en el papel que tuviera a mano. Escribía cartas largas y así esperaba que fueran las que le enviaban su mujer y sus hijos. En alguna ocasión llegó a amenazarlos con que devolvería la carta que no tuviera, cuando menos, la extensión de una cuartilla. El estilo, les decía, debe ser “natural, sencillo, suelto”. Y, además, les recomendaba variar los temas para evitar agotar al lector.

Rafael Uribe Uribe contrajo matrimonio, en Medellín, con Sixta Tulia Gaviria Sañudo, el 8 de febrero de 1886. Suponemos que la había conocido dos años atrás, pues la primera carta que le escribe es del 13 de marzo de 1885. En aquel entonces, Uribe Uribe residía en Medellín, ciudad a la que había llegado después de graduarse de abogado en el Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario. En la ciudad ocupaba varios cargos, entre otros el de catedrático de la Universidad de Antioquia. Sin embargo, muy pronto se compromete en una nueva guerra, la de 1886. Tanto en esta como en la de 1895, Uribe Uribe fue puesto preso y pasó varios meses en la cárcel. El matrimonio Uribe Uribe-Gaviria se estableció finalmente en Bogotá, ciudad en la que nació la mayoría de sus seis hijos: María Luisa, Adelaida, Julián, Carlos, Tulia e Inés.

De los veintiocho años que duró el matrimonio de Rafael Uribe Uribe con Tulia Gaviria la mayor parte la pasó lejos de su hogar. Unas veces fueron las guerras, otras la cárcel, los viajes diplomáticos o la administración de las haciendas, las que lo obligaron a separarse de los suyos. Y son estas las razones que explican, en parte, su abultada correspondencia familiar. Los años de mayor actividad epistolar corresponden con dichas ausencias. Nuestra colección termina en 1908, cuando Rafael Uribe regresó finalmente al país y, entonces, vivió los

años más cálidos en el seno de su hogar. La foto que sirve de portada a este libro corresponde, por cierto, a dicha época.

No cabe duda de que Uribe Uribe amó a Tulia Gaviria. Con ella se casó profundamente enamorado, y aunque en la correspondencia se aprecian altibajos en la intensidad de sus sentimientos, podríamos decir que le profesó verdadero afecto a lo largo de los años. Los sentimientos de Uribe Uribe revelan romanticismo e idolatría hacia el ser amado, pero este no era casto ni metafísico. Su primera carta está cargada de sensualidad y ardoroso deseo, pues si bien insiste en sus nobles intenciones, no se cohíbe de decirle a Sixta Tulia:

[...] enloquezco cuando veo sonreír esa boca que mil veces he deseado besar; cuando siento palpar ese seno delicioso que ansío estrechar contra mi pecho, o cuando toco sus manos o sus cabellos, temblando de emoción. La veo en sueños, se interpone su imagen querida cuando recorro las páginas de un libro, va conmigo continuamente su memoria y esto es un gozar y un sufrir inmensos.

Uribe Uribe fue un romántico, pero también sus sentimientos sabían temperarse, pues sabía que el amor era finito y que el divorcio era una alternativa real para las desavenencias conyugales. Frecuentemente le preguntaba si había sido feliz a su lado. Acaso, tal vez a manera de juego, le nombra a Sixta Tulia en varias oportunidades la posibilidad del divorcio si no se esmeraba en conservar su salud y su belleza. Recordemos que el matrimonio civil y el divorcio fueron algunos de los temas que con mayor persistencia impulsaron a los liberales del siglo XIX en Colombia y Latinoamérica.

Efectivamente, en su idealización de la belleza juvenil de Sixta Tulia, Uribe Uribe le insiste en que salga a caminar,

realice visitas a familiares y amigos, y mantenga un espíritu activo. Le recrimina duramente que se entristezca con sus ausencias, que con su sedentarismo se deje engordar y que se dedique a fumar. En las largas temporadas que Uribe Uribe pasaba sin ver a Sixta Tulia la idealizaba. Los románticos se deleitaban en el recuerdo, en la evocación tanto de los seres amados como de los lugares visitados. En Uribe Uribe era una especie de mecanismo compensatorio. En distintas cartas, describe a Sixta Tulia las visitas que ha hecho a la casa en la que la conoció, los caminos que recorrieron, los paseos que realizaron, las habitaciones y cuartos en que durmieron. Y en todos ellos siente como si ella estuviera presente. Revivir los momentos íntimos era una característica del Romanticismo, de alguna manera era ese maravilloso recuerdo el que permitía vivir el doloroso presente. Como cuando fue capturado en Mompós, en la guerra de 1895, y para sobrevivir al duro recorrido al que lo sometieron sus captores se dio a recordar los momentos más felices que había vivido al lado de su esposa.

Un elemento imprescindible del mundo nostálgico de los románticos fue la fotografía. Especialmente durante sus estancias en la cárcel y en los campamentos de los campos de batalla, Uribe Uribe añoraba tener fotos de Sixta Tulia y sus hijos. En las décadas finales del siglo XIX la fotografía había empezado a difundirse en el país; aunque pareciera que todavía entonces fuera difícil adquirirlas. En distintas cartas le insiste, casi le implora, en que se tome una foto y se la haga llegar. Estas le permitían sentirse acompañado, de las que decía: “Son a un tiempo mi consuelo y mi tristeza”. Pasaba horas observándolas y siempre las llevaba consigo.

Es conocido el carácter firme e ineludible del general Uribe Uribe en las luchas políticas y militares. En el ámbito

íntimo trató de mostrarse fuerte, aun en las más difíciles circunstancias. Usualmente buscaba transmitirles optimismo y seguridad a su esposa y sus hijos. Sin embargo, en dos oportunidades se despojó de su coraza de hombre fuerte y habló de sus temores y angustias. Una fue en 1895, cuando las penalidades del confinamiento en las bóvedas de Cartagena le debilitaron su espíritu. Cuando llegó allí pensó que pronto sería liberado o que fácilmente conseguiría asilo en Estados Unidos, lo cual no ocurrió y el calor y el maltrato que recibía lo exasperaron. Las cartas que Uribe Uribe escribió desde su cautiverio en Cartagena son extremadamente conmovedoras y ejemplifican muy bien el quebranto que el encierro y la miseria pueden producir en un ser humano. El segundo momento de debilidad ocurrió cuando, estando en Tijuca, balneario próximo a Río de Janeiro, descubrió una úlcera en la garganta y temió fuera cancerosa. Por primera vez, el general temió por su muerte, pero la idea de dejar a su esposa y sus hijos en la pobreza lo llenó de resolución y compró un seguro de vida.

Las cartas que Rafael Uribe Uribe escribió a su esposa no son fuente idónea para conocer su pensamiento político. Fue un tema que, parece, nunca trataba con ella. Entendía, de acuerdo con la tradición, que lo suyo eran los asuntos públicos, y los de su esposa, los domésticos, los de casa. Mas a pesar de concebir estos universos separados en su relación conyugal, el pasar tanto tiempo fuera de su hogar lo llevó a tratar en su correspondencia, con sorprendente atención, cada uno de los asuntos de la casa. Vivía atento a la economía del hogar, a la salud, a la educación y al comportamiento de cada uno. Ya he comentado cómo mantenía pendiente del estado de ánimo de Sixta Tulia. En una ocasión llegó a decir que la “policía secreta que tenía radicada en Bogotá” le había

informado del abandono en que se hallaba. Persistentemente les insistía en el que era su patrón de vida: madrugar, asearse, estudiar y hacer ejercicios físicos. No olvidemos que los “positivistas”, “los hombres del progreso”, pregonaban con fervor la disciplina y el trabajo como principios superiores. En uno de los muchos sermones que daba en sus cartas contra la pereza dice lo siguiente: “A los 80 podré llegar y daré por perdido el día en que no haya aprendido algo, leído algo, escrito algo, moviéndome, en fin, de alguna manera para darme cuenta de que no estoy muerto todavía; porque es claro: no hacer nada es lo mismo que estar muerto”. Con sus extensas, minuciosas y, en ocasiones, divertidas cartas, Uribe Uribe buscaba procurar esa presencia que la vida le negaba. En parte era culpa el sentimiento que lo animaba a escribir sobre tan distintos asuntos a Sixta Tulia y sus hijos cada mañana, pero también porque vivía con especial intensidad sus afectos hacia ellos.

Los viajes al extranjero le permitieron a Uribe Uribe madurar sus ideas políticas y enriquecer su cultura. Durante sus estancias diplomáticas en Chile, Argentina, Brasil y Nueva York escribió cartas en las que comenta los hechos que lo sorprenden y encuentra como positivas novedades. A Sixta Tulia le describe la manera de vestir de las damas santiaguinas, la pobreza de los inmigrantes europeos en los muelles de Buenos Aires y orgulloso cuenta la fastuosidad de las ceremonias oficiales a las que era invitado en Río de Janeiro. Una carta que merece toda la atención es la que escribió el domingo 18 marzo de 1901, en Nueva York. En ella le cuenta con gran detalle a su querida Tulia la fiesta a san Patricio, patrono de los irlandeses, en el Central Park. En especial le describe la multitudinaria y elegante procesión —“pero sin los pasos ridículos de las de allá”—, todo en una particular convivencia de los católicos irlandeses con los protestantes. Uribe Uribe

valoraba la calidad de la educación que se impartía en otros países. A Chile llevó a sus hijos Julián y Carlos para que se educaran en la academia militar. A las hijas quiso enviarlas a Suiza, a la manera de las familias ricas de la época. Y un viaje que prometió a Sixta Tulia a Europa, en momentos de euforia, nunca pudo realizarlo.

No cabe duda de que la correspondencia amorosa del general Rafael Uribe Uribe constituye una fuente en extremo valiosa. Su lectura nos adentra en su mundo íntimo y personal; pero también en la cultura afectiva y sentimental de la época. Estas cartas resultan imprescindibles, sin duda, para todos los que se interesan en conocer más de cerca su magnética personalidad, pero también para quienes sienten curiosidad por saber la manera en que expresaba sus sentimientos amorosos aquel que en la época fuera conocido como un infatigable guerrero y militar.

La lectura de estas cartas tan seductoramente suscita, inevitablemente, la pregunta por las que escribió Sixta Tulia Gavi-ria, la novia y esposa del general. Excepcionalmente hemos podido publicar una, pero ¿qué ocurrió con la gran mayoría de ellas, acaso no se conservaron o no se estimaron de valor? Bien sabemos que no era una mujer intelectual ni dada a la escritura, pues su marido debía animarla para que le escribiera y a que no temiera los errores ortográficos. Cartas que nos permitirían saber más de esta mujer que dejó su terruño para seguir a su marido a la capital (donde, según Uribe Uribe, ninguna antioqueña había sido tan bien tratada) y con sorprendente valor resistió la soledad, administró su hogar y crio a sus hijos. Intuimos apenas sus sentimientos, a través de las cartas de su marido, pero bien sabemos que unas y otras contienen las claves de este amor en la distancia. Finalmente, hemos incluido algunas de las innumerables cartas que

el general dirigió a sus hijos. Misivas extraordinariamente valiosas, que ameritarían una futura publicación, pues en ellas expresa no solamente sus profundos sentimientos paternos, sino sus convicciones respecto a los valores que debían guiar la educación de los muchachos y las muchachas en el país.

Esta publicación es nuestra manera de rendir homenaje al hombre de ideas y letras que fue Rafael Uribe Uribe. Hemos procurado realizar una edición lo más cercana posible a sus versiones originales, lo cual no ha significado mucho esfuerzo, pues —vale decirlo— el general tenía una caligrafía clara y elegante, y su escritura estaba habilitada de las más rigurosas reglas de nuestra lengua. No olvidemos que fue autor, además de libros de temas políticos y económicos, de un diccionario de galicismos, provincialismos y correcciones del lenguaje. Por lo cual no sorprende que ya en aquella época tuviera tan preciso sentido de la puntuación y la acentuación.

Sin embargo, esta obra no hubiera sido posible sin la cordial colaboración del Dr. Mauricio Tovar, subdirector del Archivo General de la Nación, y del Dr. Juan Camilo Rodríguez, presidente de la Academia Colombiana de la Historia. Ellos no solamente me permitieron consultar con libertad el archivo del general Rafael Uribe Uribe, sino que me proporcionaron copia digital de las cartas que escribió a su esposa Sixta Tulia Gaviria. Quiero, igualmente, dar especial reconocimiento a Frisco González, periodista e historiador, tal vez una de las personas que más conoce las aventuras del general, quien además de indicarme cartas “desconocidas”, siempre me animó a hacer este libro. Finalmente, merece todo mi reconocimiento el Dr. Juan Felipe Córdoba, director de la Editorial de la Universidad del Rosario, quien encontró

valor literario e histórico a este libro y lo acogió, sin dudarle,
en su valioso acervo editorial.

Pablo Rodríguez Jiménez
Historiador
Bogotá, julio de 2014

**CARTAS DE AMOR
EN TIEMPOS DE GUERRA
RAFAEL URIBE URIBE**

2

Rionegro, marzo 20 de 1885

Mi querida Felita.

Cuatro letras aprisa para enviarte mi mas cariñoso saludo. Estoy bien de salud: desee que puedas decir lo mismo. Ninguna resolucion he podido aun tomar sobre el camino que debo coger; pero probablemente me ire' a stare, en busca de copartidarios, pues me mortifica sobremanera esta ararosa vida de escondite.

Hoy me quitaron mi mula y mi galápago las Juevas de Bri-coño: espero recuperar ambas cosas en elbetlin; sino, tendré que marchar a pié. Esos trapas vienen saqueando cuanto pueden, y conviene que tomen allá algunas precauciones.

Saluda a toda la familia y cuenta siempre con el afecto de

L. R.

Medellín, 13 de marzo de 1885

Mi querida Tulita:

Le agradezco infinitamente el permiso que con tanta bondad me ha concedido para escribirle; así podré decirle muchas cosas que de palabra no tendría ánimo de expresar y, contestándome Ud., tendré cartas tuyas que conservar como prendas inestimables de afecto.

El que tengo por Ud., Tulita de mi alma, ya no es solo amor, sino que raya en verdadera adoración. El placer que siento a su lado es únicamente comparable al que gozan los ángeles ante la presencia de Dios: mirarme en sus ojos divinos, respirar su aliento perfumado, embriagarme con su amor, es la suprema felicidad. Vuelan las horas como instantes, me olvido del mundo y de mí mismo y me enloquezco cuando veo sonreír esa boca que mil veces he deseado besar; cuando siento palpar ese seno delicioso que ansío estrechar contra mi pecho, o cuando toco su mano o sus cabellos, temblando de emoción. La veo en sueños, se interpone su imagen querida cuando recorro las páginas de un libro, va conmigo continuamente su memoria y esto es un gozar y un sufrir inmenso.

He prometido a Ud., mi linda Tulita, ser su esposo; se lo he prometido a fe de caballero, empeñando para ello mi palabra de honor. En el cumplimiento de esa promesa, aceptada por Uds. fundo la realización del más risueño y dulce porvenir. ¿Cuándo podré llenar tan solemne compromiso? Eso es lo que con seguridad no puedo saber. Yo no querría que Ud. dejara las comodidades de que goza, para venir a animar el humilde hogar que solo puedo ofrecerle. Necesito, pues, trabajar con ahínco para adquirir alguna fortuna que poner a sus pies, y para ello requiero por lo menos este año;

de suerte que solo para el otro podríamos realizar nuestro común deseo de andar juntos el camino de la vida.

Perdóneme, adorada Tulita, estas confesiones penosas pero necesarias. Ud. sabe que si en mí estuviera, mañana mismo la recibiría con regocijo por esposa. ¿Qué mayor dicha para mí? Pero, también comprendo que decorosamente no puedo hacerlo, y soy algo orgulloso para proceder de otra manera.

Contésteme sin temor esta carta y esté siempre segura, mi Tulita, del profundo amor que le profesa

Su Rafael

Rionegro, marzo 20 de 1885

Mi querida Tulita:

Cuatro letras aprisa para enviarte mi más cariñoso saludo. Estoy bien de salud: deseo que puedas decir lo mismo. Ninguna resolución he podido aún tomar sobre el camino que debo coger; pero probablemente me iré a Nare, en busca de copartidarios, pues me mortifica sobremanera esta azarosa vida de escondite.

Hoy me quitaron mi mula y mi galápago las fuerzas de Briceño, espero recuperar ambas cosas en Medellín; si no, tendré que marchar a pie. Estas tropas vienen saqueando cuanto pueden y conviene tomen allá algunas precauciones. Cuenta siempre con el afecto de

Tu Rafael

Octubre 3 de 1885

Mi siempre amada Tulita:

Aprovecho la oportunidad de la salida de Germán, para escribirle de prisa estos renglones. Harto tiempo hace que solo puedo saludarte en mi boleta diaria, sometida al examen de los carceleros. Hoy quiero desahogarme, diciéndote una vez más que te amo, que te adoro con alma y cuerpo, que mi ardiente pasión por ti es mi consuelo y mi tormento en esta cárcel, y mi afecto por ti se ha centuplicado en los largos meses de mi prisión. De hoy más te debo no solo amor profundo sino gratitud inmensa, porque tú no me has abandonado en mi desgracia, me has animado y has esperado y creído en mí. Por eso, Tulia, te he prometido y sabes que lo cumpliré, ser contigo el mejor de los hombres y hacerte la más feliz de las esposas. Toda mi vida es poco para dedicártela, sin darte jamás la menor pena; toda la energía de mi alma para el trabajo y la virtud, la pondré a tus pies, suplicándote de rodillas que la aceptes y que no me rechaces ningún sacrificio que yo quiera hacer por amor tuyo. Con qué brío no desempeñaré las más rudas tareas y correré los mayores peligros, sabiendo que el fruto de mis esfuerzos es para ti. Tulia adorada. Cuán ligera me parecerá toda carga, siendo tú mi sostén y mi esperanza.

Tulia, Tulia, cómo quisiera estar ahora junto a ti para estrecharte en mis brazos y besarte mil veces en los labios, la frente, el pecho y las mejillas, acariciar tus negros cabellos y saciarme en la contemplación de tu belleza. Pero el día se acerca, Tulia querida, en que yo recobre mi libertad y mi honra; y entonces ningún obstáculo habrá para que seamos felices. Yo creo que en este mes saldré, y es mi ánimo, aunque la guerra me ha costado lo poco que tenía, que nuestra unión

se verifique a fines de noviembre o principios de diciembre. Ténlo así entendido y dílo a tu mamá.

Con pesar me despido de ti, mi Tulita. Cuando tengas persona segura que venga hasta mí, contéstame esta carta, y mientras tanto, recibe los abrazos y besos de

Tu amantísimo novio, Rafael

El Caimo, setiembre 3 de 1887

Mi querida Tulita:

Llegué el miércoles sin la menor novedad, después de nueve días de camino, y encontré bueno a mi papá y Heraclio; Juliancito está en Buenaventura como primer ingeniero del Ferrocarril; los demás están en Cali, a donde no pienso ir sino el 15 de este mes.

Me siento bastante mejor y, como siempre, hago ejercicio seguido; espero, pues, volver a ti sano y robusto.

Tu retrato y el de Luisita van siempre en mi cartera y en este momento los tengo sobre la mesa, para escribirte; mi amor por las dos crece con la distancia y la falta que me hacen es tanta que me entristece. Sal a pasear con Luisita cada mañana y por la tarde; mira que el encerramiento te perjudica y a ella le es perniciosísimo; que me quede el consuelo de saber que no desatiendes esta súplica mía. Compra una cajita de píldoras ferrotónicas y te las tomas para que se te quite el mal color, que es anemia; levántate temprano y, sobre todo, camina mucho.

Escríbeme largamente sobre todo lo que ocurra, y nada te preocupe la falta de ortografía. Un abrazo a misiá Adelaida, Amelia y demás; mil besos a mi linda Luisita, y para ti ¿qué me queda después de repartir abrazos y besos? La seguridad de que vivo enamorado de ti, que no te olvido un solo día y que mi dicha se renovará con creces el día de mi vuelta.

Adiós, mi hermosa y buena Tulita.

Tu Rafael

El Caimo, setiembre 10 de 1887

Mi querida Tulita:

Todavía no he recibido ninguna cartica tuya: sin duda estarán en Cali, a donde no iré sino en la otra semana. En adelante me diriges tu correspondencia a Tuluá, que me queda más cerca. De salud estoy cada día mejor, pues ya sabes el provecho que me hace el continuo ejercicio y el tomar mucha leche. Me levanto a las cuatro o cinco al ordeñadero y en todo el día no falta algo que hacer. El domingo estuve con Heraclio en la ciénaga pescando con los tacos de tonica que traje; fuimos en canoa y nos divertimos mucho. Con el asco que teníamos fue tal la cantidad de pescado que cogimos que hemos tenido necesidad de echarles a los puercos. Cierta dolorcito de cabeza que siento en este momento, quizá proviene de la irritación del mucho bocachico que he comido.

Tras el continuo pensar en ti, he dado en la flor de soñar contigo; el despertar me causa, naturalmente, tristeza, pero espero que tanto mayor será el placer al volver a vernos, cuanto más larga sea la separación. Pero no creo que ha de pasar de diciembre.

Estoy muy quemado por los soles del camino y del trabajo aquí, andando a caballo y dándoles al machete y a la barra. Duermo en un catre de hierro muy fresco y cómodo. Mi piecita en la casa de la hacienda es entablada y muy aseada. Leo a ratos para descansar, y no he cogido pluma sino para escribirte. Como ves, la vida que llevo es agradable: esfuérate tú por que así sea la tuya. Vuelvo a recomendarte mucho ejercicio, baños y píldoras de hierro; no pierdas paseo, baile ni diversión por estar yo ausente; yo gozo sabiendo que mi Tulita está contenta: seguro como estoy de mi cariño, la suelto al mundo con toda libertad. Recibe mil memorias de

mi papá, Matilde y Heraclio; a los demás hermanos no los he visto todavía. Estoy bregando por conseguirte unos loritos chiquiticos: un par para ti y otro para Luisita. Cómete a besos a esta grandísima pícara, enséñala a pronunciar mi nombre y cuídala mucho. Recibe mi más estrecho abrazo.

Tu Rafael

Tuluá, setiembre 17 de 1887

Mi querida Tulita:

El miércoles a medianoche se apareció una comisión de diez jinetes, a la casa de la hacienda y me puso preso por orden del Prefecto de la Provincia, quien, a su vez, obraba obedeciendo disposiciones del Gobierno de Popayán. A esa hora tuve que montar a caballo y, acompañado de mi papá, vine a ésta donde fui puesto en la cárcel sin que admitiera el Prefecto fianza de paz, traslación a Cali, ni nada parecido. Me acusan de haber venido de Antioquia a conspirar contra el orden público, y eso por informes del Prefecto del Quindío. Mi papá siguió el jueves para Palmira y Cali, y yo quedé en esta prisión; por fortuna he vivido en pieza alta y ventilada, me han dejado salir a bañarme en el río, cuyas aguas son tan deliciosas como saludables, han permitido la entrada a Juan María y demás amigos y copartidarios, y he sido tratado, en suma, con más miramientos y consideraciones que allá. Por fin, anoche resolvió el Gobierno de Popayán ponerme en libertad bajo fianza personal de Juan María, quien se ha portado admirablemente conmigo, hoy se dará la fianza, y tendré el gusto de terminar esta carta después de haber recuperado mi libertad. De esa manera, el susto que te causará la noticia de mi prisión, irá de una vez suavizado con la de haber cesado, y así padecerán menos.

Como ando con tu retrato y el de Luisita en la cartera, se los mostré a Juan María, quien lo ha hecho ver de sus amigos: a todos has parecido elegante y buena moza, y Luisita ha hecho reír a todo el mundo por la gracia de su posición, y por lo robusta y preciosa. No despierto una mañana sin desear estar allá para sacarla de la cuna y ponerla entre los dos, para oírle los gorgeos y charla divina que usa por la mañana.

Ya estoy libre; voy a la hacienda y volveré mañana para seguir a Cali; mándame tus cartas siempre a Tuluá, selladas con lacre.

Mil besos a Luisita, un estrecho abrazo para ti, y afectuosos recuerdos a todos los de esa casa. Consérvate buena, haz mucho ejercicio, toma hierro y no olvides un momento a

Tu Rafael

El Caimo, setiembre 23 de 1887

Mi querida Tulita:

Mañana sigue para Manizales mi cuñado Manuel Zuluaga y no quiero dejarlo ir sin cuatro letras para ti, con el objeto de que ponga allá la carta.

Después de los cuatro días de cárcel volví aquí, de donde no he podido volver a salir a causa del mucho que hacer: desde las cuatro de la mañana es un constante movimiento, pues la finca estaba muy caída con el viaje de Julián. Creo que estoy engordando aunque soy tan de mala medra que como que no me aprovecha lo suficiente tanto ejercicio.

Hoy vino mi papá de Cali donde dejó buena toda la familia; recibe saludes de él y de todos los demás. Yo estoy afligido de no recibir carta tuya; esperaba que de Cali me trajera mi papá y me he quedado muy triste viéndolo llegar vacío. No te descuides en escribirme por correo, dirigiendo las cartas a Tuluá, con cubierta a Juan María. ¿Cómo está mi Luisita? ¿Cuántos dientes tiene ya? ¿Qué gracias hace de nuevo? ¿Qué vida lleva? Y tú, mi linda y buena Tulita, ¿cómo vas de salud y qué haces de tu tiempo? Cuéntame todo esto largamente, sin temor a disparates, que para mí no son causa de aflicción ni de fastidio.

Vuelvo a decirte que vivo enterrado aquí sin ver alma viviente, hembra ni macho, pero que estoy contento; yo necesitaba una época de aislamiento fuera de las poblaciones, con mucho trabajo material y nada intelectual, así es que creo sumamente provechosa la vida que llevo ahora, pero que abandonaré en diciembre para volver a tus brazos con más amor que nunca, mi Tulita del alma.

Memorias a tu mamá, Amelia y los muchachos, quienes por supuesto ya cogerían oficio. Ya hace un mes que nos

separamos y me parecen tres siglos los tres que me faltan; paciencia, que no volveremos a estar sino juntos. Recibe el estrecho abrazo que de todo corazón te envía, con dos mil besos a mi hijita,

Tu Rafael

Sixta - Julia: Me alegro de saber q.
el Sr. D. Simón Mandate y su espo-
sa siguen mañana para Bogotá,
y sin tiempo para escribirte, van
estas líneas para informarte que
estoy en buena salud, y para que
esta tarjeta sirva de presentación
al Sr. Mandate y su mujer, de qui-

nes he recibido aquí muchos favo-
res y fineras, y quienes espero reci-
birás y visitarás, tratándolos con las
consideraciones que ellos se merecen.

Rafael Uribe Uribe ^A_h

de salud. Cariños a los niños
y recuerdos en la casa -

Fu

Junio 20 -

Rafael.

59
X)
Julia:

Hazme el favor de mandar hacer una buena carena para la mujer de Hiestrosa, y mandarla con tus tarjetas y la mía.

La casa queda antes de llegar a la plaza de la Capuchinas, junto de S. Victorino, a la derecha -

Fuero

Rafael.

El Caimo, octubre 1° de 1887

Mi querida Tulita:

No me crearás quizá, pero esta es la hora en que no he recibido una sola letra tuya, cosa que ya me tiene muy intranquilo, sabiendo lo puntual que eres en estos asuntos. A Dios le pido que no sea una desgracia la causa de esta tardanza. Díle a tu mamá que tome el vichy sobre el almuerzo y la comida para que no le vuelvan los cólicos; no sé por qué me imagino que alguna enfermedad de ella es lo que te ha impedido, tal vez, escribirme.

De salud sigo siempre bien: verdaderamente me siento más fuerte y estoy engordando algo, duermo bien, como con apetito y raro es el día en que algún resto de la dispepsia viene a molestarme.

Considero que habrás padecido mucho si la noticia de mi prisión te llegó antes que la de mi libertad; nada han vuelto a hacerme, y por mi parte estaré muy juicioso para que no me exporten como a Rudas, Garcés, etc. Mi papá tuvo tres días de cama debido a una urticaria en la pierna izquierda; ya está en pie aunque bastante hinchada la canilla. No tuvo más médico que yo, pero salí airoso de esta curación. El día que me llene de malas intenciones contra el prójimo, me haré médico de veras. Estoy lleno de barbas hasta el ombligo y no tengo quién me corte tanto cabello; por ahora no tengo ánimo de subir a Cali.

Cada día me haces más falta y ya no hay noche que no sueñe contigo o con Luisita. Cuánto quisiera tenerlos aquí por un tiempo, y no padecer el tormento de estar separados. Ya se me cansa la mano para escribir y por ese motivo suspendo esta cartica enviándote un beso en los labios, un abracito a Luisa y recuerdos a todos los de la casa. Adiós.

Tu Rafael

El Caimo, octubre 15 de 1887

Mi siempre querida Tulita:

Poco falta ya para dos meses que te di mi abrazo de despedida y aún no he recibido la primera carta tuya. Figúrate cómo será mi ansiedad por tener noticias de Medellín; en Cali no ha habido cartas, ni en Tuluá y Roldanillo tampoco. Desde que recibas ésta, pónles a tus cubiertas la dirección de Roldanillo, a donde mando todos los domingos un peón. De ese modo quizá les hagamos perder la pista a los empleados, que sin duda alguna son los que se roban mi correspondencia, porque de ninguna manera me figuro que tan pronto me hayas perdido el cariño y que sea que has dejado de escribirme. Mi mayor consuelo en este monte sería leer muchas veces cada cartica tuya, por simple que fuese y por muchos disparates de ortografía que la afeasen: yo no miro en tu correspondencia sino el amor de mi mujer y a las noticias que me dé de mi hijita; y resulta que estoy privado de ambas cosas. Estas inquietudes me atormentan tanto, con ser que nada tengo de nervioso, que se me ha vuelto a dañar el estómago; cuatro o cinco noches he pasado de claro en claro. Al más guapo se la doy: dos meses sin una letra, cuando ya podía haber recibido diez cartas, pues cinco correos se vienen cada mes.

De nuevo torno a decirte que de nada carezcas ni dejes carecer a Luisita: en la caja de don Tomás tengo todavía algún dinero y cuando se acabe, él me abre cuenta que saldará en diciembre. Mi papá ha estado y está bastante enfermo. Me recomienda un saludo para todos.

Una vez más te suplico que no dejes pasar correo sin escribirme, y concluyo esta carta con el enojo y mala cara que son naturales viendo lo que pasa. Si antes de acabar este

mes no recibo carta tuya, no vuelvo a escribir. Un besito a mi Luisa, dos para ti y memorias a todos, sin excluir a Carlos Eduardo cuando le escriban.

Tuyo, Rafael

El Caimo, noviembre 27 de 1887

Mi Tulita adorada:

Quince días hacía que no bajaba de la montaña y por eso no te escribí en la semana pasada. Estoy sin carta tuya posterior al 10 de octubre, cosa que me tiene afligido. Pasado mañana mando a Roldanillo a ver si de allá me traen. Mañana me vuelvo para San Pablo, pero el lunes de la otra semana pienso ir a Cali, pues todavía no me he visto con Tomás, Julián, Emilia y Paulina.

En días pasados se dijo que iban a ponerme preso de nuevo y aun me avisaron que cierta noche irían hasta la montaña; pero yo no me moví, pues ya sabes que, por tu tranquilidad, prefiero estar preso que huyendo y escondido; y como no tengo por qué sacar el cuerpo, a cualquier hora pueden aprehenderme, mientras yo no quiera impedirlo o no tenga órdenes de conservar la libertad. También dicen que si voy a Cali me encarcelarán y que tampoco me dejan ir a Antioquia; como no he de dejar de hacer lo que está en mi derecho, ya te diré lo que resulte de tanto chisme. No tengas cuidado, por tanto, si mi llegada allá se retarda.

Tuviera yo la seguridad de que te llegaba una cuelga¹, te la mandarí, amada Sixta Tulia Saturnina, ya que el 29 cumples años. Pero prefiero llevártela en persona para que sepas que en tu día se acordó de ti con amor tu fiel marido, en ti pensó con tristeza por estar ausente y un beso ardiente dio a tu retrato.

La guarda negra de este papel en que te escribo me hace tener presente desde el principio que no debo olvidar mi

¹ Cuelga: regalo, cortesía, prenda que se da en el día de cumpleaños, o en otro.

frase de consuelo para tu mamá. Vuelve a decirle que cobre ánimo para soportar esta prueba más de la suerte, que empiece a resignarse siquiera por la pérdida de Carlos Eduardo y que recuerde la orfandad en que todos quedaríamos si un dolor exagerado la hiciera morir. La consecuencia inmediata sería la dispersión de la familia, aunque yo sería siempre apoyo y protector de Roberto y Amelia. Sé que Tomás te deja comprender no sé qué proyecto de viaje tuyo para acá. Me tienen loco con la idea, pero ni un momento he pensado seriamente en separarte de tu familia. Sobre esto hablaremos largamente.

Dámele tres mil besitos a mi Luisita y que cuándo me pone unos garabatos al pie de tus cartas; que le diga a tu mamita que le coja la mano y así haga uno o dos borrones, para que el papacito sepa dónde debe besar en el papel. Consérvate buena, cuidándote. ¿Ya sabes? Recíbe tú, mi linda, el abrazo de

Tu Rafael

El Caimo, diciembre 4 de 1887

Mi querida Tulita:

A San Pablo me llevó Tomasito tu carta de 28 de octubre, la anterior tenía fecha 10. Mi temor de verte afligida en extremo por la muerte de tu hermano, se ha realizado, según veo. Tu carta es alarmante de tristeza y me ha dejado con mil ideas melancólicas. Tu abatimiento moral y físico me llena de alarma; mañana sigo para Cali y volveré inmediatamente para cumplir mi promesa de ir a verte en este mes.

Esta carta la lleva Federico, quien te dirá que estoy robusto y en buena salud. Espero que reanimes con la noticia de mi vuelta y que te halle menos acabada de lo que estás. Una vez más te digo que debes ser fuerte para que consueles a tu mamá y a Amelia; a ti te debe consolar y animar la compañía de Luisita.

Dámele un besito y dímele que siempre procuraré estar con ella el día que cumple un año. Recibe tú el abrazo de

Tu Rafael

Fredonia, junio 4 de 1888

Mi querida Tulita:

Llegué bien esta mañana, después de pasar regular noche en El Cardal. Escríbeme el miércoles por correo, para saber cómo sigue Adelaidita de sus dolencias. Espero que habrás seguido y seguirás saliendo a mañana y a tarde a pasear con Luisa; cuando tengas modo, saca también a Adelaidita, pues estoy seguro de que el aire libre y el sol le harán mucho provecho. No olvides que tengo una persona recomendada para que me informe si sales o no con puntualidad. Díme cómo sigue del ojo mi señora Adelaida, así como mamá Rita de su enfermedad. Salúdame a toda la familia. Mándame mi poncho, muchacha, que ayer me comió el sol en las carreteras. No hallé novedad en la finca. Un par de besos a mis hijitos, deseo que estés muy juiciosa y que recibas el corazón de

Tu Rafael

Ceilán, julio 1° de 1894

Mi querida Tulita:

Estuve tan atareado el sábado que no tuve un minuto libre para contestar tu amable cartica del 26, y para que eso no me vuelva a pasar, te escribo ésta desde hoy domingo, que si bien es día también ocupadísimo al menos tengo libres algunas horas de la mañana.

Empiezo por anunciarte que estoy bien pero tengo la pena de confirmarte la noticia de que quizá en todo este mes de Julio no podré ir a verte. Es imposible dejar la hacienda sola. Consuélate con que en mi primer viaje a ésa, te acompañaré algún tiempo más que de ordinario, y tén además en cuenta que mi trabajo es muy productivo y más bien empleado que nunca, puesto que fuera del constante progreso de “Gualanday”, que está muy bien administrado por Arias, gano aquí bastante. Ya que por ti no te alegras de ello, pues prefieres mi compañía al dinero, alégrate por nuestros hijitos, para quienes el fruto de mi trabajo representa mejor educación, más comodidades y cuidados y, en suma, mejor porvenir. Si no trabajo ahora que todavía estoy joven y fuerte, ¿para cuándo lo dejo? Consuélate, pues, de mi ausencia, pensando que es fructuosa, y que por medio de ella llegaremos más tarde a no tener necesidad de separarnos, precisamente en la época en que la verdadera educación de los niños requiera mi constante presencia a su lado. Por otra parte, ya que tanto te choca que me meta en política, el mejor medio de evitarlo es permaneciendo fuera de Bogotá lo más posible, sobre todo el 20, día de la reunión del Congreso y durante las sesiones de éste, cuando puedan ocurrir bochinchas; porque en estando yo allá, ni mi posición política, ni mi modo de ser, ni las ofensas que me han hecho los godos, me permitirían quedarme quieto.

Pero si de todos modos quieres que vaya, no tienes más que decírmelo, que yo no tendré sino que quedar mal aquí, para ir a quedar bien allá contigo y con mi partido. Habla, pues.

Por lo demás, sabiendo que te quiero bien y que adoro a mis muchachitos, puedes ver que esta ausencia me pesa tanto como a ti y que si no fuera a fuerza de virilidad y energía, tendría momentos de verdadera tristeza. Pero, además de que el trabajo y la lectura me distraen, te repito que de todo me consuela la esperanza de que no habré cumplido cuarenta años, cuando ya pueda retirarme a mi casa a vivir tranquilo con mi mujer y mis hijos. ¿Cuántos pueden decir lo mismo, ganando su descanso con el sudor de su frente, y allegando honradamente su caudal desde el primero hasta el último centavo? Y, ¿cómo esa misma esperanza y seguridad no te dan buen ánimo para soportar esta forzosa separación? Quizá muchas veces habrás desconfiado de que mi trabajo fuera inteligente y bien dirigido, pero la prueba de lo contrario es la indignación que he sentido contra algún sujeto que ha tenido el descaro de ofrecermelo por “Gualanday” cuarenta mil fuertes, diciéndole a algún amigo que “ahora ha llegado la época de hacer un buen negocio, comprando esa finca barata, porque sin duda yo tenía necesidad de salir de allá”. Al mismo tiempo, varios amigos de Antioquia me escriben que no haga esfuerzo por vender la empresa, la cual, dentro de uno o dos años, valdrá indudablemente cien mil. Y como eso es así, según mi propia opinión, le convencerán de que mi labor de los últimos años no ha sido mal empleada, y de que mis esfuerzos y sacrificios y luchas de todo género han sido coronados por el éxito.

Mucha parte en ese triunfo se debe a ti, por tu modestia y economía; y otra parte a la hospitalidad que en su casa nos dio por muchos años tu mamá, beneficio que nunca olvido y que siempre agradeceré; por lo mismo deploro el cambio de

sentimientos de ella y de Amelia respecto a mí, atribuyéndolo injustamente a variación de mi parte. ¿Cómo podría ser eso así, cuando siempre he sido ante todo amigo de la tranquilidad y de la paz en el hogar? Solamente cuando he creído que esa paz estaba destruida por causas insignificantes, es cuando he indicado la conveniencia de vivir aparte, aun a riesgo de pasar por ingrato o de que se me atribuyeran móviles mezquinos, muy ajenos a mi modo de ser. Tal vez ahora no se me conceda razón en lo que digo, pero con el tiempo se verá que yo no he tenido la más mínima culpa.

Por los periódicos he sabido que José J. Hernández perdió su último niño. Espero que antes y después de este triste acontecimiento hayas tenido las atenciones del caso con esa familia, a la cual debemos favores y atenciones. En la primera visita que hagas, les dirás cuánto he sentido su desgracia y cómo los acompañe en su pena.

Como, según los periódicos, hay tifo en Bogotá, se me ocurre indicarte que mantengas muy limpios los servicios sanitarios y que varias veces en la semana rieguen la casa con agua fenicada. Mira que un tifo bogotano es mortal y no debemos exponernos, por descuido, a una desgracia. Un cariñoso abrazo.

Rafael

Ceilán, agosto 9 de 1894

Mi querida Tulita

Cuatro letras para informarte que por Tocaima estuve bien y que aquí no he tenido ninguna novedad. Deseo que ustedes todos sigan buenos y acordándose mucho de mí. Su-pongo que comprarías la cascarilla para asearte la boca, que te darás uno que otro baño general y saldrás a hacer ejercicio. Haz que Luisita llene el cuaderno No. 2 de escritura para que lo llene, y le compras cuadernos en blanco para que en ellos repita el ejercicio. Si Lalila pudiere hacer otro tanto, mejor. ¿Ya Juliancito está yendo a su escuela? ¿Ya saben algo de casa? De catre? Para cualquier cosa que se te ocurra en materia de dinero, manda donde el Sr. Martínez con el recibo: “Recibí del Sr. Eustacio de la Torre Martínez la suma de (tanto) por cuenta de Rafael”. Sixta Tulia G. de Uribe. Es el mejor modo.

No tengo tiempo para más. Adiós. Mil caricias a mis muchachitos, recuerdos en la casa, y un abrazo para ti.

Tu Rafael

Ceilán, agosto 11 de 1894

Mi querida Tulita:

Anoche leí tu carta del 7, con los buenos informes sobre tu salud y la de los niños, lo cual me alegra y tranquiliza. Como me fui para Tocaima y el día que pasé por Viotá no había línea, por eso no te puse telegrama. Pero, tanto en el viaje como aquí, he estado sin novedad.

Con motivo de haber tenido que escribir largamente a don Eustacio, poco tiempo me ha quedado para dedicártelo; pero bien sabes que constantemente me acuerdo de ti y de mis preciosos hijitos. Haz que Luisa y Lalila me escriban, pero sin cogerles la mano, para que vayan acostumbrándose. Dime cómo va Julián en su escuelita. A mi lindo chino Carlos Eduardo no lo olvido un momento; acarícialos en mi nombre pidiéndoles que estén muy formales. Y para ti, mi mejor abrazo.

Tu Rafael

Ceilán, agosto 20 de 1894

Señora Doña
Sixta Tulia G. de Uribe
Bogotá

Mi querida Tulita,

Recibí tu cartica del 14, y ya por Don Eustacio había sabido que en la casa estaban bueno. Ayer te puse un telegrama avisándote que tampoco yo tengo novedad, y así te lo confirmo hoy.

Mucho siento que al fin no consiguieran la casa del Sr. Castillo. No deben darse descanso en lo de buscar otra, sea para vivir las dos familias. O sea para el caso de venir al fin Roberto. Sobre esto se me ocurren las siguientes reflexiones, que te suplico hagas leer a mi Sra. Adelaida, siempre que ella y Amelia no hayan de enfadarse, como otras veces. La situación de Roberto en Antioquia parece ser angustiosa; sospecho que en casa de Don Pedro le están amargando la vida con atroces procedimientos y que es necesario hacer algo por él. Yo le había prometido que si venía a Gualanday, destinaría una parte del producto de la venta a ayudarle a trabajar; pero no habiéndose verificado la venta, no puedo endeudarme más de lo que estoy. Debo en Antioquia veintidós mil fuertes; al Banco de Colombia, dos mil que se gastaron en la instalación de la familia, alquiler de las mulas de Honda para acá, y sostenimiento de la casa; debo a José J. Hernández \$500 que me prestó para irme para Antioquia; y en setiembre próximo debo pagar \$700, resto del valor de los muebles. Apenas el fruto de mi trabajo terrible en este clima en el resto del mes de setiembre debo pagar setecientos y tantos pesos que se quedaron debiendo de muebles (agua-

maniles, taburetes, mesas, araña, mesa de comedor, camas, roperos y otros), y como para todos estos desembolsos ella no podrá o no querrá ayudarme, resultan dos cosas: que aunque agoto mi salud y mi vida en estos climas y dejo de mi familia, por mucho que gane, nada me queda, pues el mes me sale como en cuatrocientos pesos de gastos, y que siendo esto así, no puedo pensar en ayudarle en nada al pobre Roberto, que está pasando amarguras en Antioquia. Sentiría infinitamente que mi Sra. Adelaida y Amelia tomaran a mal esto que digo, si llegan a leerlo; ni me propongo mortificarles ni precipitar una separación sino únicamente que se vea cómo reducimos nuestra vida a proporciones más modestas. Yo estoy debiendo veintidós mil fuertes, y aunque “Gualanday” vale mucho más, esa finca exige todavía desembolsos para el desarrollo de la empresa de café; y si de un momento a otro llegara yo a faltar, sin haberme esforzado por disminuir mi deuda, te dejaría y dejaría mis hijitos en una situación difícil. Que mi Sra. Adelaida y Amelia prescindan un momento del mal humor que les produce el tratar de estas cosas, y que se fijen un poco en mi situación y en la de Roberto. Delante de cosas tan graves, están demás los arrebatos y el mal genio. Desde antes de irse Roberto indiqué lo que debíamos hacer: buscar dos casitas decentes, una para mi Sra. Adelaida, Amelia y Roberto con su familia; otra para mí. Yo le tenía buscada una ocupación a Roberto que le producía, por lo pronto, unos cuarenta o cincuenta pesos en Bogotá. Pero ya se recuerdan los días de perverso humor que mi indicación causó, las acusaciones, denuestos, lágrimas, Si desde entonces se me hubiera escuchado con calma, todo se hubiera arreglado, no estuviera yo tan alcanzado de fondos, no hubiéramos vivido tan incómodos, y sobre todo, no lleváramos en el alma la vergüenza de que mientras nos paguemos casa de \$155 y

vivimos bien, al pobre Roberto le están echando en cara el pan que le dan y el alojamiento en que se abriga. Pero como ya está hecho el compromiso por seis meses con el Sr. Castillo, nada puede variarse ni en nada puede pensarse durante ese tiempo; y al escribir lo que precede no me he propuesto otra cosa que poner en claro que me ha sido imposible cumplir mis promesas a Roberto, y eso sin culpa mía.

Si no le rebajan al catre y no han podido encontrar uno bonito y bueno por menos valor, te autorizo para que lo compres. Sólo te exijo que me mandes una notica de lo que le has pedido a Don Eustacio a cuenta de mis sueldos, para saber en qué estado se halla mi cuenta con él. Es excusado repetirte que puedes y debes ocurrir a él para cuanto se te ofrezca en esta materia; en carta reciente me dice “De orden a su casa para que me ocupen libremente, como yo lo deseo”. Sentiría que esta insinuación proviniera de algún descuido o torpeza tuya. Cuando necesites algo, no mandes razón con criadas: o escribes, o suplicas a Don Luis que vaya él, o te vales del teléfono. También excuso repetirte que debes ser lo más galante con don Eustacio padre e hijo; enviar a informarse de su salud, o preguntar por teléfono cuando haya estado indispuerto alguno de los dos, enviarle a su mesa frutas, flores, jamones, pescado y otros. Mucho debemos a Don Eustacio, no sólo en materia de protección pecuniaria sino en la amistad y maneras finas con que nos trata; y te repito que, sin salirte de tu naturalidad y de lo que en todo caso es propio de una señora, te manejes con él como mujer agradecida. Acuérdate que el pan que comemos, la educación de los niños y cuantas comodidades gozamos, a él se lo debemos, pues nadie sino él puede dar y pagar trabajo como el que desempeño, y nadie sino él es tan caballero para tratarnos como nos trata.

* * *

Acabo de leer tu cartica del 28. Retiro mis palabras sobre pereza tuya para escribirme, ya que afirmas que no hay tal cosa. Me parece bien obsequiar con una comida a los De la Torre, pero cuando esté yo allá, pues los disparates que soltarías tú sola serían de oirse. A uds. les parece que con decir y repetir una y cien veces la vulgar y tonta frase de: “Es con toda confianza”, “coma con confianza”, “Aquí es con toda confianza”, ya es el colmo de la galantería y de la buena educación. Ya que me parece que tienes razón en lo de no mandar cosas a la casa, flores y frutas sí creo que no sería impropio.

Mucho celebro que estén acomodados en la misma casa. Arregla muy bien tu pieza; compra el catre, ponle cortinas y prepara todas tus cositas, de modo que nada te falte y este todo muy bonito para el futuro huésped. Ruégale a Elena que te ayude y dale memorias mías. En todo este mes de septiembre no puedo ir, porque Eustacito no vendrá a reemplazarme sino a principios de octubre; iré precisamente para la época de tu alumbramiento. Haz que los niños me escriban, pero con su propia mano, aunque sean garabatos. Recuerdos a todos en la casa, caricias a mis muchachitos y unos abrazos para ti.

Tu Rafael

Ceilán, agosto 25 de 1894

Mi querida Tulita:

Llegó el correo, y aunque vinieron periódicos, no recibí carta tuya. Tu pereza de escribir me entristece. Se viene don Eustacio, te avisa el viaje por si quisieras escribir, y mandas decirle que ya lo hiciste por correo; se vienen peones de allá, lo sabes, y nada; por el correo tampoco, de manera que tengo fundamento para decir que el primer fruto que saco de enterrarme en estos montes es que la mujer me olvide. Bien está; sobre ese supuesto yo sabré a qué atenerme. A lo menos, no tendrás de qué quejarte si me limito a decirte que estoy bueno, que acaricio una y mil veces a mis muchachitos, saludo a los demás de la casa, deseo que estés buena y contenta con tu marido ausente y que, a pesar de todo, te envíe mi más cariñoso abrazo.

Tu Rafael

Ceilán, agosto 31 de 1894

Mi querida Tulita:

Al fin tuve carta tuya el domingo, fuera de la que espero recibir mañana. Por esperarte a escribir con el peón que iba a mandar don Eustacio no lo hiciste por correo. Como si te costara tanto trabajo garabatear cuatro renglones mandándome unas caricias de mis hijitos y un abrazo tuyo. Si tanta falta te hace una carta mía, tú que estás en la capital y con los niños, ¿cómo no te imaginas el consuelo que tengo con una carta tuya en este monte lejos de ti y de mis muchachitos? Nunca podré perdonarte la pereza que en este particular gastas conmigo. Es una enorme injusticia para con quien cumple sus deberes como yo; tal vez te portaras de otro modo si yo fuera un calavera desalmado. ¡Así son las mujeres!

Está muy bien que hayan conseguido la casa del Sr. Castillo. Espero que al entregar la otra la hayan dejado en buen estado y cubriendo lo que faltara de arriendos después del 15 hasta el día en que mandaron las llaves.

Es indispensable alfombrar la sala y la antesalita de vidrieras, y si no lo has hecho ya, debes hacerlo inmediatamente. Todas las atenciones y delicadezas que tengamos con Don Eustacio, no alcanzarán nunca para pagarle todo cuanto le debemos en materia de gratitud por su manejo con nosotros, en todo sentido. Eustacito no está bueno todavía y no irá a Bogotá sino cuando yo regrese aquí.

Llegó el correo y no me trajo carta tuya, ni de nadie. Probablemente las mandarías después de pasada la hora, para acá hay dos correos: los martes y miércoles a falta de uno. Hoy me dejaste sin noticias tuyas ni de los niños. Fortuna que no soy nervioso, yo te querría ver en mi caso, sin carta ni nada, a ver cómo te ponías. Y ojalá que, teniendo ánimo de

llevarte a las carreras de Chapinero, contrataras con tiempo un buen carruaje para eso, o dos si Amelia piensa ir, pues si dejas llegar el día, todos los coches estarán comprometidos. O averiguar si es decente ir en tranvía o en ferrocarril, para ver las carreras desde algún palco y tomar uno con suficiente anticipación. Adiós china. No merecías que fuera, pero allá me tendrás el jueves. Mil caricias a mis muchachitos. Para ti un pellizco.

Tu Rafael

Tudela, noviembre 6 de 1894

Mi querida Tulita:

Van estas cuatro letras a confirmarte mi telegrama de ayer. El clima de esta hacienda, mucho más frío que el de Bogotá, pero más seco y saludable, me será muy provechoso. Permaneceré aquí todavía unos ocho o diez días, y seguiré después a Paime. No creo estar de regreso en Bogotá antes del 20.

Por una equivocación me tuvieron preso en Ubaté cinco días pero ya estoy libre enteramente. Te lo aviso para que no te asustes si te llevan la noticia. Me trataron muy bien, me hice a muchas relaciones y amigos y la detención más bien me convino. Allá te contaré todo. Lo único que me intranquilizaba era el temor de que te fueran con el cuento, y como te has vuelto tan cobarde, fuera eso a hacerte daño. Ahora debes estar tranquila, y como por Paime no hay telégrafo, la falta de noticias no debe alarmarte. Ya sabes que a mí nunca me sucede nada, y que son inútiles todos los nervios que por mí gastes.

Don Eustacio ha tenido la bondad de telegrafiar-me que tú y todos los demás estábais bien, noticia que le he agradecido infinitamente y por la cual debes darle las gracias. Así, pues, sé que sigues bien, que la novedad de mi chato Carlitos no continuó, ni tampoco la de mi señora Adelaida. Por todo ello me alegro muchísimo, y a mi regreso espero encontrarte muy repuesta, levantada, a Carlitos y a mi señora Adelaida bien sanos.

Cuídate mucho, haz regar con frecuencia ácido fénico y manda bañar los niños, inclusive mi linda Sixta Tulita, de quien tanto me he acordado estos días. Creo que voy a encontrarla gordísima y más linda que nunca, y que no voy a reconocerla. Bésala en nombre de su papacito, así como a

Luisita, Lalila, Juliancito y Carlos, a quienes procuraré llevar cositas.

Mucho provecho creo que me hace el frío de estos climas. Me he bañado en el río, cuyas aguas son frigidísimas pues vienen del páramo, pero en haciendo ejercicio y reacción, es lo más saludable del mundo.

Recibe un cariñoso abrazo con el amor de tu marido.

Rafael

Rabanal, diciembre 2 de 1894

Mi querida Tulita:

Desde el viernes por la tarde vine a esta Hacienda que es la de Don Ricardo, a pasar un par de días que no podía dedicar al trabajo en “Tudela” por ser fiesta. Esta tarde regreso allá, pasando por Ubaté, y aprovecho el viaje de Ricardito, hijo de Don Ricardo para escribirle estas líneas. El va con la señora y su niño a pasar en Bogotá unos días; y como aquí se han manejado tan bien conmigo, desearía que tuvieses con ellos la atención de visitarlos: así correspondes a la despedida que te hizo Don Ricardo y a la buena hospitalidad que aquí me han dispensado. Puedes ir con los niños y llevar tu tarjeta si no los hallares. He estado bien de salud y muy contento con este hermoso mundo. Son unos vallecitos preciosos y muy fértiles que te daría gusto conocer.

El 29, día de tu cumpleaños, te dirigí un telegrama felicitándote. Mucho sentí no estar contigo ese día, ni con Carlitos al cumplir sus dos abriles. Si no les has dado su cuelga, se la llevaré yo de aquí que no creo sea antes de dos semanas.

Espero, Tulita querida, que en memoria de tu marido ausente habrás seguido el régimen de ejercicios que te he aconsejado. El te procurará mayores fuerzas para criar la niña y debes cumplirlo todos los días. Recuerda que es el único motivo de desagrado para mí que no cumplas estas cosas, que son para tu propio bien y el de nuestros hijitos y no siendo yo un mal marido, deberías obedecerme en esto poco que te pido desde lejos, donde ando trabajando para conseguir la vida tuya y la de los niños. Respecto a éstos te repito: báñalos diariamente.

Recibe el estrecho abrazo de

Tu Rafael

Subachoque, enero 24 de 1895

Mi querida Tulita:

Cuatro líneas para pedirte perdón por las mortales angustias que habrás padecido desde el 22 por la noche, y para tranquilizarte sobre mi vida y situación. Cuando me persuadí de que en Bogotá nada podía hacerse, monté a caballo y me dirigí de Serrezuela a La Vega, donde me reuní con el general Siervo Sarmiento; tenemos ya cerca de 500 hombres armados y organizados. Hay mucho entusiasmo; y no dudo que más o menos haremos triunfar la Causa que hemos abrazado. Al tomar esta decisión, bien sabes que todo lo sacrifico: comodidades, tranquilidad, fortuna y vida, y lo que es para mí más que todo: tu felicidad y la de mis adorados hijitos. En realidad, yo expongo en la partida más que nadie, y lo hago concienzudamente, no por loco entusiasmo, sino por fría convicción de que cumplo un deber. Prefiero legarles a mis hijos el ejemplo de morir en el esfuerzo supremo de legarles libertad y de impedir que crezcan en el ejemplo corruptor de la abyección de la tiranía; prefiero eso a dejarles fortuna o a vivir inerte al lado de ellos y de ti. Bien sabes, además, cuánto me acosa el gobierno con sus persecuciones; ahora mismo estaría preso o escondido, aun sin haberme metido en nada. Mejor estoy en el campamento de los libres, por más fatigas y trabajos que pueda pasar. Abrigo la esperanza de volver a verte, y te suplico encarecidamente, por el amor de nuestros niños y en especial de la última, que tengas valor, que te alimentes bien, y que no te eches a morir por tan poca cosa como la que te tocó en suerte: en vez de un marido calzonazos y Juan Lanás, un patriota.

Recibe mi mejor abrazo, mil caricias para nuestros muchachitos y todo el corazón de tu

Rafael

Nervití, abril 20 de 1895

Mi querida Tulita:

Al fin caí preso en Mompox, después de la campaña de Santander y de haber salido al río Magdalena por el Carare, en busca del camino para irme de Colombia. Ignoro si me llevan a Barranquilla o a Cartagena y qué harán de mí. Mientras tanto, recibo excelente trato, y no tengo de qué quejarme sino del infortunio de haber caído en manos de mis enemigos, por una traición de los bogas. En todo el tiempo pasado he gozado de inalterables salud y vigor, no obstante las penalidades, marchas a pie, hambres y trabajos; hoy mismo estoy sano y robusto más que nunca. Sea cual fuere la suerte que me toque, no me abatiré nunca, sobre todo si sé que, a tu vez, tienes energía para soportar la adversidad. Si me destierran, tengo seguridad de establecerme pronto en Venezuela o Centro América, y mandaré por ti inmediatamente. No te desconsueles, pues, por la perspectiva de una larga ausencia.

Escríbeme dirigiendo tus cartas al Sr. Cisneros a Barranquilla, a quien informaré de mi paradero. Un millón de caricias a nuestros hijitos. Háblales de mí constantemente y graba en sus tiernas inteligencias la idea de que la separación y padecimientos de su padre los debe a su amor por la libertad, a su odio a la tiranía. Recíbe el estrecho abrazo de

Tu Rafael

Cartagena, abril 30 de 1895

Mi querida Tulita:

Mi última carta te la dirigí a Muzo, hace mes y medio. Después me ha sido totalmente imposible darte noticias mías, aunque bien calculaba tu ansiedad por carecer de ellas. He gozado de inalterable salud, no obstante los infinitos trabajos y penalidades soportados. De Muzo salí por las trochas más infernales a territorio de Santander y me dirigí en busca de las fuerzas revolucionarias de Pinzón; me aproximaba ya al campamento, cuando se verificó el combate de Enciso y capitulación posterior, lo que me obligó a tomar por Vélez y salir al río Magdalena por las selvas del Carate, con las fatigas que ya supondrás. Tomé río abajo en una canoa de indios, con ánimo de salir por Barranquilla y seguir para Venezuela; pero mientras dormía una noche, los bogas me traicionaron, entregándome en Pinillos a fuerzas enemigas. Fui conducido a pie a Mompox y de ahí a esta ciudad. Tratado bien unas veces y otras mal, ambas cosas me han dejado indiferente, pues no hay privación, incomodidad ni padecimiento capaz de conmoverme a temor, cólera, ni tristeza. Sepa yo que tú y mis muchachitos estáis buenos, y que estáis soportando con valor esta prueba, y todo lo demás lo soportaré con invariable paciencia.

Ignoro todavía qué pensará el gobierno hacer de mí; si me retendrá indefinidamente en prisión, si me confinarán o si me desterrarán. Si esto último fuere, procuraré establecerme pronto y mandar por tí inmediatamente.

Espero que me cuentes muy al pormenor tu vida en estos meses y que me escribas sobre nuestros hijitos. Ya mi linda Adelaidita cumplió seis años sin estar allá su papá para darle su cuelga; y ya mi preciosa Tulita, a quien puedo decir que casi

no conozco, tiene sus seis meses sin que su papacito le haya visto salir sus primeros dientes. Ruego a Amelia y a Don Luis que me escriban largamente acerca de cada uno de los niños, contándome sus gracias, travesuras y rasgos de inteligencia. Supongo que Luisita estará creciendo mucho, por lo cual deben darle Emulsión de bacalao; que Juliancito estará tan formal y buen mozo como de costumbre; y que Carlos será el mismo chino endiablado y célebre de siempre.

Supongo que mi buen amigo Don Luis no rehusará seguir siendo en mi ausencia el mismo padre cariñoso que siempre ha sido con mis hijitos; que los acompañará cada mañana a paseo, aunque esté húmedo el piso, pues conviene que se acostumbren a no ser delicados (con tal que cambien de calzado al volver a casa); que los hará correr y saltar, pues no deben faltarles cuerdas, aros, etc.; y que, en suma, me reemplazará como hasta ahora para con ellos. Ojalá no siempre los paseos sean a los parques, sino hacia las faldas de los cerros para que aprendan a subir, ejercicio que desarrolla las piernas, el pecho, pulmones y músculos. Por tu parte, Tulia querida, no les ahorres baños. Ojalá que no los dejes acostumbrar a levantarse tarde: es necesario que estén de pie con la luz del día; quien madruga tiene tiempo y disposición para todo.

Es indispensable hacer economías en todo lo posible, mientras esta situación dura. No pudiendo ganar nada yo ahora, y habiéndome arruinado el gobierno con la confiscación de “Gualanday”, como sin duda lo habrá hecho, hay que ver que estamos reducidos al último estado de pobreza, y que toda suma que Don Eustacio suministre bondadosamente, es una deuda que contraemos pues yo no tenía gran cosa en poder de él. Hazles entender esto muy bien a los niños, a fin de que sean modestos en sus deseos; que aprendan a decir: “estamos muy pobres” y que comprendan el alcance de estas palabras.

En caso de que me destierren, no sé todavía a dónde me dirigiré, si a Venezuela o a Centro-América. Probablemente, si consigo con qué, haré un viaje de dos meses a los Estados Unidos, para ver si allá encuentro modo de establecerme, y si no el viaje no sería perdido, pues aprendería inglés y descansaría un poco. Si llegara a establecerme en alguno de estos países y resolviera mandar por tí, ¿qué determinación tomaría en tal caso mi señora Adelaida?

Olózaga me ha prestado aquí infinitos servicios. Escríbeme bajo cubierta de él, y escríbele dándole las gracias por el modo como se ha portado conmigo. Enrique Escobar, Sara Zuleta y otros antioqueños también se han manejado finamente. Puedes también escribirme bajo cubierta del Sr. Francisco J. Cisneros, Barranquilla.

No vayas a creer que me tienen en las Bóvedas: estoy en un calabozo de segundo piso, seco y ventilado, aunque algo oscuro. Leo, estudio, escribo, me baño y gozo de inmejorable salud. Aunque al principio estuve incomunicado, ya me dejan hablar con los demás presos políticos, pasearme en los corredores, dormir, comer y hasta rezar si quisiera, o si eso no corriera de cuenta tuya según nuestras capitulaciones matrimoniales.

Cuéntame: ¿te has echado a morir por mi ausencia? ¿no sales a hacer ejercicio?, ¿has perdido el apetito y el sueño?, ¿estás pálida y acabada? Todo eso sería contra mis indicaciones y deseos; por lo demás, te tengo hecha la advertencia de que no quiero tener mujer fea ni vieja, y que si por tu culpa te pones así, inmediatamente pido el divorcio. Con que ya ves que es necesario que te conserves robusta y buena moza. ¿Muy gordita, crecida y preciosa está la niña? ¿Todavía le están dando el pecho o ya está acostumbrada a la leche de vaca?

¿Qué ha sido de Don Eustacio, Eustacito, Don Ricardo, José de Jesús y demás amigos? No escribo todavía a Don Eustacio por suponerlo preso y porque mi carta se extraviaría. Tengo hecho para él un trabajo acerca de esta guerra y sobre mis aventuras personales en ella: se lo enviaré apenas pueda hacerlo con seguridad. Calculo que las mortificaciones para Don Eustacio habrán sido infinitas y que el gobierno lo habrá arruinado. ¿Lo desterrarán? ¿Te han molestado con rondas? ¿Quiénes se han portado bien contigo? En fin, escríbeme largamente sin olvidar nada importante.

Tu recuerdo y el de mis hijitos ha sido una verdadera obsesión permanente; verdaderamente mi amor por ti y por ellos es bien intenso, pues se ha sobrepuesto en mi ánimo a toda suerte de penalidades. ¿Cuándo volveré a verte? ¿Cuándo volveré a acariciar mis idolatrados niños? Ya hace cien días que salí de casa, y sabe Dios cuántos más transcurrirán antes de reunirme con los míos. Cuando los demás se han quedado en sus casas, gozando de sus hogares y favoreciendo sus intereses, yo he sacrificado cuanto tenía, mi porvenir y el de mis hijos, mi tranquilidad y la tuya. No me arrepiento de ello, pues he creído cumplir con mi deber, pero la lección ha sido dura del lado de mis copartidarios y amigos, y sabré aprovechar la experiencia.

Adiós, querida Tulia. Recíbe mi mejor abrazo, acaricia en mi nombre con amor a nuestros hijitos; afectuosas memorias a todos los de la casa. Una vez más te recomiendo veles por tu conservación, teniendo valor y resignación y confiando que pronto volveremos a estar juntos y a ser felices. Tuyo de corazón,

Rafael

Cartagena, mayo 6 de 1895

Mi querida Tulita:

Hace pocos días te escribí una larga carta, pero como no quería que la leyeran el Cuerpo de Guardia y en el correo, resolví esperar la oportunidad de enviarla con seguridad. Hoy se me presenta la ocasión de remitírtela con Enrique Escobar. El te dirá cómo estoy bien alojado en un cuarto alto, seco y fresco; que me hago traer la mesa de un buen hotel y que como con apetito; que me baño diariamente; que estoy sano y robusto y me tratan bien. Cuando por allá se habla de que uno está preso en Cartagena, se imaginan que es en las Bóvedas de Bocachica y que este es un lugar insalubre, mortífero, cuando aquí dura la gente más que en el interior y la temperatura está refrescada por la brisa del mar. Así, pues, no tengas el más mínimo temor por mi salud. Además, tú sabes que tengo tanta práctica en esto de estar preso que sé arreglar mi tiempo de modo de no aburrirme ni impacientarme: leo, estudio inglés, escribo y no tengo más minutos de melancolía que cuando me acuerdo de tí y de mis niños.

Con todo, bien te imaginarás que deseo salir de la cárcel cuanto antes, y como eso depende del Gobierno Nacional, no debes perdonar esfuerzo para lograr que se tome aprisa una resolución cualquiera. Llama a Antonio José Restrepo, o Pepe Sierra, al doctor Escobar, al doctor Esguerra y a los amigos conservadores que más se te hayan ofrecido y sin rogarles otra cosa que obtengan del Gobierno una resolución pronta, sea la que fuere; pónlos de tu parte en el asunto. Sin lloriqueos y sin descender a súplicas con nadie, lo que importa es que se haga de una vez conmigo lo que piensen hacer: si es destierro, que sea pronto; si es confinamiento, que lo decreten aprisa; si prisión indefinida, que me lo hagan

saber, para arreglar mi vida según eso. Deseo tener conmigo un grupo en que estéis tú y todos mis muchachitos; averigua por un buen fotógrafo, no muy carero, y que indique de antemano el color de los vestidos y piense con tiempo cómo ha de disponer el grupo, que quede lo más artístico posible; que se fije especialmente en tí, para lo cual debes mostrarle los que tienes. El tamaño debe ser poco menos que el de esa cuartilla de papel, aunque quizá se dañe si ha de ser remitido por correo, pero no se dañaría si pudiera traerlo Enrique. ¿Quedarías bien, sentada cargando a Tulita? ¿O todos los niños rodeando a ésta tirada en el suelo o puesta sobre alguna silla? En fin, de todos modos necesito para mi consuelo en la cárcel o en el destierro la compañía, en imagen, de mi familia, lo que amo más en el mundo; lo que me hace amable la vida y casi lo único que me liga a esta tierra, infeliz y desgraciada. Manéjate muy bien con Enrique, quien se ha portado aquí perfectamente conmigo; convídalo a comer, o a tomar té, presentándole los niños y, en fin, manifiéstate agradecida como sabes hacerlo.

Después de un constipado algo fuerte, he vuelto a hallarme en buena salud, de suerte que por esa parte ninguna intranquilidad debes tener. Del propio modo me satisfacen las buenas noticias que en ese sentido me llegan de Uds. Enrique no te pinta como acabada, aunque tampoco robusta, y si hallaras un medio conciliatorio entre tu pena y la necesidad de conservarte, te lo agradecería infinitamente; y creo que no se oponen el quererme y el hacer ejercicio, el sentir mi ausencia y el comer, y el llorar mi prisión y el bañarse y dormir. Mira si puedes hacer un esfuerzo para llenar de frente la conservación física y la pena moral: en todo caso, si el volvernos a juntar está lejano, el mejor cálculo parece ser el del

esforzarte por vivir y durar hasta entonces, y no el morirse antes. ¡Mira que me caso con otra! ¡No seas tonta!

Recibí la tarjetica que me trajo Enrique Escobar: confesarás que tampoco es mucho escribirle al marido preso; pero en fin, pase. Lo que te suplico es que cuando vuelvas a pedir tarjetas sea con tus nombres íntegros “Sixta Tulia Gaviria de Uribe” y no “Tulia G. de Uribe”, que nadie sabe, ni yo mismo, si es mi mujer y si la G. será Garavito o Gamboa o Grajales o Galavís.

Si revisas mis cartas anteriores notarás que has dejado sin contestar una infinidad de preguntas interesantes que te he dirigido. Hazme el favor de repasarlas y contestar esos puntos.

Vinieron a notificarme confinamiento a Medellín, bajo compromisos de honor por esta vida y la otra; para no dejarme regresar al lado de mi familia, después de hacérmela llevar a Bogotá, y para no dejarme trabajar ni vivir tranquilo, vale más que me destierren: en Guatemala, El Salvador o Venezuela podré ganar bien la vida y vivir en paz con mi familia. Ya te he dicho otras veces que eso es indudablemente lo que nos conviene y que el nombre de “destierro” no debe en modo alguno afligirte. Acaso no tardaría cuatro meses en venir o en mandar por tí, y la única dificultad, en el estado de penuria a que estamos reducidos, sería el fuerte costo del viaje y la resolución que, llegado el caso, tomaría tu mamá. Una vez más te pregunto qué pensaría ella en el supuesto de marcha nuestra al extranjero.

¿Qué caricias bien cariñosas y entrañables te mandaré hacer a Luisita, Lalila, Juliancito, Carlitos Eduardo y Tulia, de modo que expresen bien la intensidad de mi amor por ellos, por lo que son en sí y por su calidad de hijos tuyos? Allá sabrás tú: cómetelos a besos, díles mil ternezas en nombre

de su papá, de quien son dicha y orgullo, y recuérdales una y mil veces al día cuánto los quiero, y los deseo formales.

En cuanto a tí, mi buena y amada Tulia, Tulia de mi corazón, Tulia del alma, recibe el puro y ardiente beso y el estrecho abrazo de aquel para quien eres todo en el mundo.

Tu Rafael

Cartagena, junio 3 de 1895

Mi querida Tulita:

No he vuelto a tener noticias tuyas desde tu melancólica cartica del 7 de mayo, que guardo en mi cartera y que leo y releo con infinita tristeza, pensando en lo que será de mis hijitos y de tí, abandonada a la angustia de tu abatimiento y cobardía. Tu silencio posterior lo interpretara por una desgracia, si no fuera porque no está en mi índole atormentarme con anticipación con lo que bien puede no haber sucedido. Prefiero pensar que como Uds. pierden la cabeza precisamente cuando más se necesita tenerla en su puesto, ni a tí ni a ninguno en la casa se le ha ocurrido que para mí sería un consuelo recibir un telegrama o una carta. ¿Por qué no volviste a escribir por conducto de los Araújo? Aquí me he cansado de mandarle preguntar a D. José Dionisio si no ha recibido más cartas para mí, pues él fue quien me trajo la del otro día; y a cada correo me ha mandado decir que nada ha venido, que es cosa para desconsolar a cualquiera. ¿Y por qué no me han teleografiado? Uds. Son incomprensibles y capaces de hacer desgraciado a cualquiera con sus malditos nervios. Lo peor es que no ceso de acordarme que a mi pobre Luisita me la están echando a perder con los aspavientos, gritos, exclamaciones, carreras y demás fantasmagorías. Con decir luego que ella es así nerviosita, queda todo arreglado. En fin, con esta conducta he llegado a ser en esta cárcel el hombre más infeliz, y si esta situación continúa no sé, de aburrido o desesperado, qué haré o qué será de mí. Sé que Enrique Escobar llegó allá desde el 20 de mayo; él ha debido entregarte –cerradas– dos cartas para tí y una carta a D. Eustacio. ¿Las recibiste? ¿Por qué no me has puesto en 15 días un telegrama avisándomelo y dándome noticias de

la casa? Esto es para enloquecer a cualquiera. Házte cargo que esta prisión es infinitamente más dura que las de 85 y 92; entonces te tenía cerca a tí, en la primera, siendo mi dulce y buena novia, que cuidabas de mí con más amor que si ya fuera tu marido; los episodios de entonces, tan suaves al recuerdo, no se borrarán jamás de mi memoria y me harán siempre bendecirte como un ángel de bondad, de inocencia y de belleza. Preso otra vez por pocos días, después de nuestra luna de miel (si es que ésta ha terminado, pues por mi parte te quiero como el primer día, pienso en tí con más empeño y tenacidad que cuando era tu enamorado, y además te estimo de amistad, como madre de mis hijos y como dueña del alma más hermosa y bien dotada de exquisitas prendas morales, que jamás haya tenido el alma de una mujer); cuando el infame Betancour me puso en la cárcel, repito, también te tenía cerca, y recordarás que fuiste a verme. En el 92, todavía fue menos penosa para mí la cárcel, a pesar de la incomunicación y del mal alojamiento: ibas a verme, me mandabas los niños y sabía de tí constantemente. Pero considérame hoy, a 300 leguas de distancia, entre gentes extrañas, con un servicio de mesa que no ha pasado por tus hábiles y cariñosas manos, y por añadidura sin saber de tí y de mis hijos. ¿Cómo no me alivias un poco la carga escribiéndome con frecuencia y no para más afligirme, sino para alegrarme y darme buen ánimo, o a lo menos para no quitármelo? Sin duda se te ha olvidado el buen modo de querer, cuando a tu pobre marido se le van las horas muertas acordándose de su excelente y querida mujercita, fiel, hacendosa, casta, recatada y amante de sus hijos. Algún día te contaré cómo, cuando caí prisionero y me conducían a Mompo no sabiendo quién era yo, me hicieron ejecutar una marcha de diez horas, de noche, a pie por ciénagas y montes, con una fuerte escolta; y cómo llegué fresco y sin haber sentido el tiempo, porque se me ocurrió

repasar mientras andaba, toda mi vida contigo, desde que te conocí, nuestros amores y toda la historia de nuestra existencia conyugal. Apoyado en un bordón, descalzo, remangado hasta medio muslo, pantaneando en la oscuridad y rodeado de soldados, mi cuerpo iba ahí, pero mi alma estaba contigo, y me sonreía con escenas de amor o recordando alguna gracia de los muchachos. ¿Verdad que te he querido? ¿Verdad que has sido dichosa conmigo? ¿Verdad que nuestra unión no ha tenido un solo día amargo? Entonces: ¿por qué no tienes confianza en mí y en mis consejos cuando te digo que dejes los nervios y seas valiente? Eso es posible por obra de la voluntad, si te lo propones; pero si no haces ningún esfuerzo y te deslizas a la debilidad y al lloriqueo, mal corresponderás a los ruegos de tu marido, quien te quiere enérgica, tranquila, llena de entereza y resolución.

¿Cómo va la nueva dentición de Luisita y Lalila? Cuida los juegos de mi celeberrimo chato Carlos Eduardo. Muchas veces he pensado qué feliz fuera teniendo siquiera aquí uno de mis dos hombrecitos! Escíbeme largo sobre Sixta Tulita: ¿está quedando parecida a tí? Cuánto me gustara tener en ella el retrato fiel de su madre, pues aunque Luisita tiene tus ojos, en las demás facciones más bien es Uribe, así como en el genio; al paso que Lalila tiene tu nariz y tu boca, y en su modo de ser, simpática y medio destornillada en su giro intelectual, me recuerda ciertos aspectos de quien yo me sé. Adiós, no escribo más tonterías. Estoy bueno de salud y paso mi tiempo leyendo, escribiendo y bañándome. Duermo bien y el calor no me impresiona porque vivo casi en pelota. Recuerdos a todos los de la casa, a los amigos fieles y en particular a Don Eustacio de quien no he recibido una letra. Tres mil caricias a mis hijitos y el mejor abrazo para tí, de

Tu Rafael

Trinitas, set. 19 - 1910

Mis queridos Tula y ca

Regalá

A las dos pasaditas llegó ayer el tren a qui, sin ninguna novedad. El almuerzo en la Esperanza no estuvo malo. - La tarde la pasé a caballo y al sol; siempre es que de 5° de frío que estaba haciendo en la Sabana a 35° que tenemos al sol, hay su diferencia para de por la mañana a la tarde en un mismo día. Yo tomé un dolorcito de cabeza que no quiso ceder a la fenacetina, pero sí al sueño.

En el tren venía el Sr. Quintana, administrador del ferrocarril Nuevos, que se empeñó en que vinieramos a dormir en la casa; así lo hicimos, y por cierto que pasamos buena noche; estuvo muy fresca, de suerte que tuve que apelar a la manta; no tuvimos más que quitó ni ninguna otra plaga. Apenas me desperté luego revoloteaba y me despertó echándose una meada casi tan berriuchosa como un pañal de la Chaba.

Esta mañana madrugué a bañarme en la regadera: una delicia. Aunque el catarro no ha desaparecido, espero que no me hará daño.

Aquí están temperando varias familias. El clima es seco y sano. Lástima que no hayan concluido el hotel: antes está cayéndose.

A la tarde seguiremos a Girardot en un tren de carga. De allá volveré a escribirles.

Desearé que que Inesita haya seguido mejor. Besitos a la Nena y a la Chaba. - Recuerdos a todos.

Se afina -

Rafael -

Recuerdos a Tula y Tula, cuando voyan por su casa

Cartagena, junio 5 de 1895

Mi querida Tulita:

Ayer me entregó el doctor Pareja tu carta del 15 de mayo, más lacrimosa y desconsoladora que la anterior. Todo se te va en decirme que estás muy triste, que no haces sino llorar, que lo que estás sufriendo es imponderable, que tu angustia y abatimiento no podré imaginarlos. Vamos a ver: ¿qué has ganado ni qué ganas con ese procedimiento? ¿Estoy menos preso o más cerca de tí porque te entretengas en matarte a puras penas y en hacérmelas sentir a mí? Bien ves que por ese camino nada se remedia, sino al contrario, todo se echa a perder. Lo más sencillo es que por esa conducta cobarde vayas debilitándote y te coja alguna enfermedad; y entonces sí veras si el modo de ser buena esposa y buena madre es destruyendo tu salud y tu vida, para que más padezcamos tu marido y tus hijos.

¿Por qué más bien no consideras que esta pena y separación tienen que ser pasajeras? ¿Por qué no te fijas en que siendo jóvenes ambos, tenemos todavía muchos años de vida feliz que pasar juntos, y que el modo de prepararte tú para disfrutarlos es conservando tu juventud, tu salud y tu belleza? ¿No ves que destruyes tu dicha futura y la de tu marido y tus hijos no reservándonos sino una enferma que cuidar, envejeciéndote y matándote con tormentos imaginarios? Si siempre hubiéramos vivido juntos y esta fuera la primera separación; si esta fuera la primera guerra en que tomo parte y la primera vez que estoy preso, alguna razón habría para que te asustases; pero la mitad de mi vida conyugal la he pasado ausente de tí; y en cuanto a campañas y prisiones tu experiencia es larga. ¿Qué me ha sucedido nunca? ¿Qué vida me han quitado, qué pierna me he quebrado ni con qué miembro menos he

salida de las cárceles? Vaya por Dios, mujer: si no parece sino que todo fuera por hacerte la interesante con tus nervios y alharacas. Sabes que mi prisión no es malsana; que no me tratan mal; que nada me falta; que la Costa, por las brisas marinas, es más sana que muchos climas del interior; que estoy bueno de salud; y que mi libertad no tardará en venir de un modo u otro. ¿Entonces por qué te echas a morir? ¿Qué más harías si estuviera en capilla para fusilarme? Nada, nada: todo esto es rematadamente tonto. Una y mil veces he pensado y te he escrito que lo único que me falta para estar tranquilo y soportar con entera indiferencia esta prisión, es saber que por tu parte estás calmada y resistes con valor esta prueba; en cuanto depende de mí, ya sabes que jamás me doblego por estos reveses y quiebras de la vida: llevo en mí mismo ánimo varonil, orgullo y satisfacción de conciencia, suficientes para no amedrentarme por estas pequeñeces. Solo necesito que mi compañera demuestre algo siquiera de serenidad y resignación; y eso poco que te pido, eso que te toca dar, es precisamente lo que me niegas, haciendo lo contrario. Pues digo!... bonito modo de querer! Atormentándose y atormentándose. No dejes de pedir privilegio de invención por esa famosa manera de amar; es curiosísima. Ojalá te enojas y me contestes con una carta bien caliente, prefiero eso a las que me han venido, emborronadas de lágrimas. ¡Qué en tantos años no hayas podido comprender lo que me chocan los nervios y la sensiblería!

¿Por qué, sabiendo que, después de tí, lo que más quiero en el mundo son mis hijitos, ni una sola palabra me dices de ellos? ¿No calculas que en tantos meses de no saber de ellos, lo más grato para mí es cuanto a ellos se refiera? Agradecidísimo estoy a todos los demás de la casa que no me han puesto una letra, para hablarme siquiera de mis muchachos, o mandarme

unas saludes; eso da la medida del cariño por mí. Mil y mil gracias, ¿no? En fin, pues que por las buenas nada se saca de todos Uds. lo que quiero es que, aguijoneándolos así, me escriban aunque sea tratándome mal. Tú, por ejemplo, bien puedes tratarme de ingrato y decirme hasta “botija verde” y “zamba Canuta”. Estoy seguro que a todos mis sermones vas a contestarme: “Sí, que si una llora y se entristece, bien sabes que es por lo mucho que te quiero; a ver si te gustara que me mostrara indiferente por tu ausencia y prisión”. Pues, hija, tanto como indiferente, no; pero si el lloro y la melancolía son muestras de amor, creo que, como interesado principal, puedo decirte que no me gusta ese modo de quererme y que ojalá no lo cambies por otro. Verbigracia: escribiéndome largo y tendido; dándome consuelos y animándome, en vez de pintarte hecha una Magdalena; oyendo mis consejos sobre tu salud y el cuidado de mis hijitos; en fin, haciendo cuanto en otras cartas te he dicho. Así es como deseo que me quieras; lo demás no me conviene; en nada me aprovechan tus lágrimas, ni lo que dejes de comer, de dormir o de pasear; absolutamente, y por mi parte bien puedes suprimir todos esos extremos, que no por eso pensaré que me quieres menos, sino más. ¿Queda hecho el trato?

Hasta ahora comienzan a aflojar la vigilancia e incomunicación en que estaba, motivo por que no te había escrito antes con frecuencia. Hoy te puse un telegrama a ver si pasa, pues otros que te he dirigido, creo que los han retenido: a lo menos, nada me dices sobre ellos.

El Dr. Pareja me cuenta que le hiciste ver los niños y que todos estaban buenos, pero que tú estabas ojerosa, amarilla, demacrada y llena de arrugas; que se veía que en los últimos meses debías haberte acabado muchísimo, pues estabas ajada, marchita, los ojos sin brillo, manchado el cutis y muy flaca.

En fin, la pintura que me hizo (porque le supliqué que me hablara con franqueza) fue tan aterradora que por un momento creí que era con tu mamá con quien había hablado, tomándola equivocadamente por tí, pero al persuadirme de lo contrario, me ha entrado el mayor desconsuelo al saber que mi mujer es hoy una ruina ambulante, resto apenas de lo que fue, y que mi desilusión el día que vuelva a verla no tendrá nombre. La culpa no será mía, que harto te lo he advertido y rogado; seguiré estimándote como madre de mis hijos y por tus virtudes, pero en cuanto a mi amor por tí como mujer, no sé hasta dónde resista la prueba. Tengo miedo de verme en la fuerza de la vida, unido a un ser achacoso y decadente. A juzgar por tu mamá, tú no eres durable; ella se echó a morir por penas morales como las de todo el mundo, y habiendo sido una de las mujeres más hermosas de su época, el resultado es que, a la edad en que otras de más años que ella gozan de una envidiable vejez: robustas, derechas, sanas, con pocas arrugas y canas, tu mamá representa veinte años más que sus contemporáneas, vive llena de achaques y ha abreviado su vida en otros veinte años; eso es una especie de suicidio, tan censurable como si hubiera tomado veneno, y eso es lo que tú estás haciendo. Por mi parte repito que tengo positivo miedo a verte de un momento a otro llena de canas y arrugas, desteñido el cutis, turbios y sin vida los ojos, flojos los dientes, y perdida también tu envidiable salud, para no andar luego sino con afanes de médico, botica y achaques.

Uno pone cierto orgullo y amor propio en que su mujer sea presentable, y no una tarasca; y si en vez de madrugar, bañarte, hacer ejercicio, comer con apetito, dormir bien, combatir con buen ánimo las penas de la vida y considerar como tu primer deber el de conservarte para tu marido y tus hijos, esforzándote por retener la última flor de juventud, que una

vez ida no renace ni se recupera; en vez de eso, te propones adrede apresurar la fealdad y enfermedades de la vejez, desde hoy te digo que tuya será la culpa de lo que suceda, y que después el arrepentimiento de tu debilidad de hoy no remediará nada. Al buen entendedor, con una palabra basta. Bien sabes que siempre te he sido fiel, no solo porque te quiero y me respeto, sino porque teniendo en casa a mi buena y hermosa Tulia, poco me llamaban la atención las demás mujeres ni había por qué codiciarlas, pero si estando yo en el vigor de la vida, echas tú a perder tu belleza, bien comprendes que ese será un atractivo menos que lo retenga a uno en el hogar, y un lazo que se rompe, impulsándolo a uno fuera, porque la que fue una mujer bonita ha querido convertirse en una gata enferma.

No hay peor cosa en las casadas que abandonarse, y a cuenta de que ya tienen marido seguro, prescindir con él de toda coquetería; esto de andar desgüeñadas hasta mediodía, vestidas de guiñapos y “esgualtadas”, es para acabar con el amor más fino; y de cuenta de que no hay divorcio, no cuidarse, no conservar un solo hechizo, es echar al marido a que se busque consuelos por la calle, y después cargarle toda la culpa. De esas pequeñeces depende la dicha conyugal que, una vez sacrificada, hace desgraciados a los esposos y quizá también a los hijos. Con que, mi querida, esta es guerra avisada; en tu camino está tu dicha, la mía y la de nuestros hijitos; no la destruyas neciamente con lloriqueos, nervios y pataletas. Luego, ya será tarde y no se podrá retroceder.

Mucho me alegro de que ya mi Sixta-Tulita tenga su par de dientes y esté, sin embargo, robusta y muy viva, como me la pintas. Pobre mi hijita, que ha crecido sin conocer a su papá; pero algún día le pagaré con creces todas las caricias que le debo. De los demás hijitos no me dices una palabra; qué

vamos a hacer! Tampoco me dices qué ha sido de Carlos el de Heraclio: si está en el colegio, en cuál, si va aplicado o si perderá también el año. De todo esto es urgente avisarle a Heraclio pues tenemos responsabilidad moral en ese sentido.

Adiós, mi querida Tulita: perdona frases duras de esta y otras cartas; es por tu bien, por el mío y el de nuestros muchachitos, por lo que te hablo este lenguaje. Díme que estás resuelta a seguir mis consejos y entonces no tendré sino palabras de miel para mi dulce compañera, tan pura y angelical, a quien no merezco y a quien hago sufrir un pago de su amor por mí, aunque sin culpa de mi parte, o a lo menos sin intención.

Mil tiernas caricias a Luisita, Lalila, Juliancito, Carlitos Eduardo y Sixta-Tulita (ya es larga la lista, ¿no?). Por tu parte, haz la cuenta al despertar y al acostarte, que a esas mismas horas te besa y abraza con amor invariable,

Tu Rafael

Cartagena, junio 15 de 1895

Mi querida Tulita:

Por conducto de Fergusson, Noguera y Cía. recibí hace pocos días tu cartica de 20 de Mayo y otra de Amelia, que contestaré aparte. No insistiré más en censurarte lo mal que haces en desesperarte, como dices, “imaginando cosas tan horribles como pudieron haberme sucedido” o como me pueden suceder. ¿No ves que ese sistema de atormentarse por anticipación con cosas que luego no suceden es el más tonto del mundo? Que uno se aflija por las desgracias que ya le acontecieron, está muy puesto en razón; pero echarse también a morir por lo que no se sabe si ha sucedido o sucederá, es el mayor disparate que se le puede ocurrir a cualquiera. Y como sé que aun después de pasada la guerra, tú seguirás trabajando por atormentarte, por el solo hecho de estar ausente de ti, una vez más te ruego que te calmes, que contengas la imaginación y los malditos nervios. Me dices, y Amelia lo confirma, que ha sido un milagro que hayas escapado con vida de tanto como has padecido: de suerte que si no fueras robusta o si hubieras tenido mala salud, ¿te parece bien que por andar “imaginándote cosas horribles”, nos hubiéramos quedado tus hijitos y yo huérfanos de ti en el mundo? ¡Qué gran modo de componer las cosas hubiera sido ese! Y lo peor, señora de las imaginaciones horribles, es que como me dejabas con cinco muchachitos pequeños, yo me habría visto en la “absoluta necesidad” de volver a casarme, aunque bien sabes que habría sido “contra todo mi gusto” y nada más que por buscar quién me ayudara a bregar con los niños, en vez de dejarlos en manos de criadas. Además, que en cierta ocasión me diste permiso y autorización para meter el segundo puesto, en llegando tú a faltar. Con que ya sabes, chica: cuidarte,

cuidarte mucho, porque en pasando el “cabo-de-año” y quizá antes, te buscaría el reemplazo. ¿Te estás riendo? En cambio te autorizo para hacer lo mismo si llego yo a faltar, que no es fácil porque yo sí veo por mi salud y no estoy tan aburrido con la vida como para abreviarla a fuerza de nervios y pamplinas.

Mucho me han agradado las noticias que me das sobre los niños, de lo robustos y sanos que han quedado después de la tos ferina. El deseo de verlos es a veces tan fuerte que por satisfacerlo fuera capaz de cualquier barbaridad, si esto no diera el resultado contrario; pero no puedo impedir que su recuerdo me haga sonreír y entristecer al mismo tiempo; sobre todo, diera lo que no tengo por contemplar por un minuto la cara de mi chinita Sixta-Tulia, a quien tanto me ponderas y que efectivamente creo que ha de ser divina. Supongo que habrás cumplido mi recomendación de enviarme el grupo de ellos y de ti, que será grandísimo consuelo. Espero que no transcurrirá este mes sin tener aquí los retratos.

He escrito a D. Eustacio agradeciéndole su magnífica conducta contigo y recomendándole mil recuerdos para D. Ricardo, Eustacito y demás amigos que han procedido de igual manera. Espero que me hagas la lista completa, porque estas deudas del corazón debe uno tratar de pagarlas siquiera con gratitud.

Ojalá hayas encontrado nueva casa, más barata, pero siempre que sea sana, pues de lo contrario, economizar en alquileres para emplearlo en médicos y botica, es mal cálculo, y sobre todo que la salud y la vida deben anteponerse en todo caso. Una casa alta por el barrio de La Candelaria o del Rosario, sería lo mejor.

Por lo demás siento tener que decirte que nuestra vida en Bogotá no será muy larga. Tengo pocas esperanzas de que el Gobierno me deje en libertad en Colombia, y creo

que debes familiarizarte con la idea de que me desterrarán. Esto no será un gran mal si consideras la poca tranquilidad con que me dejarían vivir aquí: como por lo pasado, estarían continuamente encarcelándome, confinándome y molestándome injustamente. En país extranjero, en cuya política no tendría por qué mezclarme, la existencia sería más tranquila, tal vez más provechosa pecuniariamente y aun podríamos educar mejor a los niños. He escrito sobre el particular a Centro-América y a Venezuela, y es posible que aun en el caso de que me pongan en libertad, eche un paseo a esas tierras o a los Estados Unidos, antes de subir a verte. Esto lo haría por el mismo interés de tu tranquilidad y del porvenir de nuestros hijitos. Además, viviendo en Colombia, yo no podría menos de tomar parte en la política, pues sería incapaz de abandonar a mi partido derrotado, y las persecuciones de mis adversarios no me dejarían proceder de otro modo. Para evitar esos inconvenientes, no hay más camino que emigrar, y para ello debes estar prevenida, y tu mamá debe ir pensando en la resolución que, llegado el caso, debe tomar.

Acabo de recibir tu cartica del 5 de Mayo, en la cual me avisas recibo de la que te escribí con Enrique Escobar, quien te habrá tranquilizado respecto a mi prisión, salud, etc. ¿No ves? Podías haberte ahorrado “las imaginaciones de cosas horribles” que han estado a punto de volverte loca. ¿No te he dicho infinidad de veces que “a mí no me sucede nada”? ¿Cuándo ha fallado la regla? Entonces, ¿por qué pierdes la confianza apenas vuelvo la espalda? Tontuela, más que tontuela: atormentarse por puro gusto; jamás te lo podré perdonar, pues eso indica falta de confianza en mí. Y luego me hablas de tu amor! Como si la mejor demostración de que todavía me quieres algo no fuera conservándote para tu marido y tus hijitos, que es, además, tu primer deber. Pero,

en fin, creo que esto es predicar en el desierto y que tú serás siempre la misma.

Es indispensable que Carlos el de Heraclio esté siempre más o menos bien presentado; ya este año debe terminarlo en el Colegio Americano, de externo; pero vigilándolo mucho y aun regañándolo si es necesario. Que se levante y asée temprano, que sea puntual en sus horas y que no ande callejeando. Tenemos una grandísima responsabilidad. Es necesario que tengas en esto mucho cuidado, como si Carlos fuera tu hijo mayor.

Mucho te agradezco que hayas escrito y teleografiado al Cauca acerca de mí. Supongo que igual cosa habrás hecho para con mamá Rita, a Medellín, ya que desde aquí me es imposible. No tengo permiso sino para escribirte a ti.

Estoy muy bien de salud, no obstante lo larga que va ya esta prisión y lo malo del agua de Cartagena. Me baño dos veces diarias, leo y escribo todo el día, sin dejarme minuto desocupado para aburrirme; cómo con regular apetito y no duermo mal, a pesar de que como cierran la puerta del calabozo y éste no tiene ventana, el calor es a veces insoportable.

Adiós, querida. Reparte cinco mil besos a mis idolatrados hijitos, cuídamelos mucho, recuérdales mi nombre a cada instante y que no olviden cuánto los quiere su papacito. En cuanto a tí, no volveré a decirte que te quiero sino cuando sepa que te sobrepones a los nervios y lloriqueos. Sin embargo, allá va un abrazo bien estrecho y cariñoso de

Tu Rafael

Cartagena, julio 5 de 1895

Mi querida Tulita:

Después de tu carta de 25 de mayo ninguna otra he vuelto a recibir, cosa que extraño, pues de allá para acá se te presentan mil facilidades de escribirme, ya con viajeros que vienen para la Costa, ya bajo cubiertas de casas de comercio, como Fergusson y Noguera, Joaquín Araújo, Villa, Boteros y Cía. y otras. Para mí sí es difícil escribirte, porque rara es la persona a quien permiten entrar a verme y con la cual pueda hacer salir mis cartas, y antes de dejarlas leer en el Campo de Guardia, prefiero no escribirlas. Además, el correo es más inseguro de aquí para allá que viceversa.

Ya ves cómo tus esperanzas de verme libre han salido defraudadas, y cómo mi prisión se prolonga indefinidamente. Al fin concluirán por desterrarme, y creo que es lo mejor que puede sucederme, si viviendo en Colombia han de seguir hostilizándome como ya ha sucedido. Soy muy capaz de ganarme la vida en Venezuela o en Centro-América y viviríamos más tranquilos, pues como extranjero yo no me ocuparía en la política de esos países, ni los gobiernos me molestarían. Costoso sí será el viaje y el establecimiento, pero no habría más remedio. Vuelvo a preguntarte cuál sería en tal caso la resolución de tu mamá, y si se sujetaría a todas las consecuencias del cambio.

No me dejes carecer de tus cartas y sobre todo, no te aflijas por nada, esperando tiempos mejores.

He estado bien de salud, y apenas empieza a aburrirme un poco la cárcel; pero considero que ya poco puede durar y presto paciencia para lo que falta.

Házles mil caricias a mis hijitos, de quienes no me olvido un solo instante y a quien delito por volver a ver. Recuer-

Cartas de amor en tiempos de guerra

dos a todos los de la casa y a los amigos, y recibe el más tierno
abrazo de

Tu Rafael

Cartagena, agosto 1° de 1895

Mi siempre querida Tulita:

Mucho te he pensado en las decepciones y desengaños que habrás tenido en estos días pasados. Me telegrafíaste felicitándome por mi libertad y expresándome tu contento y el deseo de verme pronto, y yo tuve el dolor de contestarte desde mi calabozo, que continuaba, como continúo, preso. La desilusión te habrá martirizado más que la falta de esperanza, y me conmueve profundamente lo que habrás padecido. ¿Por qué fuiste tan poco afortunada que dieras con un marido víctima, a cada paso, de las pasiones políticas? A tu índole mansa y apacible correspondía la de un hombre pacífico que te hubiera hecho feliz en un hogar siempre tranquilo, en vez de la vida agitada y tormentosa que conmigo te ha tocado. No me consuela de esta pena sino la esperanza de que pronto vendrá un período de calma en que pueda pagarte con amor y cuidados tanta angustia, tantos terrores y tanto sinsabor como por mí has sufrido. En ello has tenido mil veces la razón, y si te he escrito cartas de censura y aun hirientes, ha sido por procurarte algún valor, por distraerte de tu preocupación continua y hasta por enojarte conmigo, a ver si así tomaban otro curso tus penas. Me ha entretenido muchísimo tu carta de braveza, y por verte centellear los ojos y entromparte de puro brava, cuando leíste la mía y la contestabas, hubiera dado lo que no tengo. Ya te contestaré, pichona, y te daré cuantas satisfacciones puedas apetecer.

Muchas curiosidades costeñas tenía ya reunidas, por conducto de amigos, para el caso de regreso al interior; peines, pulseras de carey, riscos, caracoles, conchas, esteras finas de chingalé, camarones, sábaló, tortuga, etc. No sabes cuánto sien-

to no gozar del placer que tendrían mis hijitos recibiendo esos regalos de su papá quien tanto los idolatra.

Y que tuvo la grandísima contrariedad de ver llegar a Enrique Escobar sin traerle el grupo fotográfico de su familia. ¡Ah! Si eso de retratarse es cosa trabajosísima y muy de pensar; fuera de que el padre y marido tiene allá en su calabozo de Cartagena muchas distracciones y, además, es probable que la ausencia le haya hecho perder el amor a su mujer y a sus hijos. ¡Muchas gracias! ¿no? Así se cumple una recomendación encarecida. ¡Cómo matara yo las largas horas de prisión contemplando los retratos de mis adorados hijitos, si no queriendo tú hacerlo, los hubieras mandado con cualquiera! ¡Cómo me consolara y enterneciera mirando sus rasgos, conociendo a Tulita, enredando mis pensamientos en los rizos de Carlitos, de Luisa y de Lalila o registrando las facciones de Julián! ¡Ah! Tú eres cruel a veces en tus descuidos: ¿qué importaba retratar a los niños?

No quiero vestidos negros en el grupo, en los niños ni en ti, y desearía que tu traje, al salir a la calle, tampoco fuera negro, sino claro. Sería de mal agüero que anduvieras de luto, estando vivo tu marido, y resuelto a vivir y no enfermarse con ningún pretexto.

Sigo siendo objeto de atenciones de parte de los cartagenos, muchos de los cuales han venido a verme, a pesar de la dificultad de conseguir permiso: Stevenson, Alandete, Corrales, Tonos, Eudoro Velásquez, antioqueño, y otros.

De nuevo te suplico encarecidamente, por el amor que me tenías y que no sé si todavía me guardarás, y si no por el amor de mis hijitos, que no te acobardes, que salgas diariamente a pasear a los parques, que te alimentes bien y que procures conservarte fresca y robusta. Será para mí una desilusión volver a verte ajada, flaca, descolorida y vieja, hecha una

ruina. En muchísimo aprecio tus innumerables virtudes de mujer, esposa y madre, pero los maridos no podemos, además, prescindir de cierto orgullo basado en que nuestras mujeres sean hermosas: en vez de andar ocultándolas como tarascas, tiene uno gusto en presentarlas en público, andar con ellas y manifestarse enamorado. Esa belleza y su cuidadosa conservación, constituyen la mitad de la vida conyugal; así somos todos los hombres, con raras excepciones, y como yo no los hice ni me hice a mí mismo, no es mía la culpa. Con que, mi querida Tulita, madruga, haz ejercicio, respira aire libre, come con apetito y conserva ánimo varonil: cuida tu juventud y tu hermosura, pues en gran parte por ello me casé contigo y te he seguido queriendo sin interrupción durante diez años. Pero no sé qué pasará en mi corazón el día que te vea llena de canas y arrugas, sin dientes, fea y acabada, siendo cosa que depende, en gran parte, de la voluntad de impedir la vejez prematura. Y tú tienes todavía quince años para conservarte buena moza, lucida y deseable.

Probablemente, te toca salir pronto de Colombia y necesitas estar robusta para soportar los malos climas; de suerte que no te lo hagas decir otra vez: cuídate, no te abandones, no te dejes ganar por la tristeza y el desaliento. Ruego a Helena Gómez, a quien puedes mostrar estas cartas, como tan de la casa y tu amiga, que me escriba si cumples con estas súplicas mías, o si desatendiéndolas hay que estar rogándote que comas, que te animes; quitándote de la cabeza mil visiones fantásticas sobre mi suerte, llena de nervios, gimoteando inconsolable a cada triquitraque y no como la mujer de Rafael Uribe. El no recibir carta de Helena será señal de que no le has mostrado ésta, por temor de lo que ella pueda escribirme, pues no dudo que ella me dirá toda la verdad.

Adiós, mi buena Tulia. Cómete a besos a mi nombre a mis cinco chinitos y entrega mil recuerdos a todos los de la casa. Recibe mi más tierno abrazo.

Tu Rafael

Cartagena, agosto 25 de 1895

Mi querida Tulita:

Con dos días de diferencia recibí tus dos cartas de 7 y 13 de agosto en curso, después de un mes largo de carecer de toda noticia tuya, por más cartas y telegramas que te he dirigido. Pero veo que tampoco te han llegado, pues te quejas de mi silencio. Me regañas porque no quise aceptar el confinamiento a Medellín, con sujeción a la vigilancia de las autoridades y bajo una humillante promesa de honor; me dices que eso “no lo hace un hombre de mediano juicio, que tiene cinco hijos que dependen del trabajo de su padre y no tienen más amparo que él; que el partido liberal no me agradecerá este nuevo sacrificio; que la política acabará conmigo y con toda mi familia, empezando por ti, cuyos días serán ya pocos, según lo agotada y enferma que estás, etc.” Tomo nota de que cuando te toca echarles un rēspice a los demás para censurarles un procedimiento que no te agrada, no lo haces mal; pero deduzco que, para no perder autoridad, debieras mostrarte más dócil cuando a tu vez te aconsejan alguna variación en tu modo de pensar u obrar. Verbigracia, me he cansado de suplicarte que calmes tus nervios, que te tranquilices sobre mi suerte y que cuides tu salud y, sin embargo, por ti misma sé que te entregas a desesperaciones inconcebibles y que verdaderamente estás hecha un escuerzo. Entre otras, me contó Eduardo Mejía cierta escena de Amelia quien salió de casa de las Gómez gritando por la calle, por no sé qué mentira, que yo estaba en las Bóvedas, y que habiendo tragado tú también la bola, hubo patatuses y nervios y ridiculeces. Cuando uno desatiende así a los demás, pierde todo derecho a criticarles su conducta. Por otra parte, me parece bueno decirte que mi conducta política obedece

a los dictados de mi conciencia de hombre libre y no a la esperanza de recompensas o agradecimientos de mi partido; por lo mismo que tengo hijos no hallo para su suerte sino dos alternativas: o luchar para que no crezcan a la sombra corruptora de la tiranía, esforzándome por restablecer la libertad en el país que les tocó por patria, o irme con ellos a tierra extraña, donde a lo menos su calidad de extranjeros los proteja contra el despotismo si allá lo hubiere. Así te lo he propuesto y tú rehusas; en El Salvador o en Guatemala, yo me entregaría exclusivamente a mi trabajo y a la educación de mis hijos, pues no tendría para qué mezclarme en la política ajena; pero te niegas a seguirme y entonces te repito una vez más: fuera de los deberes de familia, el hombre tiene deberes sociales y políticos para con el país donde nació, y no puede descuidar su cumplimiento. Mientras viva en Colombia y aquí no haya libertad, nadie puede pedirme abstención y quietud. Desde ahora y para lo que suceda, dejo sentado que te propuse que nos fuéramos a vivir tranquilos a otro país y que tú no quisiste: te corresponde, pues, la mitad, o más, de la responsabilidad en nuestra suerte futura.

Además, los inconvenientes de mi prisión consisten en carecer de libertad, en estar alejado de la familia y en no poder trabajar para ganar la vida. Confinado a Medellín, bajo la vigilancia de las autoridades, no haría sino cambiar una cárcel chica por otra grande, estaría siempre apartado de la familia y en la misma imposibilidad para ganar dinero. Lo que se me ofrecía, pues, en cambio del sacrificio de la dignidad era muy poco y por eso rehusé, sabiendo que de un modo o de otro mi detención no puede durar: o al fin me conceden pasaporte para el extranjero, que es lo que más deseo, o me confinan a Bogotá, como dice el señor Jimeno haberlo obtenido. Pero sucede que el gobierno de aquí dizque no ha recibido órdenes

en ese sentido. O Caro se burla de Jimeno y de tí, haciéndoles poner telegramas falsos; o allá hay una mano oculta que impide pasar los de mi excarcelación, o aquí los reciben y se los guardan. Pero lo cierto es que, alarmado profundamente y entristecido por lo que me dices “que ya tus días serán pocos y que no te abandone los hijitos”, pues no te creo tan sin corazón que hayas escrito esas terribles palabras por juego y para atormentar más a un infeliz prisionero, puesto entre la espada de su deshonor y la pared de su prisión; cediendo a tu súplica consentí en dar mi palabra de honor para regresar a Bogotá y, sin embargo, aquí sigo preso y seguiré no sé hasta cuándo. De manera que ninguna culpa tengo yo en lo que pasa, después de manifestar mi asentimiento. Hoy te pongo un telegrama de veinte palabras, “urgente”, sobre este asunto.

Estoy siempre bien de salud, aunque a veces en telegramas y cartas para otros diga que estoy enfermo, es con el objeto de apresurar mi libertad, por el temor que, sin duda, tendría el gobierno a la responsabilidad de hacerme morir en un calabozo, exponiéndose a la malevolencia de los comentarios. Pero la verdad es que he resistido maravillosamente esta larga prisión; apenas algún catarro o algún dañito de estómago de vez en cuando, por lo malo de estas aguas; pero estoy robusto, duermo y como bien, me baño, leo, escribo, juego dominó, me paseo en los corredores, charlo con los compañeros –los presos de Barranquilla– y en todo caso no me aburro, pues tú sabes que nunca sé aburrirme. Pienso mucho en tí y en mis hijitos, eso sí; y cuando al mediodía sopla la brisa del sur, me imagino que trae alguna parte del ambiente que ellos y tú habéis respirado en la remota Sabana. ¡Cumplirá el año mi Tulita sin que su papá la conozca? Porque tal como la pintas y para el tiempo que hace la dejé, tan chiquitica, es como si no la conociera. ¿También mi chino Carlos cumplirá

sus dos años y Luisa ocho y Julián cinco, sin que esté con ellos su papacito que tanto los quiere, y que tuvo la pena de no colgar en abril a su preciosa Lalita? Ojalá que no sea así, y que para el 29 de noviembre tampoco cumpla los cuarenta cierta gitana llorona que tiene gusto en aumentar las penas de los presos, en vez de darles valor para sufrir.

Si regreso allá, tendremos que vivir en Serrezuela un año siquiera, aunque mi deseo fuera que quisieras irte para “Ceilán”. Llevaríamos una maestra para los niños, a fin de que su educación no se atrasara. Mientras tanto, es mi voluntad que pongas a Luisita y a Adelaidita en el Colegio Americano, que les queda cerca, y que se les enseñe únicamente a leer, a escribir, inglés y geografía. Irás tú misma a llevarlas y a indicar eso; aunque ya el año está para terminar, no importa. No debes perder el aparato ortopédico, pero, por mano de las niñas, debes hacerle un buen regalo a la señorita María Teresa.

Dímele a Don Eustacio que recibí su cariñosa carta del 13 pero que, teniendo escrita la respuesta, no espero hallar hoy modo de burlar la incomunicación en que siempre vivo, lo que no sucede con cartas para tí: dicen que pueden pasar libremente pero luego siempre se las apropian. Ojalá tengas eso presente. No extraño, pero sí agradezco cuanto tu mamá y Amelia han hecho por tí y los niños, cosa tan natural queriéndolos tanto, aunque supongo que la buena compañía no habrá dejado extenderse también a los nervios.

Adiós, Doña Quejumbres; que si sabes que voy te pongas en cuidado para no encontrarte tan fea como todos me dicen que estás. Y un abrazo aunque no lo merezcas mucho.

Tu Rafael

Girardot, diciembre 15 de 1895

Mi querida Tulita:

De Viotá te telegrafíé el sábado avisándote que había llegado bien. Ese día y ayer domingo estuve en “Ceilán”, y vine ayer con el objeto de embarcarme para Honda, pero por la mañana habían zarpado dos vapores que estaban en puerto. Solo mañana subirá otro, para regresar pasado mañana, de manera que tendré que esperarlo, o volver mientras tanto a “Acuatá”, en Tocaima. He estado muy bien de salud.

Deseo que tú hayas estado sin novedad, así como los niños. Ojalá que hayas prestado suficiente atención a las indicaciones que te dejé escritas, sobre todo a la de salir a hacer ejercicio. Debes reservar para mi vuelta las cartas que me lleguen, salvo las que puedas mandarme por el correo del martes, bajo cubierta de Estanislao.

Mucho he venido acordándome de tí y de los hijitos. ¿Qué cara ha hecho la neneca con mi ausencia? ¿No le ha hecho falta el desayuno conmigo? Haz que las niñas y Julián practiquen sus ejercicios calisténicos y atiendan a las lecciones de escritura. Dile al maestro que ocupe parte de la hora diaria en enseñarles a leer bien y algo de ortografía.

Adiós querida mujercita; procura robustecer, ganar en color y sacudir el amodorramiento. Acaricia a los idolatrados muchachitos y no te olvides de dar memorias muy afectuosas a tu mamá, Amelia y D. Luis. Recibe el abrazo de

Tu Rafael

Medellín, enero 7 de 1896

Mi querida Tulita:

Por el correo de ayer recibí tu cartica del 24 de diciembre, que me trae la agradable noticia de estar allá todos buenos. De aquí y de Fredonia te he teleografiado varias veces, sin obtener respuesta. Pienso seguir de aquí con esperanza de llegar allá para el 20, si no ocurre algún contratiempo. No obstante, como el correo de hoy puede llegar primero, te escribo estas líneas para que no te alarmes por mi silencio. Hoy te envió también un telegrama.

Ya te contaré allá por menudo todas las ocurrencias de mi viaje y permanencia aquí. He estado muy visitado por los liberales. Hallé la finca bastante bien, especialmente el cafetal, que tiene ya noventa mil árboles, muy lindos, robustos y productivos.

Teresita y Estanislao vinieron expresamente de La Estrella a tenerme en su casa estos días; no puedes imaginarte lo bien que se han manejado conmigo y lo agradecido que les estoy. No estando ellos aquí, ni mi mamá Rita, ni Quico, ya te contaré dónde dormí la primera noche de mi llegada a Medellín.

Estuve en El Retiro. Mamá Rita estaba regular y todos los demás bien; te recuerdan mucho, así como a mi señora Adelaida, Amelia y D. Luis.

En toda mi correría no he tenido una sola indisposición. Aquí he parecido a todos muy robusto y joven. He recibido varias propuestas de matrimonio muy ventajosas, por si llegas tú a faltar por tu falta de cuidado. Han sido de muchachas entre catorce y quince, ricas, buenas y bonitas. Tú sabrás, pues por mi parte estoy confuso con tanta solicitud y competencia,

debido a mi extraordinaria fama de buen marido, aunque algo revolucionario.

Veo que todavía no has partido cobija con la neneca; espero que cuando yo vaya, la encontraré durmiendo aparte. Mucho le agradezco a la chinita que se acuerde de mí; aquí están locos por conocerla, según las ponderaciones que de ella he hecho, así como de los otros muchachos, pero como su mamá ha resuelto no hacerlos retratar nunca, no podré satisfacer la curiosidad de nadie. Ayer esperaba los retratos que me prometiste, y que sin duda descuidaste hacer... Los periódicos que me anuncias no vinieron.

Estuve en casa de D. Tomás, de Doña Leonor Restrepo y en otras partes. En todas preguntan por tí y por los demás con mucho interés. Las negras, como Rosa, Clemencia, Escolástica, etc. no se cansan de preguntar por su “niña Tulia” por “Tachiro”, Luisita y Lalila. A ellos envió mil caricias, como el gran chato Carlos y a Tulita.

Aunque en tu carta no me envías un abrazo siquiera, yo te mando dos muy cordiales y apretados.

Tu Rafael

Ceilán, mayo 2 de 1896

Mi muy querida Tulita:

He leído varias veces tu buena cartica del 28, y he sentido muchísimo la contrariedad que tuviste con la pérdida de Carlitos. Probablemente si D. Luis hubiera ido con los niños, nada habría sucedido. ¡Pobre mi inocente muchachito por venir a encontrarme. No saben ellos cómo les agradezco lo que me quieren, pues eso me hace ver su buena índole y me persuade de que la mía no es tan detestable como algunos la pintan: quien sabe hacerse amar de los niños es por fuerza un buen sujeto.

No he recibido respuesta del Dr. Manrique ni tú me dices si él fue a verte; si no ha ido, mándale recado hasta que vaya y examine si tienes alguna novedad.

Ruego aquí a Luisita, Lalila, Julián y Carlitos que se manejen mejor con su mamá; teniendo ya discernimiento es necesario que comprendan que deben manejarse con moderación, no molestar tanto, mantenerse aseados, hacer su calisténica, sus planas, concurrir a horas a su escuela, en fin, tratar de aprovechar el tiempo y, sobre todo, obedecer y respetar a su pobre mamá que está enferma. Que no se valgan de la ocasión de estar su papá ausente. Léales esto y díme si les causa alguna impresión.

Está bien lo que me informas sobre la casa, ojalá todo les quede bien arregladito y lucido. Celebro que la tela escogida por mí haya sido de tu gusto. Supongo que al otro juego de muebles le habrás mandado poner algo mejor. No olvides hacer abrir por la mañana las ventanas todas desde mi escritorio y la sala hasta tus alcobas, al calentar el sol, para que todo se ventile y se purifique. No tengo hoy tiempo para más. Haz que las niñas me escriban cada ocho días para ver si van

mejorando su letra. ¿Cómo van con el maestro? Recuerdos muy cariñosos a todos. Mis votos por tu buena salud y un buen abrazo de

Tu Rafael

Medellín, abril 20 de 1897

Mi querida Tulia:

Recibí tu carta del 6. El jueves santo me fui para Rio-negro, donde me serenataron y se portaron muy bien conmigo. Regresé el domingo. Nada he podido hacer todavía con “Gualanday”, pero creo que en quince o veinte días más realizaré alguna operación y podré seguir al Cauca.

Es ya un poco tarde y anduve esta mañana por Belén en bicicleta y he llegado algo cansado. Voy a escribirte esta semana una carta bien larga y cariñosa, que te quite el amargo de la del correo pasado. Hoy te mando unos pensamientos cogidos para ti en Santa Helena, en señal de que por allá iba acordándome de tí. También van unos helechos y pensamientos para Luisa y Lalila, a pesar de que se olvidaron de mí por este correo, pues no me escribieron ni una línea. Me acordé del cumpleaños de Lalila pero como no me escribió que quedo con el regalo que pensaba enviarle. Van las instrucciones para ellas y el modelito que debes usar para anotar sus faltas y enviárselo cada sábado a su institutora.

Cuidado con el gran peligro de los tifos bogotanos. Confío en que saldrás con Tulita todos los días a los parques para que fortalezca sus pulmones y no le repita la pulmonía. Haz que las muchachas cuelguen con un alfiler las instrucciones a la cabecera de su cama y que las lean todas las noches. Besitos para nuestros hijos.

Tu Rafael

REPUBLICA DE COLOMBIA

Número 18

TELEGRAFOS NACIONALES.

15 Palabras

Hora y minutos de su introducción
en la Oficina de origen.

Valor \$ 0 30

Hora y minutos de su recibo.

8 am

Medellin 14 de Enero de 1896

Señor Sista Julia:

Preso aqui. No
tengas cuidado; espero de
volvame libertad pronto
Saludolos. Acaricio niños -
Ruribe

OFICINA TELEGRAFICA CENTRAL

BOGOTA.

ENE 15 1896

ES AUTENTICO.

Rafael Plata S.

120
Lto, noviembre 3 de 1897.

Mi querido Juliancito:

Probablemente llevaré esta carta yo mismo, pues no me atrevo á mandarla por correo, no por su contenido sino por el lugar de su fecha. No tienen estas líneas más objeto que saludarte, en unión de todos mis hermanos, hoy segundo aniversario de la muerte de nuestro papacito. — Mi buena Julia se habrá acordado de mandar decir y de vir algunas misas en memoria suya, ó para descanso de su alma, como piadosamente dicen los eclesiásticos; Uds. habrán hecho lo mismo ó de algún otro modo habrán deplorado el cumplimiento de este segundo año de ausencia de nuestro padre, maestro, protector y amigo, que todo eso fue él para nosotros; y yo, desde este lejano país, no hago sino unir mi pensamiento al de Uds. para recordar al que lloramos. — Cuando pasé por el Cauce olvidé mostrarles un mechoncito de pelo, cortado sobre la frente de mi papacito, en el cementerio, la última vez que lo vi, cuando el sepulturero levantó la tapa del ataúd para ponerle cal. — Envoluelto en papel de seda, lo conservo en uno de los bolsillos de mi cartera; de suerte que cuantas veces en el día saco ésta, lo miro ó si'q. ahí está, y á mi memoria viene el recuerdo de la calera queinda á que perteneció, junto con las reflexiones sobre el ejemplo de virtud que nos dió mientras duró en la vida. — Hoy he contemplado largamente esa reliquia, y me he dicho que mientras viaje conmigo será talisman de virtud que no me dejará apartar una línea de la honradez y del valeroso cumplimiento del deber. Por eso estoy aquí, abandonando familia y bienes y exponiendo mi vida al través de climas tan variados. Pero nadie podría nunca atribuir á ambición ó á otro móvil parecido, mi conducta.

He hecho un buen estudio de este país. Te lo comunicaré después. Que estén buenos. Mil memorias cariñosas á Sara, Cárlos, Abel y Rafael, junto con D^a Leticia.

Te abraza. Tu hermano Prof.^o

Medellín, abril 25 de 1897

Mi querida Tulia:

Voy a destinarte la mañana de este domingo íntegramente, escribiéndote sobre recuerdos agradables de nuestra vida pasada en esta ciudad. Cuando en abril del 95, hace precisamente dos años, caí preso en Pinillos, puerto del Magdalena, y de noche, a pie, por malos caminos y en medio de una escolta, fui dirigido a Mompo, ¿sabes en qué entretuve la marcha de once horas, descalzo y por barrizales, de suerte que no sentí fatiga ni fastidio? En repasar los episodios de nuestros amores, de nuestro noviazgo y de nuestra vida conyugal. Entretenido en esas dulces memorias, mi situación me era indiferente, fácil de soportar el trabajo en que me hallaba, y hasta cortas se me hicieron las largas horas de esa forzada peregrinación.

En estos días me he acordado de esa curiosa distracción del espíritu, a tiempo que el cuerpo iba pasándolo tan mal; y me he acordado al recorrer los lugares donde esos episodios se verificaron. La casita donde te vi por vez primera a la ventana, la casa de don Tomás Uribe, donde te veía los domingos después de misa y cuyas escaleras bajabas de mi mano; la casa de encarnación, donde tantas tarde fui a verte; la cárcel, desde donde te divisaba cuando venías a casa de Cecilia, y a donde varias veces fuiste a verme, ya casados, en las diversas ocasiones en que me han puesto preso; y finalmente, la casa donde vivimos juntos por tantos años: todo me ha hecho revivir el idilio de nuestra sencilla y feliz existencia.

Algunas veces me he detenido de noche en la esquina de la casa de don Víctor Arango, y me he puesto a recapitular los dichosos recuerdos que para nosotros encierra: cuántas veces, de día y de noche, la rondé de simple pretendiente!;

cuántas amables sonrisas me prodigaste desde sus balcones! ¿Recuerdas mi primera visita? Cuán suavemente corrieron después allí nuestros amores de novios! Ahí pasó nuestra primera noche de bodas; del otro lado queda la pieza en donde nació nuestra querida Luisita. El domingo pasado hice viaje expreso a San Cristóbal, a nada más que por visitar la casita donde pasamos nuestra luna de miel, que tú no volviste a ver, y tantos sitios en los cuales fuimos felices. ¿Recuerdas las serenatas que te dí en esa calle? ¿Y la única pelea que tuvimos de novios por aquel viaje a Caldas?

Betancourt, quien ahora está allá, me puso preso y me arrancó dos mil pesos porque no quisimos saludarlo. Ese fue tu primer dolor de casada, puesto que un disgusto que tuvimos en nuestro paseo por Santa Fe de Antioquia y Sopetrán, no vale la pena mencionarse. Ya ves que nada se me olvida de cuanto se refiere a nuestra vida común.

¿No es cierto que en “La Cabaña” fuimos muy felices? Supongo que no habrás olvidado nuestros paseos por los rastrojos, ya solos, ya llevando yo a Luisita en brazos y trepándola por las rocas. Nunca paso de viaje por frente a “La Cabaña” que no vuelva a mirar con ternura los parajes donde pasamos ese dichoso par de meses.

Me fui después al Cauca; durante mi ausencia murió Eduardo; más tarde faltó Emilio, pero me parece que la dicha de los dos nos ayudó a soportar mejor esas desgracias de familia. Mucho tiempo vivimos en la casa de don Gabriel. Comencé entonces a fundar a “Gualanday” y a cada ausencia mía se redoblaban nuestro cariño. Poco antes fue la temporada de campo que pasamos en Envigado. Cuando estaba aquí Tomás y ausente yo en Fredonia, vino al mundo nuestra querida Lalila. La recibiste mal porque no era hombre. Yo siempre te he dicho: “en siendo tuyo, lo recibo con alegría” a

cada hijo que Dios nos ha dado. También fuimos felices en la casa del maestro Molina; allá nació Juliancito. ¿Recuerdas nuestro viaje al Retiro?; ¿recuerdas el que hicimos a “Gualanday” y al puente del Cauca?

Buenos tiempos pasamos en la casa de don Eduardo, aquí cerca de donde te escribo. Ahí vivíamos cuando vino a vernos mi papá, que ya nos dejó; ahí vio la luz nuestro gran chato Carlos Eduardo, que se presentó pesando casi nueve libras el condenado!; ahí tuve el sarampión y lo tuvieron los niños; ahí se deslizó nuestra vida sin tropiezos y sin sombras de desdichas; cada día nos trajo alguna alegría, por alguno de esos sencillos acontecimientos de familia, como las gracias de los niños, sus primeras palabras, o sus primeros pasos, o la salida de sus primeros dientes; acontecimientos ordinarios y aun pueriles, pero que se graban en la memoria como dichosos y se acumulan, mientras que los pequeños contratiempos se borran. ¿O negarás que has sido feliz durante estos once años de nuestro matrimonio? Registra bien tu memoria, y dime qué grave falta te he cometido. ¿Me has tenido que aguantar como borracho? ¿He sido holgazán o inepto, dejándote carecer de lo necesario? ¿He distraído para los vicios lo que debía llevar a la casa? ¿Te he sido infiel? ¿He dejado de mostrarte amor y respeto? ¿Me he conducido mal con nuestros hijitos? ¿Te he atormentado con celos? Como nadie es perfecto, nunca he pretendido hacerme pasar por marido modelo, pero tienes que reconocer que no estoy por bajo de lo ordinario y que, acaso, has sido injusta al quejarte de mí atormentándome con lloriqueos de niña consentida.

Hermosa y buena has sido, ¿quién lo niega? Siempre me he mantenido pegado de tu bondad y belleza; has guardado mi honra lealmente y has conservado mi nombre sin mancha ni sospecha; como esposa, como madre y como mujer

de tu casa no has tenido rival. Nunca te he pedido más, y por eso tantas veces te he manifestado mi agradecimiento por lo feliz que me has hecho. Pero antes de acusarme por ligeros momentos de impaciencia y mal humor, de los cuales nadie se libra, cómo no has vuelto los ojos sobre tí misma para averiguar que no teniendo viga en tu ojo, puedas reparar en la paja del ajeno. Ahora bien, esos movimientos de impaciencia, única cosa que puedes increparme, ¿han sido siempre inmotivados?

Ahora ya estoy ausente; ahora ya no sé cuándo volveré a tu lado y al de mis niños; ahora todo arrepentimiento es estéril, pero no todo propósito de enmienda: sepa yo que aquellas cosas tan sencillas de hacer y por las que tanto rogué, se están haciendo en casa, y eso me tendrá contento y me convidará a volver. Sería yo cruel si estas cosas te dijera sin sentir las, solo por atormentarte. Te las repetí varias veces allá, sin lograr nada, y solo tuve que ocultar mi resentimiento y mis propósitos de verme. Pero repito que todo tiene remedio, y es cambiar de vida. Házte respetar de los niños sin necesidad de castigos y practica cuanto te he suplicado; entonces sabré que puedo volver a un hogar donde ya todo será felicidad. Pero si te echas a morir por esto que te escribo, y afligida te abandonas, iremos de mal en peor.

Nunca permitas que los niños dejen de hacer su calisténica, y que lleven su cuerda para saltar cuando vayan a los parques. Por el otro correo volveré a escribirte sobre el modo de manejarlos y recopilaré todos los ruegos que te he hecho. Si tanto insisto sobre ellos no será porque me parezcan fruslerías, sino porque tienen importancia. Todavía no he podido negociar a “Gualanday”; pero de todas maneras he resuelto liquidarme. Pagaré lo que debo y lo que me quede te

lo pondré a interés, para que tengas una renta fija en cabeza tuya, fuera del fruto de mi trabajo.

Hoy es lunes y llegó el correo y no me trajo carta tuya. Ahora me quedo sin saber de la conducta y estudios de Luisita y Lalila, del manejo de Juliancito y Carlos, y de las gracias y salud de Tulita e Inesita. Los informes sobre la vida diaria, estudios y faltas de los niños deben ser materia obligada de tu correspondencia. Dedícale un rato cada día a escribir tu carta, y así no te cogerá la hora de correo.

Caricias muy tiernas a Julián, Carlos, Tulia e Inés; no a Luisa y Adelaida, puesto que para nada se acuerdan de su padre.

Adiós, Tulia. Estas cartas no las escribe sino un hombre que se acuerda con amor intenso de su mujer y de sus hijos. Un indiferente sería incapaz de sentir como yo siento y de decir lo que digo.

Recibe el estrecho abrazo y el cariñoso beso que te da en los labios,

Tu marido Rafael

Medellín, mayo 11 de 1897

Mi querida Tulia:

Con gusto leí ayer tu cartica del 27 de abril. Tulita e Inesita, mejoradas de un catarro. Mucho celebro estas buenas noticias, así como las que me das del buen juicio de Luisita y Lalila. En cuanto a la travesura de Julián y Carlitos, no sé si reírme o alarmarme, pues no me dices de qué clase es. Si es simple inquietud de muchachos vivos, no hay más que tolerarlos, pues peor sería que fuesen bobos; pero si son picardías más graves, avísame, y en todo caso, témplales la rienda con energía; no te dejes dominar.

En la semana pasada fui al Retiro por un camino nuevo, muy plano, que parte desde El Poblado y pasa por “Las Palmas”. De aquí a la casa de la Hacienda se va en cuatro o cinco horas. Mucho me estuve acordando del paseo que hicimos junto allá, antes de nacer Carlitos. ¿Recuerdas el almuerzo de fiambre que tomamos juntos a la orilla de la quebrada? ¿Y del rato que descansaste en un bosquecito a la orilla del camino?

En “El Salado” encontré ya grandes las muchachas de nombre Sixta Tulia, nacidas después de tu ida allá y a quienes bautizaron con tu nombre porque les pareciste bonita. A todas di algún regalito de dinero en memoria tuya. Te incluyo unos helechos cogidos en la Cordillera fría, para que veas que no te olvido un momento por dondequiera que voy. Así me pagarás tú, no en cariño, que bien sé que me lo tienes, sino en puntual cumplimiento de mis constantes indicaciones y súplicas.

¿Las niñas hacen su calisténica, cumplen con sus lecciones, salen al parque a buscar el aire libre? Es mi constante preocupación; sin ella lucharía por la vida con más tranquili-

dad y calma, sabiendo que el orden, la actividad y el método reinan en mi casa durante mi ausencia.

Todavía permaneceré aquí tres semanas o un mes. No debes volver a escribirme a Medellín, sino a Tuluá, bajo cubierta de Tomás, y envíame allá todos los periódicos. Mamá Rita y demás, como yo, retornamos los saludos a todos los de esa casa. Recibe el estrecho abrazo de

Tu marido Rafael

Medellín, mayo 27 1897

Mi querida Tulia:

Con motivo de las tempestades y crecidas de ríos en el Sur, el correo no ha llegado todavía, pero como el de hoy se va siempre a la hora fijada, tengo que escribirte sin recibir tus cartas. Si por este correo me llegan unos poderes, es posible que me despache esta semana, y que pueda ponerme en camino para el Cauca en la entrante, aunque tendré que estarme unos dos o tres días en Fredonia organizando la finca. Malos caminos me van a tocar, porque el invierno está muy crudo. Por fortuna, voy bien montado, y no me amedran barriales ni despeñaderos. Cada día que pasa me haces más falta y extraño más mis muchachitos; pienso de continuo en ellos y en ti. Antenoche estaba Estanislao poniéndose unos paños para desvanecer tumores de los que se le forman por las inyecciones, y se le inflamó el líquido, quemándose bastante la pierna y una mano. Sin embargo, ayer mismo se levantó, y la cosa no pasará del susto. Acuérdate de cuantos niños han muerto quemados, para que jamás los dejes con vela ni acercarse a las lámparas, al derribar éstas es incendio seguro. Deja tú la pésima costumbre de matar pulgas arrimando la llama a la frazada; algún día te sucede algo malo. No les dejes a los niños tijeras ni cosas de esas: al menor descuido se sacan un ojo o se hacen una herida. Castígalos si comen bombas: eso les destruye los dientes, por el esfuerzo para mascarlas; que jamás se echen cuerpos duros a la boca.

Aquí la situación comercial es otra vez de crisis aguda. Comienzan otra vez las quiebras, y no hay quien tenga un real. No sé porque misión Adelaida no se ha llevado para allá su dinero, donde le sobran colocaciones al 1 ½, con suficientes garantías, en vez de tenerlo por acá al 8 ó al 9, teniendo

que pagar por la tralación. Eso es mucho más racional, sobre todo si se tiene en cuenta que la lucha electoral de este año puede degenerar en revuelta armada, durante la cual usan las comunicaciones y se expone a pasar apuros. Finalmente, como el morfinismo de Leo es incurable y se va en aumento, no hay que contar con que él vuelva a tener cabeza para nada. Cuando Teresita no le confía el manejo de nada de lo suyo, ya se puede juzgar cómo estará. Pesar me da escribir esto, pero es de mi deber hacerles estas advertencias. Si no piensa en volverse para Antioquia, no se comprende para que deja arriesgado su dinero. Allá tiene consejeros como Bernabé, D. Jesús Ma., D. Ricardo, con quienes podría entenderse verbalmente, no por carta, y por telégrafo. En fin, aunque tenga interés por lo de tu mamá, poco me importa lo que resuelva, Avisada queda, pero que no se culpe sino a sí misma de lo que pueda sucederle.

Recuerdos a todos. Un millón de caricias a los niños. Te mandé una carterita con agujas en la semana pasada. Reclámala.

Estoy regular de salud. En las familias de aquí no hay novedad.

Conténtate conmigo haciéndome caso, y recibe el cariñoso abrazo de tu

Rff

Cali, junio 21 de 1897

Mi querida Tulia:

Cuatro líneas a toda prisa para enviarte mi más estrecho abrazo y manifestarte que estoy bien.

Desde que salí de Tuluá mi camino ha sido una prolongada ovación: recepción y banquete en Buga, acompañamiento numeroso para entrar a Palmira y banquete suntuoso por la noche; serenatas en ambas poblaciones; recibimiento como a un obispo en esta ciudad, en medio de unas seis mil personas; innumerables visitas, tarjetas y telegramas, agasajos y saludos. No puedes imaginarte la popularidad con que he resultado en el Cauca.

Llegué anteayer por la tarde y ayer por la mañana me exigieron los miembros del “Club Maceo” que hablara en un concierto que se dio anoche a favor de Cuba. A los trompicones arreglé una perorata, y no alcanzas a figurarte con qué aplausos la recibió el público. Hubo mucha concurrencia, muchas mujeres bonitas, bastante gusto para vestirse y muy buena música.

Me llevan dadas aquí dos serenatas, y tengo invitaciones a comer y almorzar como para diez días. Trataré de despedirme pronto, sin embargo, para seguir a Buenaventura. Constantemente me preguntan por tí, y con frecuencia muestro tu retrato (el bueno que sacaron los Gónimas), así como el de los niños.

Acarícialos en mi nombre muchas veces y recibe el beso de tu

Rafael

Manizales, junio 25 de 1897

Mi querida Tulia:

Ayer llegué aquí pensando seguir inmediatamente a dormir a Santa Rosa, pero no me dejaron los parientes y amigos. Seguiré camino mañana, esforzándome por ir hasta Pereira, de donde ya me pondré en la casa de Tuluá en dos jornadas. Ojalá todos estén buenos allá, como voy yo por aquí. Andar a caballo y viajar me sientan maravillosamente: como y duermo muy bien y todos mis males se alejan. Por añadidura vengo muy contento de mi última visita a “Gualanday”, donde permanecí tres días ocupado en organizar la empresa. Está linda, la cosecha de café será buena, las plantaciones nuevas no tienen rival, y creo haber logrado una organización que funcionará bien, aun en mi ausencia. Estoy, pues, satisfecho de la finca, y creo que en ella podemos fundar muy halagüeñas esperanzas.

De tránsito por Supía, di los pasos conducentes para poner en claro un derecho que tenía hace tiempo abandonado en una comunidad indígena denominada “Tochiquí” y que, según informes, vale hoy cuatro mil pesos, a causa de la colonización antioqueña por esos lados. Encomendé la gestión del asunto al doctor Carlos Gartner, de Riosucio. En Supía me regaló un amigo conservador media acción de una mina llamada “La Bomba”, que dicen es riquísima.

Aquí se han manejado muy bien los liberales conmigo, así como en Caramanta y Valparaíso. Resulta que tengo por estos mundos una popularidad que no me imaginaba. Un estrecho abrazo de

Tu Rafael

Tuluá, julio 1° de 1897

Mi querida Tulia:

Muy penoso me ha sido no recibir carta tuya por este correo, contentándote con que lo hicieran las niñas. La falta de cartas me pone a hacer conjeturas mortificantes.

Ayer casó Tomás. Luisa estaba muy buena moza; le sentaba muy bien el traje, que era muy elegante. La fiesta fue enteramente de familia y resultó muy lucida, aunque bien puedes suponerte que la falta de mi papá semejaba tender sobre ella un velo de melancolía; con tal motivo hubo lágrimas más de una vez. Se propuso un brindis por tí, que fue acogido con muchas simpatías. Salí bien de mi padrinzago; traje a Luisa una bonita pulsera y a Tomás diversas cosas. Te incluyo el ramillete que llevé al ojal de la levita. Con insistencia he recordado el día de nuestra boda, ya lejano en el tiempo pero grabado en mi memoria con los signos indelebles del amor, como si ayer no más hubiera sido. En mí la ausencia acendra el cariño en vez de amortiguarlo, y el transcurso de los años nada puede sobre mi corazón.

Los dolorcitos reumáticos han disminuído con aplicaciones eléctricas y baños fríos, así como por el constante ejercicio a caballo. La curación la rematarán los baños de mar, si al fin se arregla el asunto de la exploración por cuenta de los cafeteros. Varias veces te he hablado de este asunto, para que me expreses tu opinión y me des tu permiso. Muy doloroso es separarnos por más tiempo, pero el interés de mi salud, la necesidad del descanso que los viajes procuran, y aun la conveniencia de alejarme por algunos meses de Colombia, creo que serán parte a conseguir tu asentimiento a esta idea. Dime con franqueza lo que piensas sobre el particular.

Estoy enojado con las muchachas porque no me escribieron. Al ir a Roldanillo por Emilia, subí a Cajamarca, hacienda de don Rafael Lalinde, en las vertientes hacia el Pacífico; me trataron muy bien. Te contaré ese paseo. Adiós hijita querida; no dejes de escribirme constantemente

Tu Rafael

Tuluá, julio 3 de 1897

Mi querida Luisita:

Al llegar aquí, después de un viaje enteramente feliz, he encontrado sus carticas de 15 de mayo y 1° y 22 de junio; me faltan, por consiguiente, tres cartas, esto es, que dejó pasar usted tres correos sin escribirme, contra lo que le tengo suplicado que es escribirme correo por correo.

La carta del 1° de junio, escrita en común con Lalila, trae mucho estiramiento y seriedad, por lo que se ve que todavía les fue dictada; también está demasiado correcta. Prefiero disparates escritos por propia inspiración de ustedes; pero que las acostumbren a pensar con su cabeza y les den el hábito de escribir, que no adquirirán nunca si continúan dictándoles. Todavía su carta última, de 22 de junio, no me parece de Ud.; sin embargo trae “Inecita” con “c”, siendo “Inesita”, porque al nombre de “Inés” basta agregarle el diminutivo “ita”. Sin cambiar la “s” por “c”.

Me informa su mamá que están Uds. muy formales: que se levantan temprano, sin necesidad de llamarlas, que obedecen con docilidad cuanto se les manda y que cumplen bien sus deberes. Lo que no me dice es si hacen diariamente su calisténica, su ejercicio en las barras y sus paseos por los parques. Dígamelo Ud., así como si cuidan su aseo, se pelean, si en la mesa se portan bien y todo lo demás que les tengo recomendado. Espero las copias de los consejos que les envíe.

Le incluyo una hojita de aroma, en señal de que su recuerdo anda siempre conmigo, y con ella va mi bendición.

Tu papacito, Rafael

P. S. (Estas dos letras quieren decir **post scriptum**. En latín, que en castellano equivalen a “escrito después”. También se pone P. D. que es “post data” o sea fechado después). Démele un abracito y un besito a Tulita, diciéndole que se los manda del Cauca su papá, junto con la hojita de aroma inclusa. Enséñele Ud. a rezar a Tulita a tarde y a mañana, así como a Julián.

V. (Esta letra quiere decir **vale**)

Tuluá, julio 3 de 1897

Mi querida Tulita:

Recibí tus cartas de 25 de mayo y 1° de junio, pero de ese mes deben faltarme por lo menos dos. También vino anteayer carta de las niñas. He sabido que estás atendiendo mis súplicas que sales, que visitas y cultivas relaciones. Ninguna antioqueña o forastera ha sido recibida en Bogotá mejor que tú. Te suplico que me mandes el informe semanal sobre la conducta de los niños, para poder ayudarte a corregirles, por el conocimiento de sus faltas.

He sido muy bien recibido en todo el Cauca, anteayer mandaron por la banda de Buga y me dieron una buena serenata; a cada momento me llegan telegramas y tarjetas de saludo. Julián va a encargarse de la construcción del ferrocarril del Cauca y se lleva la familia para El Carmen, paraje frío de Cali para el puerto. Sería buena oportunidad acompañarlo y tomar unos cuantos baños de mar en Buenaventura. Mejor aún sería cerrar el negocio de los cafeteros de Cundinamarca, Antioquia y Cauca para hacer una exploración en Centro-América, Méjico, Antillas, Venezuela y Brasil, a fin de averiguar el estado y porvenir de la industria, según lo propuse desde el año pasado, como tú verías. El dinero está suscrito y en mi mano está cerrar el negocio y emprender el viaje. Lo único que me ha detenido es la pena que ello pudiera causarte, y en cuanto a mí, la separación de ti y de los niños. Pero nada habría más conveniente para mi salud que una época de navegación por mar, tomando baños y descansando la cabeza. Eso me devolvería la capacidad para el trabajo, que por cansancio he perdido, perdida tengo la memoria casi en absoluto, cosa que me hace sufrir mucho; hablo con dificultad porque las palabras no acuden; y los síntomas

reumáticos me atormentan y afligen más de lo que te figuras. Si en tu cariño pusieras un poco de previsión, me animarías al viaje puesto que él me prolongaría la vida conservándome para ti y para los niños. Manifiéstame libremente tu opinión a vuelta de correo.

Consérvate buena y recibe el abrazo de tu marido,

Rafael

Cali, julio 28 de 1897

Mi querida Tulita:

La última cartica tuya que he recibido es del 13 de este mes, pero sé que a Tuluá han llegado otras posteriores. También me remitieron de Medellín una del 15 de junio. En la primera me dices que Carlitos ha estado bien de salud; pero hay que evitarles los excesos de boca: pocas frutas, menos confites, dulces ni cucherías y mucho ejercicio al aire libre.

Debes recordar que si por tí heredan nuestros hijos una buena salud, por mí están predispuestos a las enfermedades del estómago, de lo que también padeció mi madre. Ya ves lo delicados que son Julián y Tulita en ese particular. Sabe Dios si con la vida intelectual y de agitación que he tenido hace años, también me heredarán mis hijos alguna predisposición nerviosa. Por eso me afo en tanto en robustecerlos y te ruego que no descanses en ese sentido.

Mi hijita querida, mi viaje es cosa resuelta. Si ahora volviera yo a la vida de trabajo en Bogotá y Ceilán, duraría muy poco tiempo. No son solo reumatismos, lo que tengo; es una neurastenia o cansancio nervioso que no se cura sino apartándose de las causas que la han producido: labor intelectual, paludismo, monotonía de la vida. Baños de mar, cambio de alimentación, distracciones por los viajes, eso me curará en el espacio de pocos meses; pero si ahora que tengo oportunidad y medios, por la exploración cafetera, no lo hago, después ya será tarde. Lejos de hacerme daño la variación de climas, como lo dices, me aprovechará inmensamente. La idea no es mía: es de Manrique, es de Jorge Enrique, de cuantos médicos he consultado, Tomás inclusive. Si no fuera por el interés de mi salud, ¿cómo crees que yo fuera a perder dinero y tiempo paseando, en la pobreza en que estamos? ¿Cómo, si

no fuera por necesidad, pudiera tener gusto en alejarme de tí y de los niños? Resígnate, pues, ya que es por mi bien. Mi ausencia no será larga; te escribiré de continuo y aun puedo decir que con el pensamiento, ni un momento dejaré de estar contigo y con mis adorados hijitos.

Te abraza estrechamente tu marido,

Rafael

Buenaventura, agosto 7 de 1897

Queridísima Tulia:

Hoy me embarco para Panamá en el vapor “Quito”. Estoy muy bien de salud y creo que los baños de mar me sentarán bien: apenas tomaré hoy el primero. Ayer te dirigí un telegrama. De Panamá te pondré un cable. En prueba de que ni un momento te olvido, de que tu memoria cariñosa va siempre conmigo, de que te deseo, te pienso, te adoro, recibe esos helechos y musgos del Dagua, recogidos para ti y para mis hijitos.

Dile al profesor Uribe que les enseñe a los niños la Geografía del Pacífico, de Panamá y Centro-América, para que se vayan dando cuenta por dónde ando. Tú también debes hacer lo mismo; el grande atlas que allá tienen les servirá para eso. Dile también que les dé una lección sobre mareas.

Adiós. Estoy muy apurado para arreglar mis trabajos, escribir, despedirme de los amigos, etc. Por eso no te escribo más largo. Aunque creo que me hará provecho marearme, le temo un poco a esa indisposición, que es muy molesta. Recuerdos a todos los de la casa. Tu imagen va siempre conmigo. Te abrazo.

Tuyo Rafael

Buenaventura, agosto 9 de 1897

Mi muy querida Tulia:

Ayer tarde recibí su cartica del 20 de julio, que Tomás me envía de Tuluá junto con las de Lalila, Luisita y Juliencito. En la de Luisa leo que Carlitos había vuelto a sentirse indispuesto, de seguro por algún exceso del comer. Me alegra saber que todos los demás estaban buenos. Por mi parte no he tenido novedad. Desde el 6 debió llegar el vapor del sur, que ha de llevarme a Panamá, pero todavía no ha entrado en Puerto, aunque dicen que no pasará de hoy. En estos días de permanencia aquí he tomado baños de mar, y ya se acusa alguna mejoría del reumatismo. En cambio, he tenido indigestiones casi constantes y muy mal dormir. Pero todo eso desaparecerá con este viaje; cada vez me persuado más de que me aprovechará extraordinariamente.

De Panamá, en donde no hay Aduanas y las cosas son baratas, te remitiré algunas por el correo de encomiendas o con el Mensajero. Me encantó saber que mi neneca y mi Inesita están robustas y graciosas, y que esta última ya hace pinitos; ya supiera caminar si allá hubiera estado yo para enseñarle aprisa, como lo he hecho con nuestro otros hijitos. Házles a todos interminables caricias en mi nombre.

Sin más tiempo, te envío mi mejor abrazo.

Tuyo de corazón,

Rafael

Panamá, agosto 12 de 1897

Mi querida Tulia:

Esta mañana llegó el vapor a la bahía, pero solo a la una desembarqué; son las dos y ya te estoy escribiendo porque a las cuatro se va el correo y no quiero dejarlo ir sin unas letras mías.

Pésimamente me fue en la travesía: no bien nos dimos al mar me cogió un mareo que me duró cuarenta horas. He llegado quebrantado y molido como después de andar quince días a caballo, o peor. Pero la sacudida me hará provecho, indudablemente; ya esta mañana me di un sabroso baño de agua salada que me sentó muy bien. Pude almorzar algo y ahora estoy en agradable temperatura.

Al vapor fue una comisión a saludarme, compuesta de D. Pablito Arosemena, hijo de D. Pablo; del Dr. Ardila, el General Aizpuru y otros. En el muelle había una multitud de caballeros y pueblo, hubo peroratas y en carruaje me trajeron hasta el hotel en medio de gran concurrencia. Aquí me tenían preparadas las mejores habitaciones, las mismas en que se alojó Sara Bernhardt, la famosa trágica francesa.

Mucho he sentido no encontrar aquí al Dr. Arosemena. Apresúrate a enviarle una tarjeta expresándole las gracias por lo que Pablito está haciendo aquí conmigo. Te abrazo.

Tuyo Rafael

Panamá, agosto 30 de 1897

Mi querida Tulia:

Antes de ayer vine de la isla de Taboga, y esta tarde sigo para Managua, capital de Nicaragua. He vuelto a tener insomnios y a estar estreñado del estómago; pero no estoy mal de la salud en general.

Por primera vez dejo hoy las playas de Colombia, y mi primer pensamiento es acordarme de los seres queridos que dejo atrás. Mis ojos y mi pensamiento se dirigen hacia Bogotá en el momento de partir, y al viento confío un suspiro para que en sus alas lo lleve hasta tí.

Te abrazo, acaricio los niños, saludo a los de la casa y envío un cariñoso saludo a don Eustacio. Exprésale a D. Ricardo mi dolor por la pérdida de Darío, que acabo de saber. Le escribiré.

Tuyo de corazón,

Rafael

Quito, noviembre 3 de 1897

Mi querido Juliancito:

Probablemente llevaré esta carta yo mismo, pues no me atrevo a mandarla por correo, no por su contenido sino por el lugar de su fecha. No tienen estas líneas más objeto que saludarte, en unión de todos mis hermanos, hoy segundo aniversario de la muerte de nuestro papacito. Mi buena Tulia se habrá acordado de mandar decir y de oír algunas misas en memoria suya, o para descanso de su alma, como piadosamente dicen los católicos; ustedes habrán hecho lo mismo o de algún otro modo habrán deplorado el cumplimiento de este segundo año de ausencia de nuestro padre, nuestro protector y amigo, que todo eso fue él para nosotros; y yo, desde este lejano país, no hago sino unir mi pensamiento al de ustedes para recordar al que lloramos.

Cuando pasé por el Cauca olvidé mostrarles un mechoncito de pelo, cortado sobre la frente de mi papacito, en el cementerio, la última vez que lo vi, cuando el sepulturero levantó la tapa del ataúd para ponerle cal. Envuelto en papel de seda, lo conservo en uno de los bolsillos de mi cartera; de suerte que cuantas veces en el día saco ésta, la veo o sé que ahí está, y a mi memoria viene el recuerdo de la cabeza querida a que perteneció, junto con las reflexiones sobre el ejemplo de virtud que nos dio mientras duró en la vida. Hoy he contemplado largamente esa reliquia, y me he dicho que mientras viaje conmigo será talismán de virtud que no me dejará apartar una línea de la honradez y del valeroso cumplimiento y bienes y exponiendo mi vida al través de climas tan varios. Pero nadie podrá nunca atribuir a ambición o a otro móvil parecido, mi conducta.

He hecho un buen estudio de este país. Te lo comunicaré después. Que estés bueno. Mil memorias cariñosas a Sara, Cristóbal y Rafico, junto con doña Leticia. Te abrazo. Tu hermano,

Rafael

San José de Costa Rica, febrero 20 de 1898

Querido Juliancito:

Aunque su mamá, por amor a mí, y por serme usted muy parecido, según dicen, le ha cambiado el nombre por el mío, seguiré llamándolo por el suyo mientras veo si usted lo merece. Parecerá inmodestia que así piense pero la verdad es que para llamarse usted **Rafael Uribe**, necesita ganar primero ese nombre, por el estudio y por la virtud, que es como yo he procurado ilustrarlo y conquistarle la corta fama de que goza. Ni tengo ni he tenido nunca un solo vicio; jamás he conocido la pereza para el estudio y el trabajo; y una vez determinado cuál era mi deber en cada caso, he procurado cumplirlo sin miedo por las consecuencias. Penosas han sido muchas veces, pero no por eso me he arrepentido; no es a gozar a lo que hemos venido a este mundo, sino a cumplir nuestro destino de perfeccionarnos y ser útiles a los demás.

Esta es la carga que le trae aparejada la adopción de mi nombre, si no quiere que después se lo echen en cara por haber desmerecido de él. De una vez le permitiera que lo usara si su razón pudiera ya comprometerse a imitar mi conducta; pero vale más esperar a que usted comprenda bien aquello a que se obliga. Para llegar a ser un perdido cualquiera, no mi nombre, ni mi apellido le presto.

Mi hijito: presiento que no haré huesos viejos, y debo insistir para grabarle en su tierna inteligencia el concepto de su deber, Prepárese usted para cumplirlo, aprovechando su tiempo en la escuela, huyendo de las malas compañías, siendo obediente con su mamá y cariñoso con sus hermanitos. Piense usted en que desde temprano va usted a tener que trabajar para sostenerlos, y hágase cargo de la seriedad que desde ahora le exige esa obligación futura.

Ya era tiempo de que tuviera buena letra y mejor ortografía, así como de que supiera bastante aritmética. Pero usted se la pasa jugando y no pone atención a lo que le enseñan. Dele buen ejemplo a Carlitos. Pórtese, en fin, como hombre, y no como muchacho alocado, y así tendrá contento a su papacito, que tanto lo quiere.

Rafael

Mi querido Carlitos:

Me dice su mamacita que usted ha crecido mucho y que está muy formal en su escuela. Así me gusta, mi muchachito, y así es como lo quiere su papá. Manéjese bien: levántese temprano, báñese, haga el ejercicio gimnástico, ponga cuidado en sus lecciones, cuide su ropa, no se enoje ni tenga caprichos, trate bien a sus hermanos y sea obediente con su mamá y cariñoso con todos. Si así lo hiciere, cuente que le llevaré un premio que le gustará mucho. Reciba un abrazo de su papacito,

Rafael

Guatemala, abril 13 de 1898

Mi siempre querida Tulia:

Ayer, día de mi cumpleaños, estuve un poco triste, sin recibir la felicitación tuya o de mis niños, así es que, aun cuando buena parte del día la pasé visitando el Instituto de Indígenas, eso no impidió que sintiera una vez más el peso de esta ausencia ya tan prolongada. Un amigo me regaló un lindísimo bastón de carey con puño de oro, pero no porque supiera que cumplía años. En el próximo completaré los famosos cuarenta, cumbre de la vida, transmontada la cual, comienza uno a bajar la pendiente contraria, hasta caer en el sepulcro. ¿Llegaremos tú y yo a ser un par de viejecitos? ¿Iremos juntos hasta los confines de la vida, sintiendo –como hasta ahora– crecer nuestro recíproco cariño? ¿Nos veremos rodeados de hijos y de nietos, sin que tengamos la desgracia de que nos falte alguno? ¿O bien, después de doce años en que hemos sido tan felices como ha sido posible, criando y viendo crecer nuestros hijitos, trabajando, padeciendo por las persecuciones políticas, pero desquitándonos con la dicha de nuestro sencillo hogar, estaremos destinados a sufrir alguna desgracia? No lo quiera Dios: cualquiera de las tres cosas sería un golpe rudo; deseo vivir para quererte, cuidarte y gozar a tu lado, para educar mis hijos y establecerlos en el mundo, y para llegar a ver mujeres formadas a mis hijas, y hombres hechos y derechos a Julián y Carlos. Para mí es amable la vida y no tengo ni pizca de deseos de perderla; fuera de los atractivos de la familia, me atan al mundo los del estudio, los del trabajo y hasta los de los goces físicos. Sabiendo que serías desgraciada por mi muerte, que mis hijos me llorarían y que se me quedarían por hacer muchas cosas que tengo pensadas, la idea de la muerte –sin atormentarme– me hace

muy poca gracia. Pienso que la vida merece ser vivida, y le tengo algún apego, sin llegar a ser miedoso o egoísta, por amor a ella. Ahora, faltar tú sería mi eterno infortunio, del que nunca me consolaría. ¿Qué haría sin tí para educar los niños? Les sabría modelar la inteligencia pero no formar el corazón; y en cuanto a buscarte reemplazo, dándoles madrastra, sería la peor de las necedades imaginables. Finalmente, el solo pensar que lleguemos a perder a alguno de nuestros seis retoños, me horroriza; ni siquiera sé por qué se me ha ocurrido hoy tratar tema tan triste. Lo aparto de mi pluma, formulando mi voto ansioso y ardiente por que muchos años más vengan y nos encuentren a los dos en pie, amándonos siempre, compartiendo los goces y penas de la vida, y viendo felices, hermosos y buenos a todos nuestros descendientes.

Lo que es para mí, sano estoy y robusto. La fatiga cerebral me va dejando y hasta creo que estoy engordando un poquito. Haz tú lo mismo en cuanto a la robustez, no en cuanto a engordar, para lo cual no hay como bañarse y hacer ejercicio. Así está úno fuerte pero delgado. No me gustaría que te pusieses jamona.

Te abrazo, acaricio amorosamente a nuestra media docenita, saludo a todos los de la casa y envío recuerdos a los amigos. Tu siempre fiel marido,

Rafael

Ubaté, marzo 26 de 1899

Mi querida Tulia:

Mucho me atormentó ayer la jaqueca durante todo el día.

Unos doscientos jinetes fueron a encontrarme hasta Sutapelado y en las afueras de esta población me esperaron unos cien artesanos. Hubo serenata, comida, gritos y jarana hasta tarde.

Hoy no pasaré de Susa y quizá mañana me retendrán en Chiquinquirá. Tal vez no alcanzaré yo hasta Sogamoso.

Deseo que estén bien todos. Un abrazo de

Tu Rafael

Ibagué, mayo 4 de 1899

Queridísima Tulia:

Tuve buen viaje. Aquí me han tratado con mucha deferencia y simpatía. Esta tarde me voy para el Nevado del Tolima y no volveré hasta el domingo en la tarde.

Te abrazo sobre el corazón.

Tuyo Rafael

* * *

Mi querido Rafael:

Imposible pintarte mi angustia y la de todos tus hijos desde ayer; esto no es vida sino el más horrible tormento. Solo confío en Dios que pronto estarás libre y volverás al lado de quienes tanto, tanto te queremos.

Inesita te extraña inmensamente y dice que a su papá “lo tienen preso entre un costal”. Dime qué te hace falta, qué necesitas... Todos tus amigos se han manejado divinamente; espantosa es una situación como la presente, pero ella es la piedra de toque de la verdadera amistad y ahora veo con gratitud y entusiasmo cuánto te quieren y te estiman en esta sociedad. Recibe un abrazo de todos tus hijos y el corazón de

Tu Tulia

La Concepción, Santander, noviembre 20 de 1899

Señora Doña
Sixta Tulia Gaviria de Uribe
Bogotá.

Mi querida Tulia:

Nada me sucedió en el combate de Bucaramanga. Estoy bien de salud. Grillo y Tirado, buenos. Espero volver a verte; no te acobardes. Habrá amigos que subvendrán a tus gastos: lleva tus cuentas para reembolsar esto algún día. La deuda que nunca pagaremos será la de la gratitud para quienes en esta ocasión nos favorezcan.

No pensaba guerrear todavía, pero la seguridad de la persecución no me dejó otro camino. Entre los campamentos de los amigos y los calabozos de los enemigos no cabe vacilación posible.

Adiós. Haz mil ardientes caricias a nuestros hijitos. A Paulina, Daniel y los De la Torre, mil recuerdos. Te abraza estrechamente,

Tu Rafael

PD – Suplico a los jefes y adversarios que esta carta leyeren, que la hagan llegar cuanto antes a su destino.

Rafael Uribe Uribe

* * *

Estimado Pedro Nel:

Conveniencias de guerra me aconsejan dejarte a Corozal. Ahí te lo dejo con sus fiebres, su hambre su aspecto antipático. Como la cesión es voluntaria y hasta gratuita, no vayas a escribir sobre ella un parte muy grandilocuente y tonitruante. No hay que tartarinizar. Por no dejar ociosos a mis soldados, por ejercitarlos en construir fortificaciones, por meter algo de miedo a lo lejos sobre mi resolución de “defender la plaza o morir bajo sus ruinas”, me entretuve en arreglarlo como para resistir de veras, pero sin haber tenido nunca el ánimo de hacerlo. Tiene todavía la Revolución mucho horizonte y mucho porvenir para encerrarse en cualquier cascarón de pueblo, solo por el qué dirán. He cuidado de los heridos y enfermos conservadores de que me hice cargo por capitulación, mejor que si hubieran sido liberales. Puede que algunos se quejen, por lo descontentadizos, pero tengo atestaciones de ellos mismos que comprueban mi buen manejo. No hago mérito de ello sino para exigirle la reciprocidad. Aquí y en Sincelejo quedan algunos de los míos, incapacitados para seguirme; te los recomiendo, en la seguridad de que los dejo bajo la protección de un caballero y de un cristiano. A propósito: me complace tenerte por contrincante. Entre los dos no perderemos esfuerzo por civilizar la guerra. Dicen que tus fuerzas han saqueado El Carmen, Colosó, San Antonio, Palmitos y demás lugares a donde han llegado. Que saquearán e incendiarán a Sincelejo, si lo toman. Deseo que sean exageraciones de la gente. Yo me he esforzado siempre por impedir que mis tropas cometan esa clase de desafueros, y creo haberlo conseguido. La conducta contraria en los Defensores del Gobierno formaría contraste desventajoso. Está de más decirle que los prisioneros que nos hagamos serán bien tratados. No te dejes aconsejar de los sectarios rabio-

sos. Estamos guerreando en tierra que no es precisamente la nuestra, y donde debemos procurar dejar un buen recuerdo, no casándonos con las rencillas lugareñas. Somos padres de familia, vamos tirando ya para viejos y tenemos reputación que cuidar: otros tantos motivos para tratar de distinguirnos del vulgo de los perseguidores fanáticos. En cuanto a mí, jamás la condición de conservador o de adversario me ha impedido ver detrás la de colombiano, es decir, la de compatriota. En cuanto a relaciones entre los dos, quedan por mi parte establecidas para todo objeto útil o de interés común. No en vano habremos sido condiscípulos y amigos de toda la vida; y aunque tendría yo derecho a guardarle rencor por querellas de juventud en que te excediste, los años han dejado caer sobre ellas capas sucesivas de ceniza fría.

Celebraré que tengas buenas noticias de Carolina y tus muchachos. ¡Feliz tú, que puedes comunicarte con ellos! En catorce meses de campaña, apenas he sabido tres veces de casa. Te saluda tu condiscípulo y amigo,

Rafael Uribe Uribe

Nueva York, mayo 25 de 1900

Adorada Tulia:

Fatigado de escribir en máquina vuelvo a la pluma, mientras descanso. Pronto tendré una máquina mejor y entonces te escribiré largamente.

Muy triste estaba por no recibir carta tuya, hasta que anoche me trajeron la del 30 de marzo, muy bonita, muy sentida y muy expresiva. Por ahí te metiste en una imagen que revela colaboración. En todo caso, esos son tus sentimientos, y yo siempre te he estimado por tus obras, no por tus palabras.

Cómo me agrada saber que estás alegre, a lo menos hasta el punto en que eso es posible estando separados. Pero, en fin, no hay duda que este es un mal inferior al de los peligros de la guerra. Y como yo fui a ella a exponer el pellejo, pues para cuidarlo me habría quedado en casa, razón tenías tú para temer que de un momento a otro me sacaran del medio, o que una señora fiebre cargara conmigo. Por supuesto que celebro haber escapado. Nunca he desconocido que mis deberes para contigo y para con mis hijos son anteriores y superiores a los de la política. Si a veces he aparecido como posponiendo aquéllos a éstos, ha sido arrastrado por la fuerza de los sucesos a los cuales no he podido sustraerme. Pero en cuanto puedo dominar mi suerte, pongo todo mi afán en pagar con amor todo el tiempo perdido y en concretarme a mis obligaciones de esposo y padre. Lo que importa es que pruebes tu buen ánimo cambiando tu vida quieta por una más activa. Cuídate de la gordura y rejuvenécete. Pena me da oírle decir que ya a lo que aspiras es “a pasar una vejez tranquila a mi lado”. Eso serás tú; lo que es por mi parte, estoy muchachito, comenzando a vivir. Y ¿cómo es que siendo yo mayor que tú, de vida más trabajada y de menos buena

salud, esté más joven? Proviene de que hago mucho ejercicio. Si tú hicieras lo mismo retrocederías varios años, con la piel tersa y sonrosada, los ojos brillantes, el andar elástico y el humor bien dispuesto. Hazlo, hazlo, querida, ahora que todavía es tiempo. Aquí detestan la gordura. No he visto una sola americana obesa: todas delgadas, ágiles, musculosas y elegantísimas. ¡Y qué tez! Ni las setentonas tienen arrugas: se mantienen frescas y sonrosadas, y más apetitosas que las de 30 en Colombia.

No quepo en mi satisfacción por lo que tú y Paulina me dicen de la buena salud, aplicación, juicio y buen carácter de mis muchachitos. Me llena de ternura lo que me cuentan de Juliancito, de su amor por tí, de su consagración y formalidad. Hay en eso un peligro que es bueno prevenir: el exceso de estudio y de quietud. Límitenle estrictamente las horas de estudio y luego no le permitan quedarse encerrado en la casa; oblíguenlo a salir a correr y jugar en los parques. Pero lo mejor es que me lo manden con Carlos. Repito que es una injusticia que me nieguen ese consuelo. Los tendría conmigo unos meses, mientras aprendían inglés, cosa que a su edad se hace rápidamente, y luego los ponía en la escuela pública (hay una en cada manzana) o los metía internos en uno de tantos buenos establecimientos como hay fuera de las ciudades.

Para todos mi bendición. Para ti los besos de

Tu Rafael

Magangué, octubre 5 de 1900

Queridísima Tulia:

Hoy hace un año que salí de casa, y me aparté de tí y de mis hijitos. No te engañé: el objeto real de mi viaje fue conferenciar con el General Vargas Santos para hacerlo aceptar la dirección del partido y que fuese él quien con método, unidad y suficiente preparación produjese una guerra que por la simultánea habría sido irresistible y corta. De Duitama escribí largamente al Dr. Paulo E. Villar para que aplazase el movimiento que tenía decretado para el 20 de octubre; sé que recibió la carta y no la atendió. De la Salina, después de hablar con el General Vargas, seguí a marchas forzadas a Bucaramanga a impedir que la insurrección estallase, y bajaba del páramo el 18 cuando supe que desde el día anterior la revolución había comenzado, adelantando en vez de aplazar la fecha. Ya no me quedaba libertad de elección y aun calculando lo que había de suceder, sacrifiqué mi juicio y entré en la guerra. Lo que ha sucedido en los largos meses que ya lleva de duración, si no lo sabe tu conocimiento, lo ha sentido tu atormentado corazón, y de mi padecer es mayor parte la consideración de tus sufrimientos que mis propios dolores y amarguras. Y eso que sin contar privaciones y fatigas físicas, ni las infinitas mortificaciones recibidas de jefes y compañeros, tu sola ausencia y la de mis muchachitos, ha llegado a ser o fue desde el principio indecible tortura. Cualquier niño que veo me recuerda los míos, con sensación penosa; y a cada instante la memoria tuya me llena de tristeza y desconsuelo. Lo peor de todo es que, en vez de amortiguarse con el tiempo mi pesar, se agrava cada día, y crece con la disminución de la esperanza de volver pronto a Bogotá. No sé qué será de mí si el destino me lleva a playas extranjeras: quizá la nostalgia

por sí sola me matará. Apenas sí la constante actividad me distrae; el peligro en medio de los combates no tiene virtud para desvanecer mi preocupación. ¿Y lo creerás? El prestigio militar que, con razón o sin ella, he adquirido, despierta dondequiera que llego ardientes simpatías, especialmente en las mujeres, lo que me habría permitido hacer más de una travesura; sin embargo, mi amor y mi respeto por tí y por los infinitos sinsabores que por mi causa padeces, han hecho que siempre haya pagado con inquebrantable fidelidad aquella fidelidad tuya en que mi ánimo descansa con tan dulce seguridad. Están ahí mis ayudantes y el Ejército todo para atestiguarlo.

En un año ¡cuánto habrán crecido mis niños! Luisa y Adelaida serán ya mujercitas; Julián y Carlos tendrán un palmo más de estatura; Tulita e Inés estarán inconocibles para mí. Por verlos ahora, por reunirnos para no separarnos más, diera lo que no tengo e hiciera lo imposible, si no estuvieran por medio las tiránicas leyes del honor militar y de las exigencias de partido.

Con todo, tén confianza: volveremos a vernos; tiempos felices vendrán, como compensación a nuestras penas; tanto sacrificio no puede quedar sin recompensa. Yo he de salir con vida de esta lucha, y aunque no poco envejecido de tanto trabajar y sufrir, conservo excelente salud y no siento decaimiento físico ni mental.

Ignoro lo que de hoy en adelante será de mí, puede que de un momento a otro el giro de los sucesos me lleve a tu lado, y esa sola consideración me inunda de alegría; puede que la desdicha siga pesando sobre mi suerte y que esté decretado el aumento de la distancia que de ti me separe. Nunca temas, sin embargo, te lo repito; sin ser fatalista tengo confianza en

mi estrella, y espero poder sobreponerme a todo desmayo de la voluntad.

Bien sé que no pocos desalmados, corrompidos por el influjo de la Regeneración, han hecho su agosto con los revolucionarios; pero no necesito decirte que me he conservado puro en medio de la rapiña, y que algunos de los que me han combatido dentro del Ejército no han tenido embarazo en declarar que lo hacían, entre otras razones, porque mi probidad era excesiva. Porque ya se me caía a pedazos, solo en Sincelejo pude renovar el pobre flux que saqué de Bogotá, el mismo que fue perforado por las balas de Peralonso; y mi pobreza en otros respectos ha sido siempre más que franciscana. Varios amigos de Sincelejo, Sampués y Chinú me han facilitado espontáneamente, algunas sumas, en total \$ 6.000.00, cantidad ésta que aquí dejo en poder de don Erasmo del Valle, quien te la hará llegar en primera oportunidad y con la cual ojalá puedas remediar algunas necesidades; aunque si somos definitivamente vencidos, no tendré literalmente con qué pagar el pasaje para el primer puerto extranjero a donde me vaya.

Cuando estuve la última vez en Rionegro, recibí dos preciosas carticas de Luisita y Lalila, con una adorable postdata de Tulita. Entiendo que esas cartas las trajo la Ambulancia que vino de Bogotá, pero yo no me vi con ninguno de sus miembros. Las cartas de mis hijitos están muy bien pensadas, en correcta ortografía y muy buena letra; las cargo en mi cartera junto con las tuyas.

Adiós, querida, siempre querida Tulia. Distribuye caricias sin cuento a mi Luisa, mi Adelaida, mi Julián, mi Carlos, mi Tulia y mi Inés. Te abraza y te besa

Tu Rafael

Caracas, enero 23 de 1901

Adoradas Luisita y Adelaidita:

En las alturas sobre Rionegro, Santander, frente a Bucaramanga, y después de regresar de Ocaña, recibí, allá por julio del año pasado, las dos lindas carticas de ustedes, fechadas en mayo y con una tierna postdata de mi Tulita. Desde entonces cargo en mi cartera y sobre mi corazón esas cartas, junto con las de su mamacita, como un talismán que efectivamente me ha librado de las balas y de las enfermedades, si no de la desventura.

Muy buena redacción, sinceridad de alma y magnífica letra tienen dichas cartas y por ello las felicito calurosamente. Veo que no han perdido el tiempo y que sus profesores pueden contar con la consagración y el talento de ustedes. No sé si lo mismo debo decir de Juliancito y Carlitos: ellos no me escribieron ni tengo noticia de su conducta, ojalá estén aplicados y juiciosos. Escribanme todos a Nueva York, que si así lo hicieren con puntualidad cada semana, yo sabré recompensarlos. Díganme ustedes con franqueza cómo se portan sus hermanos, si son formales en todo para no descontentar a su mamá y a mí.

Sean ustedes portadoras de la expresión de mi gratitud para las señoras Gooding por su generosidad al determinar no exigir nada por la educación de ustedes y por la demostración de aprecio que eso envuelve. Jamás olviden ustedes este beneficio, y comiencen desde ahora a corresponderlo con cariño y respeto, así como con mucha aplicación y buen comportamiento.

Cuiden de su mamá, rodéenla de atenciones para distraerla de su pena y salgan con ella de casa en busca de ejercicio.

Mándenme sus retratos y sus medidas de trajes y calzado. Reciban la bendición y caricias de su papacito,

Rafael

Caracas, enero 27 de 1901

Mi bien querida Tulia:

Por el correo pasado no pude enviarte mi retrato. Allá va hoy para que veas que, aunque flaco y con tal cual cana y arruga, mi apariencia es todavía de joven, a lo que corresponde el brío que anda por dentro. Con un par de meses de gimnasia, frío y buena alimentación en Nueva York, pienso retroceder diez años en la vida y ganar diez o veinte libras de peso. Ya verás.

Lo que es dejarme abatir por el infortunio, ¡jamás! Ahora es cuando tengo que demostrar que soy hombre. Pórtate también con valor: nuestros enemigos no deben vernos con semblante de tristeza.

Adiós, está pitando el tren de La Guayra en que me voy. Te abraza y besa,

Tu Rafael

Suplico á los Jefes adversarios
que esta carta leyeren, que la
hagan llegar cuanto antes á
su destino.

Rafael Uribe Uribe.

Caracas, enero 23 de 1901.

Adoradas Luisita y Adelaidita:

En las alturas sobre Pionegro, frente a Bucaramanga y después de regresar de Ocaña, recibí, allí por Julio del año pasado, las dos lindas cartitas de Uds., fechadas en mayo y que traían una tierna postdata de mi Tilita. Desde entonces cargo en mi cartera y sobre el corazón esas cartas, junto con las de su mamacita, como un talismán que efectivamente me ha librado de las balas y de las enfermedades, si no de la desventura.

Muy buena redacción, sinceridad de alma, y magnífica letra tienen dichas cartas, y por ello las felicito calurosamente. Veo que no han perdido el tiempo y que sus profesores pueden contar con la consagración y el talento de Uds. - No sé si lo mismo debo decir de Juliancito, Carlitos y Daniel: ellos no me escribieron ni tengo noticia de su conducta; ojalá estén aplicados y juiciosos. Escríbanme todos a N. York, que si así lo hicieren con puntualidad cada semana, yo sabré re-

Nueva York, febrero 22 de 1901

Mi querida Tulia:

Estoy bien aunque el excesivo frío ha llegado a agrietarme los pies y las manos de un modo incómodo. Creo, sin embargo, que al venir la primavera ganaré en salud. Las cosas aquí son carísimas y más si se considera el estado del cambio en Colombia. Te he pedido tu retrato y los de los niños. Mi cuartico del duodécimo piso resplandecerá como una gloria cuando adorne sus paredes con esas fotografías. Cuéntame detalladamente cómo están los niños y si cumplen con las recomendaciones que le he hecho tantas veces. Dile a Luisita que me remita aquellas cartas que les mandé de Medellín en 1897, sobre higiene y reglas de vida.

Infórmame, junto con Paulina, sobre cuanto les haya ocurrido durante la guerra. Cuando tenga conducto seguro escribiré largamente, con estilo más jugoso, pues la desconfianza me obliga a la sequedad. Haz que los niños me escriban cada semana. Prepara el viaje de Julián y Carlos y empeña a Luisa y Adelaida en el estudio del inglés, para que puedan venir pronto. Adiós. Te abraza estrechamente,

Tu Rafael

Nueva York, marzo 18 de 1901

Mi querida Tulia:

Hoy te dirijo estas líneas para informarte que estamos en el comienzo del buen tiempo. El Parque Central estaba el domingo concurridísimo: era incontable la multitud de mujeres y de niños que andaban tomando el sol y divirtiéndose, visitando el Museo, observando los animales, paseando en coche o en bicicleta, dándoles la vuelta a los estanques y formando con la variedad de sus vestidos y sus movimientos un espectáculo bellissimo.

Hoy fue la fiesta de San Patricio, patrono de Irlanda, y como en Nueva York hay miles de irlandeses, todos católicos, los festejos son muy concurridos. Es una especie de procesión pero sin los pasos ridículos de las de allá: saliendo del templo de San Patricio, que es uno de los más hermosos de esta ciudad, sube la procesión por la Cuarta Avenida, y tal es el gentío, que ocupa como tres leguas el desfile, y a lado y lado de la calle se aglomeran curiosos en número que no me pareció menor de cincuenta mil personas. El desfile comenzó por los regimientos de irlandeses pertenecientes al Ejército Nacional de los Estados Unidos, llevando, a la vez, la bandera de ese país y la de Irlanda, que es un pabellón verde con una arpa por escudo. Después siguieron divisiones de desfiles no uniformados, pero todos marchando ordenadamente de a dos en fondo, no el tumulto y apretura indecorosa que allá se acostumbra. Filas de policías enormes y forzudos contenían la multitud para hacer calle y proteger el orden del desfile. Aunque en él se veían algunas cosas ridículas, como un militar montado en un caballo normando de los de coche, una vieja en un cochecito tirado por un burro viejo, y otro viejo que marcaba el paso bailando, ningún espectador se permitía

la menor burla o demostración de irrespeto, no obstante que la gran mayoría de los concurrentes era de distinta religión que la católica. En nuestra pobre tierra son tan intolerantes los católicos con los protestantes y los librepensadores, como éstos con aquéllos. Parece que en otros años figuran en la procesión personas que llevan vestidos antiguos, máscaras y disfraces. Ahora no llevaban sino unos cuadros con el retrato de San Patricio, el de Mac-Mahon y otros héroes.

Como a Irlanda la llaman sus hijos “la verde Erin”, los estandartes, los penachos, las bandas, las divisas, todo es verde, lo que produce por cierto un bonito efecto. Fue observación que hice la de no hallar en tantos miles de personas, como las que tomaron parte en el desfile, una sola cara distinguida: todas fisonomías vulgares e inexpresivas, casi todas feas. Probablemente los largos siglos de servidumbre a que la raza irlandesa ha estado sometida ha influído para imprimirle ese sello de abyección y estupidez que salta a la vista, así en los individuos como en el conjunto. ¿Ni quién duda del influjo de la tiranía para infamar primero las almas y degradar luego físicamente sus víctimas? Que Colombia no se redima algún día y se verá cómo el despotismo modelará a su imagen los espíritus y los cuerpos, plantándoles su indeleble marca infamante.

Los irlandeses no saben sino hacer oficios serviles: criados, cocheros, lavaderos, mozos de cordel, conductores de tranvías. Pocos son los que se hacen ingenieros, mecánicos, empresarios u otras profesiones independientes y que requieren inteligencia. Y sin embargo, en su origen pertenecieron a esa misma raza celta de la cual proceden los franceses, tan intelectuales, tan despiertos, tan hábiles, tan valientes y de tanta iniciativa. Parecerá extraño, pero de aquí saco una consecuencia de carácter personal: o Colombia llega a ser

tierra libre o yo saco mis muchachos para educarlos en otra parte, donde no estén respirando el ambiente deletéreo de la tiranía, donde toda educación se echa a perder con el ejemplo corruptor de los bribones triunfantes. En pueblos esclavizados por siglos, sus costumbres se pervierten hasta caer en la abominación. Muchos gentilicios de inmigrantes son aquí sinónimos de la peor laya.

Varios amigos me han convidado para visitar a Europa y Cuba, pero por diversas circunstancias no me ha sido posible aceptar.

Adiós, querida. Recibe mi mejor abrazo. Tuyo de corazón.

Rafael

Nueva York, abril 27 de 1901

Queridísima Tulia:

Al fin recibí cartas tuyas directas, del 1° al 16 de marzo, la segunda con tu retrato y los de Julián, Carlos, Tulita e Inesita. Grandísimo fue mi contento con esa tan esperada visita, aunque habría sido mayor mi alegría si también hubieran venido los retratos de Luisita y Lilá, los cuales quedo esperando ansiosamente. Horas enteras me paso observándolos.

Con motivo de haber pasado la semana en Washington, ocupado en diligencias importantes, no supe la llegada e inmediata marcha del señor Montejo y escribirte con él. Baste por hoy decirte que estoy bien de salud: y aunque muy triste por tu ausencia, la de los niños y la de la Patria, y por el desastre final de la Causa, estoy resignado con la suerte y renaciendo a nuevas esperanzas.

Te alegrará saber que con la proclamación de la paz cesa mi deber de volver a la guerra y desaparecen los peligros que tanto te acobardan, no obstante que desde el principio de la campaña te dije que nada me sucedería: uno que otro balazo, fiebre perniciosa y riesgos infinitos, eso fue todo, pero de todo salí como esperaba. Cumpliré todas tus recomendaciones. En cuanto a Julián y Carlos, repito la indicación de enviármelos a primera oportunidad: su compañía será para mí un grandísimo consuelo, ya que no puedo pensar en traer toda la familia.

Adiós, Te abraza estrechamente,

Tu Rafael

Nueva York, abril 27 de 1901

Mi querida Paulina²:

No voy a tener hoy tiempo de contestar como quisiera tu larga e interesante carta de principios de marzo. Está muy inteligentemente escrita y tus juicios imparciales y ciertos me han servido de mucho para apreciar la situación. Allá va el Manifiesto de paz. Dime lo que piensas de él, con tu franqueza acostumbrada y refiéreme la opinión de los demás acerca de ese documento y de la impresión que produzca. Solo sabré decir que ni las razones públicas alegadas en el Manifiesto, ni las que privadamente he presentado, son las verdaderas. Los motivos reales que me movieron a dar ese paso no son de los que ahora pueden expresarse. La pintura que me haces de Bogotá y su estado de alma, como dicen los novelistas sociólogos, es de mano maestra, y a tu penetración de mujer me atengo, más que al talento de cuantos amigos tengo allá y que me escriben. Menudea tus cartas por ese estilo y no te duela cargarme la mano en lo que te parezca, o transmitirme los juicios desfavorables que sobre mí hagan, pues yo soy hombre dócil y dispuesto a corregirme.

Lo que nunca obtendrás de mí es que abandone el servicio de la Causa liberal. Es mi sino emplear mi vida luchando por ella y no puedo ni quiero sustraerme a la ley del destino. Acaso, si el partido hubiera triunfado, hubiera pedido mis letras de retiro. Pero sería cobardía abandonarlo en la hora de su mayor desgracia. También es doble partida empeñada, en la que entra el punto de honra: contra los godos, a los que he de derribar, y ellos a mantenerse en el puesto; y contra

² Paulina, hermana menor de Rafael Uribe Uribe. Hacia quien, como se lee en estas cartas, tenía especial afecto y valoración de sus juicios y conceptos.

mis buenos amigos los olímpicos, a que me tienen que tragar aunque les sepa a feo.

Son más que alegres todas tus cuentas de establecimiento aquí. Es sensato reconocer nuestra inferioridad para la lucha con estas gentes: los unos aplastan con su capital, los otros con su saber, todos con su habilidad para el negocio, y con una competencia encarnizada y desastrosa. Una familia como la nuestra, de diez personas, no hace aquí sus gastos de habitación, mesa, ropa, calzado, educación y extras, con menos de cinco mil dólares anuales, según presupuestos hechos y rehechos por mí sobre informes tomados de los amigos y de acuerdo con mi experiencia propia. En cambio, te repito que pretender luchar con estos millares y millones de hombres y de mujeres que dominan cuatro o cinco lenguas, que escriben en máquina numerosas páginas por hora y que tienen tanta experiencia mental como habilidad de manos, sería verdadera locura. No desespero, por mi parte, de organizar un trabajo que me permita poner de lado cada mes unos cien pesos sobre los cuales puedan girar ustedes. Convertidos en papel, darán lo suficiente para sostener la casa, pero si hubieran de gastarse aquí en oro, no alcanzarían para nada. Convéncete, pues, de que mi plan es el más racional: traer primero los dos niños; si me va bien, hacer venir en seguida a Luisita y Adelaida y, finalmente, cuando haya adquirido una posición sólida, trastear para acá con el resto de la familia. Proceder de otro modo es prepararse dificultades de género horrible. En cuanto el cambio mejore y mi experiencia aquí vaya resultando bien, puedes pensar en mandar a Danielito, y puedes tener la seguridad de que yo tengo tanto interés en la educación de ese simpático niño, como en la de los míos.

Mándame a Julián y a Carlos a la mayor brevedad. Deliro por tenerlos aquí, pues me parecería que con ellos estaría

menos lejos de ustedes, menos proscrito, menos vencido. Un
abrazo para ti y otro para Danielito. Tu afectísimo,

Rafael

Nueva York, mayo 03 de 1901

Siempre querida Tulia:

Ayer recibí tu cariñosa cartica del 28 de abril, cuya lectura me produjo la misma emoción que todas las tuyas de Paz, con toda seguridad le sacarás punta a la situación como la mía produce el tener cartas del hogar tan lejano.

Muy quejumbrosa me ha parecido. Ahora que ya no estoy en la guerra, buscas el modo de atormentarte por otro camino. Al principio me dijiste que estabas entusiasmada y contenta, con solo saberme fuera de la lucha. Pero al presente, si no halagüeño, por lo menos tolerable, te esfuerzas por amargarlo con memorias del pasado y con previsiones siniestras del porvenir. Te digo que así no hay dicha posible en este mundo, mi vida que no sea un tormento. Es preciso que aprendas a tener filosofía. Tu mayor afán consistía en no saber si yo había de volver a la guerra; pero después de que leas el Manifiesto de Paz, con toda seguridad le sacarás punta a la situación para tener cómo sufrir. Es lo del refrán antioqueño: al que por su gusto se muere, hasta la muerte le sabe. Ya estás segura de que la guerra se acabó; de que otra no vuelve a haber en mucho tiempo o nunca; y de que a Colombia y a la política tampoco volveré mientras no sucedan ciertas cosas que tienen trazas de tardarse, si es que alguna vez han de venir. Tranquilízate, pues, una vez por todas.

El Manifiesto ha sido en lo general mal acogido, dentro y fuera del país y aun tergiversados los motivos que me indujeron a expedirlo. Se me insulta y calumnia a destajo, y no puede menos de dolerme tanta perfidia y tanta estupidez. Aunque estoy absolutamente convencido de la razón que me asiste, tarde será cuando se me haga justicia.

Habrás sabido que a mis hermanos Tomás y Julián los tienen presos en Cali, porque no quisieron firmar una declaración reconociendo como legítimo el gobierno de Marroquín y protestando contra las guerrillas; como si la legitimidad de ese gobierno fuera mayor o menor por lo que dijeran los liberales a la fuerza, o como si las guerrillas se acabaran con firmas.

Adiós, con un abrazo de tu marido,

Rafael

Nueva York, mayo 12 de 1901

Mi querida Paulina:

Recibí tu segunda carta, sin fecha como la primera pero tan interesante como aquélla. Espero que el Manifiesto habrá explicado a todos mi conducta y aquellos que querían que yo hablara habrán quedado satisfechos. Ya me dirás tu opinión y la del respetable público que, por supuesto, se dividirá en bandos que hallarán el documento magnífico, los unos, y pésimo, los otros. Como así sucede siempre con todo lo que hago o digo, estoy acostumbrado a la algarabía y no me aconsejo sino de mí mismo.

Igualmente curado estoy contra acusaciones de alzamiento de caudales. ¿Por qué había de ser yo el único político que se escapara de la calumnia? No tengo más que contestar sino que ojalá fuera cierto que hubiera traído no cincuenta mil dólares solamente, sino el millón redondo, para más pronto derribar a los godos. Así tampoco tuviera que estar haciendo traer aquí de mi cafecito para poder vivir pobremente en un hotelito de quinto orden. Y sobre todo, así no tuviera que soportar la indecible tortura de no poder hacer venir mi familia, sin cuya presencia padezco lo indecible. Me he hecho a indiferencia yanqui con respecto a esta clase de acusaciones. , pero el partido liberal debe ponerla en mi cuenta de sacrificios y sufrimientos por él. Yo sabré en qué me hago pagar en su debido tiempo. Antes de que se me olvide, házme mandar a la primera oportunidad una colección completa de “El Autonomista” y un ejemplar de todos los folletos míos, así políticos como de otra clase. Entre mis papeles los hallarás.

Desespero de hallar alguna de las colocaciones de las cuales me hablas aunque he estado haciendo y continuaré

las averiguaciones. Yo mismo me he estrellado contra dificultades que me van pareciendo insuperables y ahí tienes a Raúl Pérez, fortísimo en inglés, francés e italiano, escritor, conocedor del país, casado con americana, lleno de relaciones... y sin hallar qué hacer. Y si tal le pasa a este Sansón, ¿qué va a ser de una pobrecita que ni desgarrar leones?

Adiós, un abrazo a Daniel y que estés buena. Te abraza tu afectísimo

Rafael

Nueva York, mayo 12 de 1901

Querida Tulia:

Ojalá que las niñas hagan y adornen su propia ropa blanca. Esta se usa aquí muy delgada y ceñida al cuerpo, en vez de esas inmensas enaguas de tela gruesa y de dimensiones estrafalarias que allá acostumbran y que, por añadidura, se ponen dobles y hasta triples. Que lo hagan las flacas, vaya en gracia, aunque haya que recordar aquello de Juan de Mena: “Ave de tanta pluma, tiene poco que comer”. Pero que consientan las gordas en aumentar más aún sus voluminosas humanidades, con dos o tres arrobas de género blanco “oreja de toro” u otro por el estilo, es lo que no merece perdón de Dios.

Volvamos sobre el envío de los niños. Yo lo que sé es que me parece mala distribución tener tú allá seis y yo aquí ninguno. Lo justo fuera que partiéramos por mitad, pero a lo menos quédate con cuatro y mándame dos. No seas monopolista. Te quedó mal hilado el argumento de que no cabe término medio entre establecerme aquí del todo y traer la familia íntegramente, o no establecerme y no traer ninguno. Porque me sea imposible, a lo menos por ahora, educar aquí todos los niños, ¿no se ha de educar ninguno? Es indispensable que sea una misma suerte la de todos? ¿Por qué no hacer el esfuerzo con los hombres, que necesitan una educación más sólida y que si yo llego a faltar, podrían ser el sostén de sus hermanitas? Duro te parece separarte de los niños, pero a ello debes resignarte, recordando que esa es nuestra suerte, la suerte de todos los padres: criar y educar los hijos para que una vez crecidos, se nos desprendan, por los viajes, el matrimonio u otras causas. Separarse de ellos para educarlos es el más soportable de todos esos sacrificios, y si nunca lo hicieran los padres, jamás educarían hijos. Llama lista de

madres colombianas y pregúntales cuáles quieren mandar sus hijos a educarse en los Estados Unidos, a ver cuántas se apresurarán a aceptar no solo resignadas sino gozosas, teniendo aquello como una buena suerte y dime cuántas por egoísmo maternal o por temores pueriles, se denegarían. Te considero lo bastante inteligente para no colocarte entre las segundas. Además, si los niños fueran a quedar aquí en manos de extraños, alguna razón tendrías, pero viniendo a mi cuidado, no creo que me hagas la ofensa de decir que están mejor allá contigo que aquí conmigo.

Las luchas en las cuales yo he sobresalido son las estériles de la política, impuestas por la dureza de los tiempos y en las que yo nunca me he complacido, pero que están destinadas a cesar o a modificarse para la época en que nuestros hijos sean hombres, para ser reemplazadas por las luchas del trabajo industrial. Armar a nuestros hijos para que salgan victoriosos en ese género de combates es lo que exigen el bien entendido amor paternal y la más elemental previsión. Y luego, ¿te parece que yo he sido muy feliz con esa educación colombiana que tan buena te parece? “Porque no has querido”, vas a contestarme. Como si hubiera podido sustraerme a mi tiempo, al turbión de los sucesos, a las pasiones de los hombres, a todo el medio ambiente en que me ha sido forzoso vivir. ¡Ni haciéndome ermitaño!! Pero por eso, precisamente por eso, porque no quiero que a mis hijos les vaya a pasar lo mismo que a mí, quiero educarlos fuera de su país, educarlos en una lengua extranjera, e imponerles una profesión que los mantenga alejados de la política. Si por ésta no hemos podido tú y yo ser tan felices como lo merecíamos, ayúdame a que mi triste experiencia les sea útil a ellos siquiera.

Yo he pensado hacer del uno un mecánico y del otro un electricista, si para ello resultan con disposiciones. Tengo

la esperanza de que por la naturaleza de esas profesiones y habiendo crecido y educándose respirando otra atmósfera que la de nuestro desgraciado país, no caerán en la tentación de tomar cartas en la política y así podrán dedicarse al servicio positivo del progreso y a labrar su propia felicidad. Y esto que digo de los hombres, es aplicable en su mayor parte a las mujeres.

Adiós. No te quejarás de que te escribo corto. Te abraza estrechamente tu

Rafael

Nueva York, mayo 25 de 1901

Adorada Tulia:

Cómo me alegra saber que estás tranquila, a lo menos hasta el punto en que eso es posible estando separados. Pero, en fin, no hay duda que este es un mal inferior al de los peligros de la guerra. Y como yo fui a ella a exponer el pellejo, pues para cuidarlo me habría quedado en casa, razón tenías tú para temer que de un momento a otro me sacaran del medio, o que una señora fiebre cargara conmigo. Por supuesto que celebro haber escapado. Nunca he desconocido que mis deberes para contigo y para con mis hijos son anteriores y superiores a los de la política. Si a veces he aparecido como posponiendo aquéllos a éstos, ha sido arrastrado por la fuerza de los sucesos, a que no he podido sustraerme. Pero en cuanto puedo dominar mi suerte, pongo todo mi afán en pagar con amor el tiempo perdido, y en concretarme a mis obligaciones de esposo y padre. Lo que importa es que pruebes tu buen ánimo, cambiando tu sistema de vida quieta por una más activa. Pena me da oírte decir que ya a lo que aspiras es “a pasar una vejez tranquila a mi lado”. Eso serás tú, lo que es por mi parte, estoy muchachito, comenzando a vivir. Y cómo es que siendo yo mayor que tú, de vida más trabajada y de menos buena salud, esté más joven? Proviene de que hago mucho ejercicio. Si tú hicieras lo mismo, retrocederías ocho o diez años; la piel se te pondría tersa y sonrosada, los ojos brillantes, el andar elástico, y el humor bien dispuesto. Hazlo, hazlo, querida, ahora que todavía es tiempo. De lo contrario, cuando suene la hora fatal de los cuarenta parecerás vieja, y al vernos ir juntos no dejarán de observar las gentes que yo me conservo mejor que tú. Sobre todo, chica de mi vida, no sigas engordando. Si supieras lo afligidísimo que

estoy con tu crecimiento de volúmen. “Doña Tulia, matrona de peso”, dirán por alabarte. Y si, señor, que pesarás tus doce arrobas, que no habrá mula que te cargue y que en ferrocarril ocuparás dos asientos, y que podrás ser presidenta del club de los cien kilos! Y yo me quedaré dado a todos los diablos, suspirando por la muchacha delgada y ligera con quien me casé y a quien levantaba en vilo para ponerla a caballo. Ahora se necesita de garrucha y de Dios y su santa ayuda!

Para todos va mi bendición. Para ti los besos de tu

Rafael

Barranquilla, diciembre 10 de 1902

Mi bien querida Luisita:

La última cartica suya que tengo es del 15 de Octubre, cuando todavía no se había firmado la paz. No conozco, pues, sus impresiones de alegría al saber mi próximo regreso... ¡Yo bien sé la edad de usted; creará, sin embargo, que me sorprendió leer que ya va a cumplir dieciséis años! ¿De manera que tengo una hija tan crecida? Trabajo va a costarme adquirir el hábito de ver en mi casa dos señoritas de traje largo, muy serias y formales, cuando lo que dejé yo fueron dos cachifas de falda a media pierna, brinconas y traviesas. Pero, por supuesto que voy a estar orgulloso con mi par de hijas ya tan mujeres y buenas mozas, según pública voz y fama! Deploro infinitamente no poder estar con usted el día de su cumpleaños. Pobre como estoy, apenas puedo enviarle para su cuelga el frasquito de perfume que le lleva el General Vélez. Para Adelaidita va una pastilla de jabón.

Sea feliz, mi hijita. De todo corazón la bendigo. Su papacito,

Rafael Uribe Uribe

Barranquilla, diciembre de 1902

Señores Heraclio, Julián y Tomás Uribe Uribe.
Tuluá.

Mis muy queridos hermanos:

Diversas veces durante la guerra les he escrito, pero nunca tuve de ustedes la menor respuesta. Sin embargo, algunas noticias me han llegado sobre sus prisiones y padecimientos, que ustedes saben cómo habré lamentado.

Aunque ustedes me conocen bien y tienen la seguridad de que un hombre de nuestra raza y educación, y que recibió de sus padres los ejemplos de virtud que nosotros recibimos, es incapaz de ninguna acción indigna, puede que de tanto no escuchar sino las detracciones de la prensa oficial, hayan llegado a dudar de sí, con el ardor de la lucha, habría yo perdido los estribos y dejándome arrastrar por la pasión o extremos censurables; o si en horas de desaliento, habré incurrido en debilidades que menoscaben mi honor, el de la patria o el del partido. Está ya impreso en un libro sobre todos mis actos en la guerra, ya se lo haré llegar en ocasión propicia. Por hoy van tres folletos dos de los cuales les he remitido por varias vías, y el último, que acaba de salir. Ojalá merezcan la aprobación de ustedes y de los demás Uribes del Cauca.

Los abrazo cariñosamente, así como a todos los de sus familias. Sé que en la mía no hay novedad.

Su afectísimo,

Rafael Uribe Uribe

Medellín, mayo 3 de 1904

Querida Tulia:

Te anuncié por telégrafo mi llegada el jueves, sin novedad, no obstante los malos caminos. Poca mella me hicieron las fatigas de tan rápido viaje y la abrumadora labor que se me impuso el día de mi entrada, y luego la recepción de las innúmeras gentes visitantes. Desde Barbosa comenzaron a juntárame gentes y amigos en carruajes. ¡Cómo me magullaron! Pero esos son los gajes del oficio, que no se pueden endosar. Sin duda pasó de doce mil personas el número de mi acompañamiento. Era una sola densa masa humana desde El Edén hasta la quinta de Don Juan; fuera de los que estaban en las bocacalles, balcones, tejados y árboles de la vía. El entusiasmo fue delirante. Las mujeres me lanzaban ramos y coronas y acababan por arrancarse los cintos y moños para arrojármelos. La medalla es bellísima y me han hecho muchos otros regalos de valor. Casi todo lo ocurrido lo hallarás relatado en los periódicos que en paquete aparte te remito. Un señor Melguizo, conservador, me dedicó una pieza en el Teatro. Al entrar yo, todo el mundo se puso de pie para saludarme con vivas estentóreos. Me hicieron hablar y me aplaudieron. Anoche me obsequiaron con una linda serenata; tuve que perorar otra vez y mis palabras fueron igualmente bien recibidas. Esta gente está loca conmigo. Hasta hoy no ha habido recepción igual a ésta, según opinión general.

El lunes de la próxima semana iré a “Gualanday”, después a Rionegro y luego a Occidente en donde, como es probable, me eligen Representante. Una vez arreglados mis asuntos

emprenderé regreso, quizá por Manizales en donde me encontraré con Tomás.

Recuerdos, abrazos, caricias.

Tu Rafael

Medellín, mayo 10 de 1904

Querida Tulia:

Recibí cartas de Luisita. Yo estoy ya casi abrumado de mi labor de esta semana: ha sido un desfilarse de gente, día y noche, sin tregua ni descanso. El sábado tuve un respiro en casa de César Piedrahita, en su quinta “Azpeitia”, con una docena de amigos. Pasé allá un día feliz; se hizo mucha memoria de tí, de Luisa y de los muchachos todos.

Ayer fuí a visitar la instalación que están montando en Hatoviejo para la fábrica de tejidos. De paso vi “La Cabaña”, que tantos recuerdos agradables guarda para nosotros dos. Repasando esos recuerdos estuve buen rato. ¿Ya sabes? La china Luisa, única que entonces teníamos, era una pella redonda de manteca que se me dormía en los brazos cuando la llevaba por los montes y rocas. Fui allá con Pedro Nel, que estuvo a visitarme y con quien estoy en muy buenos términos.

Esta tarde me voy para “Gualanday”. Dormiré en Caldas, donde me tienen preparado un banquete. El del domingo por la noche fue magnífico. Hallarás descripciones de él en “El Espectador” y “La Organización”, junto con los discursos. El de nuestro compadre Ricardo Restrepo es muy bueno; ojalá que el mío te agrade.

El Doctor Urueta está sumamente bien y muy estimado de todo el mundo. He hecho público su compromiso con Luisa, y no hay quién no me haya felicitado por el futuro yerno.

A mi regreso es lo más probable que me vaya por Manizales con el fin de reunirme con Tomás y Julián, a quienes he citado para esa población. De salud estoy bien, no obstante el daño que me causan las libaciones en las comidas y el trasnoche por las serenatas.

Celebro que Julián y Carlitos y en general todos estén formales en sus colegios. Adiós, hijita. Que estés buena y contenta y recibe la caricia cariñosa de

Tu Rafael

PD. (Muy encendidas han sido ciertas esquelas perfumadas que he recibido, pero esa vieja fidelidad mía, ¡firme que firme!).

Río de Janeiro, febrero 22 de 1905

Mi muy querida Tulia:

Ya llevo cinco días de estar viviendo con los muchachos, tan intensamente que me parecen cinco semanas. Hemos andado de arriba para abajo, en charlas y chanzas continuas, no como padre e hijos, sino como tres condiscípulos en vacaciones. Son interminables y graciosísimas todas las cosas que me cuentan: buen espíritu de observación y su poco de zumba o crítica.

Fuertes y sanos como un par de toritos. Julián tiene la cara llena y casi redonda y musculatura muy desarrollada, aunque por lo rápido del crecimiento tiene un poquito de tendencia a agacharse. Ya se le quitará. Ambos tienen muy buen color. Como te dije, el Chato ha crecido un poquito y más bien está delgado, señal de que seguirá estirándose. Julián va teniendo algo de “pelusa”; seguro que en este año le saldrán los primeros vellos de barba. El Chato dice que como le suda el labio superior, es señal de que tendrá buen bigote. Ambos tienen figura muy interesante y distinguida; Julián tiene cara muy hermosa y cabeza bellísima. En todo y por todo, es el mismo inocente, de alma pura y buena, que de allá vino.

Te acompaño un original de la cuenta que me presentó de gastos de venida. Además de mostrar lo escrupulosos que son, tiene bastante sal. El recibo del Chato por 0.35 con el V°/B° de Julián es curiosísimo. Gozan de muy buen apetito. Como yo siempre me levanto más temprano con ellos, voy a sus departamentos, que están juntos, a eso de las seis de la mañana, y casi siempre los hallo tan profundamente dormidos que no me sienten entrar. Agarro al Chato por una pierna, como para tirarlo debajo de la cama, y solo así despierta. ¡Có-

mo quisiera que estuvieses aquí conmigo para que los vieras dormidos! Sueño fuerte, de hombres sanos, sueño normal.

Cuando no salimos desde temprano, emplean parte de la mañana en mejorar la letra, en redactar sus diarios, en escribir para la familia y en leer.

Incluyo la invitación que nos hizo el Barón de Río Branco, a almorzar mañana con él, el telegrama en que nos señala hora para visitar al Presidente de la República. Dile al doctor Urueta que registre eso en los periódicos. Por el otro correo te contaremos lo del almuerzo y la visita al Palacio de Catete. Adiós. Se te volverá agua la boca, de envidia por estar aquí con los chinos, ¿no? Pero allá tienes tú cuatro hijas, un yerno, un pretendiente, tu mamá, una hermana y, sobre todo, una gran nieta. Que todos estén buenos y contentos. Te incluyo también el juicio que de los muchachos se formó el doctor Ancízar, a su paso por Buenosaires. Ser una “monada” es como decir, “rico”, “donoso”, “primoroso”. Te abraza tu afectísimo,

Rafael

Panamá, mayo 1 de 1905

Querida Tulia:

Al día siguiente de salir de Cartagena, de donde les escribí, llegué a Colón a tomar el tren expreso de la tarde, que en dos horas nos puso en ésta el 26. Mañana me embarco para el Sur para llegar a Guayaquil en tres días. No he tenido la menor alteración de salud.

Mucho me han visitado mis antiguos amigos: Don Pablo Arosemena, Pablito, su hijo, Constantino y Harmodio, sus hermanos, Belisario Porras, Domingo Díaz, Santiago de la Guardia (Secretario de este Gobierno), General Quintero (idem), General Correoso, General Aizpuru, Cirio Urriola, el Ministro americano, el del Perú, Don Gerónimo de la Ossa, Cónsul chileno, Salomón Ponce Aguilera, Papi Aizpuru y Fabriciano Arosemena (compañeros de campaña), Don Gerardo Ortega, Gobernador de la provincia, Doña Elena Dobrieski y su hijo, quienes están establecidos aquí, Señor Espriella y muchísimos otros. He recibido muchos convites a almuerzos, comidas, paseos al campo, visitas a los Clubes, etc. He aceptado todas estas atenciones de particular a particular, como de amigos antiguos, pero sin que implique la menor aceptación del orden de cosas existente.

Por dificultades de correo solamente te remito tres hebillas de cinturón y media docena de cucharillas chinas para té. En todas las tres hebillas, la palabra o significación de uno de los signos es "felicidad", y la del otro "larga vida". No deja de ser expresiva la idea de ligar las dos cosas en un mismo broche, puesto que una vida larga pero desgraciada, o dichosa pero corta, no son ambicionables; solo una existencia feliz y larga satisface al ser humano. Destino las tres hebillas a tí, a Luisa y a Lila; las cucharillas para la casa en general.

Después de la oración, nunca dejo de trasladarme mentalmente al cuartico del piano, donde los imagino reunidos, al dulce calor de la familia y acordándose de mí, como yo me acuerdo de ustedes; nunca dejo de suponer que las muchachas, por amor a mí, se sentarán al piano y estudiarán una o dos horas, diciendo o siquiera pensando: “Esto para complacer al viejo”. Vivo también confiado en que Lila y Julián trabajarán asiduamente en su violín, y Carlos, Tulita e Inesita en su piano, siempre por tenerme satisfecho, y que todos observarán buena conducta y serán amables en su trato recíproco, por la convicción de que eso derramará sobre mi ánimo una dulzura infinita que me ayudará a soportar mi ausencia.

No puedo ocultar que la mayor fuerza de mi cariño se va hacia mis dos hombrecitos. Hasta que me he visto separado de ellos es cuando he venido a darme cuenta del inmenso amor que les profeso. Son tan buenos, tan virtuosos, tan consagrados y simpáticos que aun a su corta edad merecen que se le llame respetables! Así sigan, así los halle a mi regreso, puros, inmaculados, excelentes.

Al Doctor y a Luisa los recuerdo sin cesar, así como a Lila y mis chinas bellas. Memorias a tu mamá y Amelia. Tú, mujercita mía de mi corazón, recibe el beso de

Tu Rafael

Quito, mayo 24 de 1905

Querida Tulia:

Hoy, por ser aniversario de la batalla de Pichincha y fiesta nacional, hubo una gran revista de las tropas, a la que asistí en la carroza oficial, al lado del Vicepresidente de la República y del Ministro de Relaciones Exteriores, a quienes tenemos convidados.

En vista del progreso que el Ejército ecuatoriano ha recibido de los Oficiales chilenos, se me ha ocurrido que tal vez Julián y Carlos pudieran seguir esa carrera, viniendo a estudiar en Chile. Cuando llegue a ese país, maduraré el proyecto y te pondré un cable sobre el particular pidiéndote los niños, caso en el cual yo iría a recibirlos hasta Panamá. De seguro que el doctor Urueta hallará aceptable mi plan.

De salud bien. Recuerdos para todos. Te abraza

Tu Rafael

Quito, junio 5 de 1905

Mi bien querida Tulia:

Aunque mañana martes emprendo marcha para la Provincia de Imbabura y quizá llegue hasta Tulcán y pase a Ipiales, en tierra colombiana, y aunque esa misma es la dirección del correo que te llevará esta carta y al cual llevaré un día de ventaja, siempre dejo escrita ésta, por si mis ocupaciones en el camino me impiden hacerlo por allá.

Mi objeto al ir a la frontera es hacer un estudio práctico para un Tratado de comercio con el Ecuador y conocer el cultivo del algodón en Ibarra. Este es el territorio más pintoresco del Ecuador y sería lástima irme sin verlo. Las cosas que solo una vez en la vida se presenta ocasión de hacer, no hay que omitirlas por pereza. Serán doce o quince días a caballo, que bien, sabes que para mí son una friolera.

Para subir a la cúspide del Pichincha gastan aquí dos días. Yo fui y volví antes de ayer en uno solo. Salí a las cuatro de la mañana con el general Sampson, Ministro americano, el Cónsul inglés señor Svderstrom y otros amigos; tomé leche caliente en el precioso vallecito de Lloa, donde remudamos caballerías, y a las nueve estaba en la boca del cráter del volcán, después de subir a pie los últimos quinientos metros. Por cierto que esto fatiga mucho, a causa de la rarefacción del aire y de la falta de presión para el corazón y los pulmones. El borde del cráter tiene 15.600 pies de altura, y la profundidad de la caldera interior 720 metros. De manera que asomándose al borde, se tiene abajo un bonito abismo. Y como constantemente sopla en esa cima un tremendo huracán, hay que echarse en el suelo y agarrarse bien de las rocas para no hacer el viaje al fondo, que sería el de la otra vida. El volcán tiene 245 años de apagado después de su última espantosa erup-

ción de 1660; pero en el siglo pasado quiso despertar dos o tres veces, y las fumarolas que todavía se ven en el fondo del cráter, revelan que hay fuego bajo el rescoldo y que cualquier día el volcán puede entrar de nuevo en actividad.

La vista desde la cumbre es magnífica; el color del cielo, azul oscuro por la altura, es bellísimo; y el número de volcanes y nevadas que desde allí se observan, estupendo. A las tres de la tarde estuve de regreso. En todo el borde del cráter, en donde ya hay nieve, cogí la hoja de frailejón que te incluyo, y que te probará que por doquiera voy acordándome de ti.

El doctor Luis F. Borja, padre del joven Borja quien estuvo allá en casa, me convidó a almorzar en su finca del Bosque, con su señora, el Ministro del Brasil, el de Colombia y otros. Estuvo todo muy bien, y el doctor Borja me dirigió un discurso muy elogioso. Es el primer jurisconsulto del Ecuador. Pero la fiesta más hermosa que se me ha dado fue la del sábado en el Hipódromo, cuya descripción hallarás en los periódicos que te envió. Muy hermosas muchachas, simpáticas y buenas bailarinas.

De Ipiales volveré a escribirte. Todavía no he recibido la primera carta! Te abraza y besa

Tu Rafael

Caracas, enero 27 - 1901.

Mi bien querida Felia:

Por el correo pasado no pude en-
viarte mi retrato, porque no estaba listo.
Allá va hoy, para que veas que aunque
flaco y con tel curl cana o arruga, mi
aparencia es todavía de joven, a lo que
conviene el frío que anda por dentro.
Con un par de meses de gimnasia, frío
y buena alimentación en St. York, pienso re-
troceder diez años en la vida y ganar diez
o veinte libras de peso. La verás.

Lo que es dejarme abatir por el infor-
tunio, jamás. Ahora es cuando tengo que
demostrar que soy hombre. Portate también
tú con valor: nuestros enemigos no deben
vernos con semblantes de tristura.

Adios: está pintando el tren de la
Guaira en que me voy. Cariños a mis
muchachitos. Recuerdos a los amigos.

Te abraza y besa tu
Rafael.

Nueva York, mayo 12 de 1901.

Mi querida Paulina:

Recibí tu segunda carta, sin fecha como la primera pero tan interesante como ella. Espero que el Manifiesto habrá explicado á todos mi conducta y habrá satisfecho á los que querían que yo hablara. Ya me dirás tu opinión y la del respetable público, que por supuesto se dividirá en bandos que hallarán el documento magnífico, los unos, y pésimo los otros. Como así sucede siempre con todo lo que hago ó digo, estoy acostumbrado á la algarabía y no me aconsejo sino de mí mismo.

Igualmente curado estoy contra acusaciones de alzamiento de caudales. Porqué había de ser yo el único político que se escapara de la calumnia? No tengo más que contestar sino que ojalá fuera cierto que hubiera traído, no cincuenta mil dollars solamente, sino el millón redondo, para más pronto derribar á los godos. Así tampoco tuviera que estar haciendo traer aquí de mi cafecito para poder vivir pobremente en un hotelito de quinto orden. Y sobre todo, así no tuviera que soportar la indecible tortura de no poder hacer venir mi familia, sin cuya presencia padezco lo indecible. Me he hecho á la indiferencia yanqui con respecto á esa clase de acusaciones, pero el partido liberal debe ponerlas en mi cuenta de sacrificios y sufrimientos por él. Yo sabré en qué me hago pagar á su debido tiempo. -Antes de que se me olvide, hazme mandar á la primera oportunidad una colección completa de "El Autonomista", y un ejemplar de todos los folletos míos, así políticos como de otra clase. Entre mis papeles los hallarás.

Desespero de hallar ninguna de las colocaciones de que me hablas aunque he estado haciendo y continuaré las averiguaciones. Yo mismo me he estrellado contra dificultades que me van pareciendo insuperables, y ahí tienes á Raúl Perez, fortísimo en inglés, francés é italiano, escritor, conoecedor del país, casado con americana, lleno de relaciones.... y sin hallar que hacer. Y si tal le pasa á este Sansón, que va á ser de unapobrecita que ni desgarrá leones &?

Ciertamente que me aflige un gasto de mil pesos mensuales, aunque supongo que con el internado de las niñas y la venida de Julián y Carlos, podrán reducir los gastos, así como porque no esperando mi regreso, pueden suprimir en la casa que busquen las piezas que me estuviesen destinadas (Ojalá pudieran salir del enormísimo catre). -Pero ya tú ves que reducidos esos mil pesos á oro, al tipo del mil por ciento, á que en mucho tiempo no se verá, dan cien dollars, siendo así que toda la familia no podría vivir aquí con menos de trescientos mensuales, y eso muy estrechamente. Infórmate sino con el Dr. Esguerra que ha vivido aquí con familia.

Adiós. Un abrazo á Daniel. Que estés buena. Te abraza tu afmo.

Rafael

Guayaquil, julio 2 de 1905

Querida Luisita:

Su mamá me da la gran noticia de que a fines del año será usted madre. Jamás podrá imaginarse, mi dulce hijita, la cantidad de alegría que esto me ha dado, y cómo me regocija la idea de que tan pronto seré abuelo! Lo que siento es no estar allá para ayudarle a Carlos a llenarla de los cuidados y atenciones que su estado exigen. Qué respetable se me hace usted! Y cómo debe usted respetarse por sí y por el fruto de su amor! Seria, reflexiva, moderada en todo, tiene que posesionarse del gran papel que va a desempeñar. Niña de años, tiene que prescindir de niñerías y puerilidades, para portarse con juicio y cordura. Estoy dichoso, y felicito a usted y a Carlos, con grandísima ternura. Adiós, pues, sea formal y estudiosa. Querer a su marido es obedecerle. Decirle “mi Carlos” y contrariarlo son cosas incompatibles.

La bendigo una y mil veces y bendigo el fruto de su vientre. Caigan felicidades sobre usted y Carlos! Su papacito,

Rafael

“A bordo del Limari” – Paita (Perú), julio 11 de 1905

Querida Tulia:

Treinta y seis horas hace que estamos detenidos en este puerto, mientras de Lima dice la Junta de Sanidad si reciben o no la carga que el buque trae de Panamá. Por fortuna, el mar es quieto en esta bahía y hace fresco, porque ya estamos 180 millas al sur de Guayaquil. Desde Tumbes, límite de la costa del Ecuador con el Perú, la ribera –a lo largo de la cual y muy cerca de ella se navega– es de una aridez desoladora: ni un árbol se ve, ni una habitación; verdaderos desiertos de arena. Así seguirá hasta Chile. Julián y Carlos deben decirme en una carta la razón de este fenómeno: la encontrarán en el Tomo de la Geografía del Ecuador por T. Wolf, que allá dejé. En cambio, el cielo está siempre azul y sereno, sin una sola nube. “La luna de Paita” tiene fama en este litoral, como si se dieran aquí el lujo de tener una luna especial para el gasto diario. Pero es que su limpieza y brillo son verdaderamente excepcionales. Las dos puestas de sol que me ha sido dato contemplar aquí, han tenido una magnificencia imponderable: cuando medio disco se ha sumergido en las olas del mar, y el otro medio flota sobre el horizonte, con un tamaño desmesurado, que no ofende mirar a ojo desnudo, a tiempo que el cielo se cubre instantáneamente de arboles, entonces quisiera tenerte a mi lado, junto con todos mis hijos, para gozar con la admiración que el espectáculo os causaría.

Paita es un caserío infeliz, construido al pie del acantilado de la costa, todo gris y estéril y lamentable. Ni una sola mancha verde se descubre. Un ferrocarril liga el puerto con Piura. Por aquí se exportan sal y algodón, principalmente.

A bordo van más de cien pasajeros, algunos de ellos colombianos, como el médico del buque, que es antioqueño,

un señor Montoya, constructor de órganos, que viene de Bogotá con su señora y cinco niños, el Ministro inglés para Lima, quien lleva una hija bellísima y muy simpática; el perfil es perfecto y lindos los grandes ojos azules; el cuello muy blanco y con unos rizos flotantes, divinos. Como es mi vecina de camarote, he tenido ocasión de observarla despacio. El capitán es un yanqui jovial, pero bastante borracho. Va un pintor francés, hombre hermoso, rubio, blanco y de cabellos largos. Fuera moreno y de ojos y cabellos negros, fuera mi compadre Manrique, personificado: la misma sonrisa, el propio modo de mirar.

Las gaviotas han aparecido alrededor del buque. No van más al monte y ya en adelante no nos dejarán hasta muy al sur. Son aves muy simpáticas y mansas, blancas por debajo, inclusive cuello y cabeza, y negras por encima, del tamaño menor que una gallina y que vuelan y nadan muy bien. Se posan en las jarcias y palos y se disputan lo que del buque se tira al mar.

En todos estos puertos del Perú reina la peste bubónica. Es una fiebre horrible de cuarenta o cuarenta y un grados. Los enfermos mueren comúnmente de la infección, en dos o tres días, antes de que broten los bubones. Estos salen en las ingles, axilas, garganta y demás partes donde hay ganglios. Antes y después de reventar los bubones son tan dolorosos, que estando el doliente constantemente aletargado por la fiebre, si le tocan el bubón salta y grita del dolor y es la única señal de vida que da. El contagio se verifica por las pulgas de las ratas; apenas éstas mueren de la peste, las pulgas abandonan el cadáver, se prenden al que pasa y le comunican la enfermedad. Hay puertos cuya población ha huído, y a otros los han quemado para acabar con la epidemia. En Lima existe. Espero que no me dará. En previsión del peligro

tomé el seguro de vida por diez mil dólares, cuya póliza te mandé de Guayaquil.

Amanecemos en Eten hoy 12 de julio. La misma costa estéril y monótona; la misma vida a bordo: leer, dormir, comer y fastidiarse un poco. Aquí se embarca azúcar para Chile.

En la tarde hemos llegado al puerto de Salaverri. Tiene un muelle largo, al cual no atracamos, quedándonos algo afuera. El oleaje es fuerte. Cerca está Trujillo, la tercera o cuarta ciudad del Perú, siendo las otras Lima, Arequipa y Cuzco. A poca distancia de la costa se ven las ruinas de un templo al sol levantado por los incas. Por primera vez, se ven un valle fértil y cultivos de caña. A muchos otros puertos que tiene esta costa hemos dejado de arrimar, como Chiclayo, Pacasmayo, Chimbote, Casma, Huacho y otros. Mañana en la noche llegaremos a El Callao.

El Callao, julio 14. – Anoche a las once y media anclamos. Innumerables son los navíos, así como embarcaciones de vela que están en el puerto. Este es muy tranquilo y bien defendido. Los lobos del mar, parecidos a las toninas, juegan alrededor del barco; los alcatraces con sus grandes picos y sus guargüeros enormes, caen de rato en rato sobre la solas, y rara vez yerran el golpe, pues casi siempre salen tragándose algún pez. En las islas vecinas, desprovistas de vegetación, vuelan o se asientan miríadas de aves marinas que son las que con su estiércol forman el guano. El cielo está cubierto, hermoso y húmedo. Así dizque es siempre en esta estación. Pero desde cubierta se alcanzan a ver perfectamente las torres de Lima; de manera que esta capital, de situación excepcional y admirable, tiene las ventajas de puerto de mar, sin sus inconvenientes. Se va en veinte minutos por ferrocarril de vapor o por tranvía eléctrico. El muelle es de piedra y muy grande, pero el buque no arrima: dicen que es para darles

qué hacer a los boteros. En efecto, son incontables los botes que rodean al “Limari”, apenas se abre la comunicación con tierra, después de cinco horas en que el médico ha estado examinando pasajero por pasajero, vacunando y embromándonos a todos. Pero son razonables estas precauciones, en vista de las epidemias reinantes al sur, como la viruela, y al norte la bubónica y fiebre amarilla.

Lima, julio 14. – Lo primero, al llegar, fue ponerte un cable para avisarte que estoy más o menos bien. Algo de mala digestión. Después, la temperatura actual de esta ciudad es bastante desagradable: casi de continuo cae cernidillo (garúa, la llaman aquí, y “paramo”, nosotros) incómodo; el piso está mojado y el ambiente húmedo. No hace frío, pero no se siente uno muy bien. Es ridículo llevar paraguas pero la llovizna moja; se reirían de uno si llevara zapatones, pero el suelo está encharcado y lodoso; debería uno abrigarse, pero nadie lleva sobretodo; esto es invierno, puro y neto, pero es de mal tono mentar la palabra: el tiempo es de reumatismos y de irritabilidad nerviosa casi intolerable, pero esos son casos personales, no procedentes de una causa general: el clima o la estación. Con todo, mi impresión primera acerca de Lima es buena: reina un gran movimiento por las calles, donde hay tranvías, automóviles y coches, en constante actividad; los adoquinados –de asfalto comprimido– no pueden ser mejores. Todas las casas chatas y sin techo, eso sí, pues aunque se hagan goteras en “la torta” o azotea con las que las cubren, no se debe decir que llueve.

En los recortes incluso verás cómo se me ha recibido: el Ministerio de Relaciones Exteriores mandó a bordo a uno de sus Edecanes quien me trajo a tierra en una lancha especial, y especial fue también el vagón del ferrocarril en que vine; a la estación mandó el Gobierno un lujoso coche y aquí vi-

no un Edecán del Presidente a presentarme su saludo. Los clubes me han mandado sus tarjetas de socio transeúnte. He recibido muchas visitas.

Anoche estuve convidado a comer, por el Club Unión por el doctor Clímaco Gómez Valdés, Secretario que fue de la Convención de Rionegro, y por otros colombianos.

Tengo bonito apartamento en el hotel “Francia e Inglaterra”, esquina de la plaza principal, donde están la Catedral, el Palacio de Gobierno (antiguo de los Virreyes), el arzobispal y otros edificios. Poco o nada conozco de la ciudad todavía.

Adiós. Te abraza

Tu Rafael

Lima, julio 21 de 1905

Querida Tulia:

Hoy salgo para Chile. No he tenido un momento de descanso. Estoy bien de salud y eso que hice el viaje a La Oroya, que es someter el organismo a una dura prueba. Casi ciento cincuenta leguas en dos días, en ferrocarril y subiendo de un golpe de Lima, que apenas tiene ciento treinta y ocho metros sobre el nivel del mar, al túnel del monte Meiggs, que alcanza a cinco mil trescientos cincuenta y siete metros de altura, esto es, cinco mil doscientos diecinueve metros de diferencia. Acuérdate que Bogotá no tiene sino dos mil seiscientos cuarenta metros de altura. De manera que uno sube a algo más de doble altura de la que tiene nuestra capital, y eso en pocas horas.

Desde que el ferrocarril está en servicio, ha habido más de veinte casos de muertes repentinos en los trenes, solo por causa del enrarecimiento del aire y la falta de presión. Han debido ser enfermos del corazón. A muchos les da flujo de sangre por las narices, desbarate de vientre, dolor de cabeza y malestar horrible. Esto es lo que llaman "soroche". Yo, que soy tan robusto y estoy tan habituado a las montañas, no dejé de sentir tendencia al vértigo y en La Oroya no pude dormir. La línea corre en la altura por el mismo borde de nieve perpetua, que se acumula en la boca de los túneles. El agua de los tanques se suele congelar. Te incluyo vistas tomadas en el viaje. En una estoy de sobretodo y ruana, tomada justamente a la entrada del túnel del monte Meiggs; en otra, aparecen dos túneles seguidos; hay sesenta y ocho en toda la línea; el mayor tiene mil cuatrocientos metros. Conté ocho en una sola milla.

En fin, la excursión es interesantísima, aunque algo fatigosa. El país que la línea recorre es absolutamente estéril, yermo y rocalloso sin siquiera cactus, sin siquiera musgos. Los cinco pueblecitos del camino, Chosica, Matucana, San Mateo, Casapalca y Yauli, son miserables. La empresa da pérdida, y fuera mayor si no hubiera minas de cobre en Casapalca, Yauli y Cerro de Pasco. Pero nuestra tierra es incomparablemente superior, por su fertilidad y verdura y por la raza del pueblo que la trabaja.

Adiós. Que estén todos buenos. Te abraza,

Tu afectísimo, Rafael

Santiago, agosto 22 de 1905

Mi querida Tulia:

He pasado una semana apenas regular. Ha llovido bastante, pero desde ayer mejoró el tiempo, entrando decididamente la primavera. Con esto me sentiré muy bien, aunque no es el frío lo que me ha molestado. Lo que me mantiene abatido es la falta de cartas de ustedes. Es de entristecer a cualquiera. De un momento a otro me voy para la Argentina y entonces sí que no vuelvo a ver letra de la casa.

Si demoro el correo y tengo tiempo de complementar estas líneas, hoy agosto 23. Antenoche fui al banquete que el Ministro de Relaciones Exteriores dio al Cuerpo Diplomático. Después siguió una recepción a la cual concurrí lo mejor de la sociedad de Santiago, y así pude formar un primer juicio.

Buenas mozas no había muchas: la mejor era la esposa del mismo Ministro, Señor Edwards, que es Budge y Zañartu. Es alta, delgada, elegantísima con pecho y espalda llenos y blancos. El pie inverosímil para tan alta estatura. Dentadura completa y muy cuidada. El perfil sí no es perfecto. Vestía un admirable traje verdoso. Llevaba una especie de pectoral de “aguacates” de esmeralda, parecidos a los tuyos.

Mucha seriedad y poco “sprit”. Las señoras solas por el mayor tiempo, o paseándose por los corredores, en parejas con sus caballeros. Pero coros alegres como los que se forman en nuestras tertulias santafereñas, ni por asomos. No oí sonar una sola risa. Bastante estiramiento y mucha monotonía. Artistas italianos (un pianista Paoli, un barítono, Lucca, y un violonchelista, Giarda) amenizaron la fiesta. En Bogotá habrían sido artistas nacionales: Murillo, Alarcón, Umaña, Teresita Tanco, etc. Mi impresión es que Bogotá supera a

Santiago en gracia y cultura, así como en el cultivo de las bellas artes, música, pintura, etc.

Ya está, como dicen aquí. Adiós.

Rafael

Santiago, octubre 3 de 1905

Mi muy querida Tulia:

Anoche llegaron las cartas de 2 de mayo, atrasadísimas, pues antes habían llegado otras de fecha posterior. Sin embargo, su lectura me ha producido una impresión deliciosa: me parece haber visto mi casa por un ratito. Cuando Inesita me dice: “Tengo el gusto de contarle que mi mamá me debe cincuenta pesos y no me los quiere pagar; me debía \$54.00, pero ya le rebajé los \$ 4.00; los \$ 50.00 me los debía de una gallina y los \$ 4.00 de huevos; y sin embargo no me paga”; cuando Julián me cuenta: “El doctor Urueta, o mejor dicho, mi cuñado, me regaló un par de pantalones de él, pero me quedaron cortos y tuve que volvérselos a regalar”; cuando el Chato refiere cómo compró reloj en \$ 400.00 de ahorros sobre sus onces y \$ 200.00 que le dio el doctor Urueta; y Tulita dice las costuras que está haciendo; y en las demás cartas leo detalles de la vida íntima de la familia es como si a allá me trasladara y con ustedes estuviera.

Esa ingenua confianza y desenvoltura con que conversan conmigo por escrito, cual lo hicieran verbo a verbo, me encanta. Adivinan lo que verdaderamente debe ser el estilo epistolar: natural, sencillo, suelto. Lo que siempre es que los niños no se ejerciten más en él, escribiéndome cartas más largas y frecuentes. Sobre todo que me hablen de sus estudios y del modo como cumplen mis instrucciones y consejos.

Por mi parte, sigo muy festejado, especialmente por los militares y los diplomáticos: no hay ejercicio de tiro de campaña al cual no se me convide. En esta semana fui a tres: el del “Buín”, el del “Yungay” y el del regimiento de artillería “Tacna”, todos tres fuera de la ciudad, hacia el pie de la cordillera, a cinco leguas de distancia, saliendo por la mañana y

volviendo en la tarde. A la legación me mandan un caballo ensillado, con un Ayudante para acompañarme. A propósito, te contaré que ya sé montar caballos de trote (como allá lo hace Clement). Rinde más que ningún otro paso, no fatiga al caballo ni al jinete y resulta muy elegante. El paso castellano (peruano lo llaman aquí) les parece ridículo y afeminado, y creo que tienen razón (ahora que ya aprendí a trotar).

En dichos días he almorzado en los campamentos. Ya no hay jefe ni oficial chileno que no sea mi amigo personal. Muchos son los que saben de memoria trozos de los “Documentos militares”, del doctor Urueta Urueta. Dicen que les sabe a novela, y admiran el excelente castellano en que está escrito el libro.

Recientemente he concurrido a banquetes en las Legaciones de México y del Brasil, ofrecidos no a los Diplomáticos sino a los amigos personales. Gozo de grandes consideraciones entre mis colegas no obstante la vida retraída, de estudio y silencio que me gusta llevar.

Ya te contaré que una amiga mía, muy talentosa, Doña Amalia Brown de Wilson, en cuya casa como todos los lunes, dice que en las fotografías de grupos en que figuro, he puesto la cara triste, nada más que para que al mandártelos, te imagines que esa tristeza se debe a verme separado de tí. Pero la verdad es esa: yo no tendré vida, salud y alegría sino el día, por mí ansiosamente esperado, en que vuelva a mi casa, bien que entonces faltarán de ella nuestros hijitos Julián y Carlos. Todo mundo me pregunta si ya vienen de viaje. La carta que sobre eso escribí al General Korner y que te incluyo, me ha granjeado el cariño de todos los chilenos, quienes no se cansan de alabarla y agradecerla. Los muchachos vienen, pues, bajo los mejores auspicios. Tendrán todas mis relaciones, que son escogidas, y no solo se harán hombres, sino caba-

llos cortesanos, por los modales y trato que adquirirán en la buena sociedad.

Ellos deben venirse a mediados o fines de diciembre para estar aquí a mediados o fines de enero, pues la Escuela solo se abre el 1° de marzo. Llegarán en la fuerza del verano y tendrán tiempo de aclimatarse en otoño para pasar el primer invierno, que es en la mitad del año. Yo haré viaje del Brasil a Chile (ocho días por la Cordillera) a recibirlos y establecerlos. Te mandarán su primer retrato vestidos de uniforme. De las maniobras (ocho días a caballo) volveré bueno. Cariñosas memorias para todos.

Tu Rafael

Santiago, octubre 20 de 1905

Querida Tulia:

Apenas alcanzo a acusarte recibo de tu buena cartita de 17 de agosto, la única algo extensa que me hayas escrito, cuando yo no ceso de borrar y más cuartillas para tí. ¡Gitana ingrata! Me agradan los buenos informes que me das de todos los de la casa, menos del doctor Urueta, quien ha estado padeciendo fiebres. Házle formar sobre las comidas, en vez de café, aguas aromáticas o amargas. También me complace la seguridad que me das de que habrá siempre concordia entre él y tú. Como de las suegras se ha dicho tanto mal, es preciso que constituyas la excepción.

Cuánto me alegra saber que algo se han divertido en conciertos, cuadrillas y otras fiestas, que en tu carta están muy bien descritas. Soy feliz con el papel, cada vez más interesante, que le está tocando desempeñar a Adelaida. Que no se envanezca: sea siempre humilde, modesta, afable con todos, complaciente y sencilla, que eso la realzará más a los ojos de todo el mundo.

Yo acabo de venir del matrimonio de la señorita Edwards, hermana del Ministro de Relaciones Exteriores. Se verificó en la capilla del Palacio Arzobispal, que está situada en la Plaza principal, al lado de la Catedral. Ofició el Ilmo. Sr. Casanoca. La concurrencia —flor de la sociedad de Santiago— no bajó de mil personas. Luego habrá una fiesta en casa de la madre. Las solteras llevan un velo blanco de crespón en la cabeza y las casadas uno negro. Los hombres van de levita, corbata de color y guantes blancos o claros. La novia estaba espléndidamente vestida. En la misa cantaron Bravi y de Lucca,

artistas de la Opera. Ya acabaré de contarte. Por hoy, adiós,
con un beso y un abrazo de

Tu Rafael

Santiago, octubre 26 de 1905

Querida Tulia:

Varios amigos vinieron a saludarme el 24, día de San Rafael. Pero nada reemplaza los agasajos de la familia en tal fecha. Así es que me sentí solo y me dolió más la ausencia. ¿Se acordaron ustedes de su viejo?

Yo sé que no los olvido un instante. Por ahí tengo listos unos mantos chilenos, para mandarlos a Panamá por el primer conducto seguro, y que de ahí los remitan a Barranquilla y luego a Bogotá. Por el anterior correo les mandé unos mitones.

Al relatar el matrimonio de la señorita Edwards, olvidé decirte que la costumbre aquí imperante es la de que nadie tiene, no diré el deber, pero ni el “derecho” de enviarle regalos a la novia, salvo los miembros de la familia y sus íntimos. Lo mismo en los cumpleaños. Creo esto de mucho mejor gusto que el sistema bogotano, que tan onerosas hace las relaciones sociales, dándoles un aspecto interesado que no puede ser más antiestético, por no decir otra cosa.

No hay señora, por encopetada que sea, que se abstenga de ir a platea en los teatros, lo que les da a éstos un viso muy pintoresco. Eso sí, todas dejan sus sombreros y abrigos en el guardarropa de la entrada, donde nunca se confunden merced a los números que les dan. Los sombreros estorbarían a los espectadores de atrás.

Adiós, judía.

Tu Rafael

Santiago, noviembre 2 de 1905

Mi querida Tulia:

Esta será la última carta que te escriba de este país, pues la semana entrante marcharé a la Argentina. Volveré por pocos días en febrero a recibir e instalar a los muchachos; hecho esto regresaré al Brasil.

Ayer estuve en los cementerios. No hay familia rica o pobre que en tal día y en el de hoy no vaya a visitar las tumbas de sus muertos. Este culto a la memoria de los que se fueron es un evidente signo de civilización. Aquello era más que una romería, una procesión enorme: no bastan los coches y carros de los tranvías para movilizar la multitud. Hay que señalar calles para la vida y la vuelta y puertas de entrada y de salida, para poner algún orden en la muchedumbre. En los dos días no habrán visitado los cementerios menos de ciento cincuenta mil personas, la mitad de la población de Santiago; tampoco rebajan de sesenta mil las coronas. Los cementerios son dos: el general, que es el del municipio, y el antiguo Cementerio Católico. El primero tiene una milla de largo por seiscientos metros de ancho. Está poblado de ricos mausoleos, muchos de arte exquisito, otros monumentales, otros raros; los hay que han costado cincuenta mil pesos oro. En el Cementerio Católico, los locales de las familias ricas están dispuestos en formas de capillitas, cerrados, bajo cubierta o techo. En ambos, las tumbas estaban adornadas con flores y coronas, con gran gusto. De tanto perfume de flor yo salí con dolor de cabeza: calcula cómo sería.

Llevé coronas a las tumbas de los colombianos Carlos Sáenz Echeverría y Juan Coronel. Estuve acordándome de que hace diez años yo perdí a mi padre, y ya que yo no pudiera sino consagrarle un recuerdo desde aquí, me consolé

pensando en que mi Tulia, que es tan buena y de tanto corazón, mandaría una corona a la tumba del buen viejo que mucho la quiso. Te abrazo

Tu Rafael

Buenos Aires, noviembre 27 de 1905

Mi bien querida Tulia:

Pasado mañana cumples años, y me entristece no estar allá para festejarte. Que sepas al menos que me acordé de tu día, y que te los deseo muy largo y muy felices para dicha mía y de nuestros hijitos.

No poca melancolía me ha producido la noticia de los amores de Adelaida con el joven Castro. Es otra hija que se nos va, y un paso más que adelantamos en la vida. Muy simpático ha de ser el joven, y muy inteligente, puesto que a tiro de ballesta se trasluce que ha comenzado por ganarse a la futura suegra. Se necesita que formalice un poco más sus pretensiones y que se cuente con el asentimiento de los padres de él. Oculta tu predilección, si la tienes, y cumple tus deberes de madre con toda exactitud. Yo no formulo la menor oposición. Defiero al juicio del doctor Urueta en cuanto a las calamidades del joven. Pero se necesita gran prudencia en tratándose de asunto tan serio.

Estoy bien de salud, no obstante el fuerte color que aquí comienza a hacer. En Petrópolis el clima es más fresco. No olvides a tu viejo.

Rafael

Petrópolis, enero 21 de 1906

Mi querida Luisita:

Sí, mi señora: muy lindo ha debido ser el ajuar que le preparó a su chiquitín, como desde que estaba de novia, su vocación de madre era tal que ya aprendía a hacer chapincitos para niño. Usted, sus mamás Adelaida, Amelia y Tulia, Lila y hasta Tulita e Inesita, todas trabajando, han debido amontonar pañales, colchitas, gorritos, camisitas, pantuflitas, funditas de almohada, sabanitas, saquitos de lana, etc., como para esperar no un niño sino seis. Le recuerdo lo que le dije desde Chile: santifique por la caridad la cuna del fruto de su amor; averigüe por alguna madre pobre y mándele para su recién nacido algunas de las cosas que le sobre al suyo y al otro le faltarán. No soy hombre de agüeros, pero sí creo que eso apartaría peligros sobre su hijito; sería un “portebonheur”...

Fue su marido a Antioquia, volvió y nada le sucedió. Menester es que no le exija que a toda hora esté a su lado. Las mujeres inteligentes hasta procuran apartarlos, para que les vuelvan más amantes.

Rafael

Petrópolis, febrero 21 de 1906

Querida Tulia:

Desde las cuatro estoy en pie porque el tren para Río sale, temprano y voy a las exequias por las víctimas del “Arquidaban”. Volveré en la tarde.

Anoche estuve en un banquete en casa del Barón de Río-Branco. Él es viudo y tiene hijas casadas y una soltera, Hortensia, muy hermosa e inteligente. Se tiñe de rubio el cabello y se deja las cejas negras, y como son grandísimas le dan a la cara cierto aire de dureza, que en realidad no tiene. Tiene nariz y ojos admirables, es muy elegante y monta a caballo muy bien. Como casi todas las brasileras, habla tres o cuatro lenguas, fuera de la suya: francés, inglés, alemán y castellano. Todavía era tiempo de que aprendieras. En todo caso, las muchachas no deben limitarse a leerlo y traducirlo, sino hablarlo corrientemente, y entrarle duro al inglés.

Hortensia Río-Branco tocó piano y armonio. El piano no se lo entendí. Sólo música alemana clásica. Luisa y Lila deben dejarse de valsos, y arremeter con lo clásico. Sin perjuicio de cultivar nuestra música nacional, especialmente los pasillos, que por acá gustan mucho, siempre que se les sepa dar el compás.

Adiós. Te abraza y besa

Tu Rafael

Buenos Aires, marzo 18 de 1906

Mi querida Tulia:

Desembarqué ayer a las nueve de la mañana. El tren de Chile se había ido una hora antes. A no haber sido por una demora en Santos, habríamos llegado desde anteayer por la tarde y estaría esta noche en Santiago. Sigo mañana lunes por el tren de la mañana y después de cuarenta horas estaré en la capital chilena. Aún no sé si los muchachos llegaron ya. Telegrafíe a la legación desde ayer temprano pero no he obtenido respuesta.

Esta vez me fue muy bien a bordo. Solo ligeras tentativas de mareo, pero en vez de recluírme en mi camarote tuve energía para subirme a cubierta, y a la brisa me despejó la cabeza y me tranquilizó el estómago. También el mar estuvo excepcionalmente sereno y el viaje resultó muy feliz. Ingerí metódicamente mis tres comidas inglesas diarias y vengo de muy buen talante, al decir de mis amigas y amigos.

A bordo se llevó vida animada y alegre. Una buena orquesta amenizaba las comidas; se bailaba hasta tarde de la noche, se organizaban conciertos –bastante medianos– entre los pasajeros y se realizaban muchos juegos físicos de los que son posibles a bordo, fuera de ajedrez y cartas. En fin, se procuraba matar el tiempo. Por mi parte, la pasé leyendo y paseándome, pues me gusta poco hacer relaciones efímeras con gentes desconocidas. El capitán del “Thames” resultó ser Mr. Rudge, a quien hace años conocí en Barranquilla y quien me trató muy bien.

Las señoras y muchachas argentinas, uruguayas, inglesas que venían, se mostraban muy complacientes: tocaban al piano, cantaban regularmente y contribuían de otros mo-

dos a distraer a sus compañeros de navegación. Casi todas hablaban tres o cuatro lenguas.

La demora en Santos procedió del embarque de una partida de emigrantes venidos allí por otro vapor. Mal organizado el servicio, los tuvieron en el muelle varias horas mientras llamaban a lista y expedían a cada cual su pasaje, y eran como quinientos. Vi a una pobre madre con un niño en brazos y otros dos muy chicos, permanecer allí tres horas al rayo del sol, aguardando su turno. El "Thames" carece de condiciones como transporte de emigrantes. Amontonaron a esos infelices a proa y a popa, de la manera más incómoda. El espectáculo que esa aglomeración presentaba era lastimoso: hombres, mujeres, madre, muchachas, niños, viejos, todos en repugnante desorden y promiscuidad. He visto buques cargados de novillos para llevar a Europa, cada uno en su compartimento, con agua y forraje, y me pareció que esos animales disfrutaban de más confort que este triste ganado humano de la emigración. Eran españoles, italianos, rusos, huyendo del hambre, de la guerra y de la servidumbre. En las anchas pampas argentinas encontrarán trabajo bien remunerado, pan, libertad y muchos un pedazo de tierra y una casita, que pagarán lentamente en varios años con descanso y facilidades. Viendo ese conjunto de derrotados de la suerte en Europa, pensaba que más de uno de ellos, al cambiar de teatro, está destinado a la riqueza, tal vez a ser millonario. De esos casos hay muchos en Argentina.

Di una limosna a la pobre madre rusa, siempre cargando a su hijito de pecho y rodeada de los más grandecitos, todos de cabezas rubias. De noche dormían a su lado en un jergón. Quizá en este país tenga su marido, quizá sea viuda y por un acto de desesperación o de heroísmo haya resuelto cambiar la patria, para que cuando sus hijos crezcan tengan una que

puedan llamar suya. Contemplando este cuadro doloroso es como uno se persuade de la evidencia de uno de los insospechados aspectos de la miseria humana.

Y basta por hoy. De Santiago volveré a escribirte

Tu Rafael

Santiago, abril 12 de 1906

Mi querida Tulia:

Bueno, pues, ya están aquí los muchachos. Pero les dieron fiebres en Tuluá! –Siempre llegaron– Sí, pero los metieron a la cuarentena en El Callao! –Sin embargo, llegaron!–Pudieron haber naufragado! Y el mundo se pudo acabar. Si así se razonara, ninguna resolución se tomaría jamás porque todas envuelven riesgos, y el hombre se quedaría en su cama, donde también por inacción lo tomarían las enfermedades y la muerte.

Hoy madrugaron a darme el saludo de cumpleaños. Ninguna cuelga mejor podías haberme dado, como ésta de permitirme estar hoy con mis chinos. “¡Que los tenga muy felices!” me han dicho ellos, y realmente estoy feliz, lleno de algo más que de esperanzas, de una positiva seguridad por su porvenir, debido a mi resolución de traerlos a formarse en Chile.

El domingo 22 ya saldrán vestidos de uniforme. El 25 regresaré al Brasil y no volveré a verlos sino en noviembre o diciembre. Entonces los haré retratar y verás qué diferencia de estatura y de fuerza. Pero lo que no podrás ver serán los progresos intelectuales y del carácter.

Continúo ésta hoy 15 de Abril. He pasado estos tres días dichoso. Les he mostrado todo lo mostrable en Santiago: Parque Cousiño, Parque Forestal, Quinta Normal, Iglesia del Salvador, Catedral, Cerro de Santa Lucía, Alameda, etc. Faltan solamente los cementerios, fábricas de gas y energía eléctrica, provisión de aguas, etc. He comenzado a relacionarlos en casa del General Korner, Doña Rosario Muntt, Zuluaga, Murillo y otras partes. Ayer pasaron todo el día en el fundo de “Macul” viendo la vendimia, pensar alfal-

fa, ordeñar. Desayunaron con uvas, montaron a caballo, se bañaron, conocieron venados. Estuvieron, pues, contentos. Hoy los llevaré a algunas familias, y esta noche a las nueve, otra vez a la Escuela Militar, ya definitivamente. Me aguardaré otra semana para ver cómo les va y en la otra cruzaré la Cordillera, la Pampa y el mar, y me pondré en Petrópolis a principios de mayo, después de visitar el Uruguay.

A propósito: para Bogotá va como Encargado de Negocios el señor Rodríguez Mendoza, recientemente casado en Petrópolis con la hija de un amigo mío, el señor Basáñez, Cónsul del Uruguay, por cierto muy hermosa y buena. Visítenlos, háganse amigos de ellos recomendando también a nuestros relacionados para que les formen una buena atmósfera, Rodríguez Mendoza es escritor. Encarezco al doctor Urueta que insinúe a los periodistas liberales para que lo atiendan y rodeen.

Estoy profundamente apenado con la muerte de Don Santiago Samper, que el doctor Roberto Ancizar me refirió en Buenos Aires. Si hubiera tenido el honor de conocer a la señora de Samper, nada menos que hija de Don Pedro Fernández Madrid, uno de los grandes patricios de los buenos tiempos de la República, no vacilaría en escribirle para manifestarle mi dolor por la desaparición del excelente caballero que fue su marido, difícilmente reemplazable en la sociedad colombiana como ejemplo de toda clase de virtudes. Estimo su pérdida como una de las mayores desgracias que podían sobrevenirle en estos momentos a nuestra atribulada patria. Supongo que visitarías a la señora viuda o, siquiera, le enviarías tu tarjeta de pésame. Te ruego que vayas y le hagas una nueva visita en mi nombre y le pongas de presente todo lo que llevo dicho; y cómo desde estas lejanas tierras me conduelo con ella y con sus hijos del infortunio que los acongoja.

El Chato produce aquí la misma impresión de simpatía que allá y en todas partes. Doña Rosario Muntt apenas lo vio le acarició la cara y le dio un beso. El Chato se promete que eso no se repetirá cuando ya esté vestido de uniforme y con su yatagán al cinto.

Ayer domingo almorzaron los muchachos en casa de J. M. Zuluaga y comieron en la de Doña Rosario Muntt. En la tarde fueron al Hipódromo y presenciaron las carreras de caballo. Anoche a las nueve los conduje de nuevo a la Escuela Militar. Muy triste encuentro mi departamento sin ellos, y muy sin atractivos mi vida, después de haberme acostumbrado a la compañía de mis chinitos en estos días. Me iré, pues, en la otra semana para el Brasil, dejándolos aquí, pero consolado con la seguridad de que aquí van a querérmelos mucho y de que van a aprovechar su tiempo.

Ayer fue el cumpleaños de Lila. Por toda cuelga solo puedo mandarle mi bendición, con todo amor y ternura. Ruego otra vez a mi dulce hijita que se ponga en mi lugar y me compadezca en mis congojas y no me cause el infinito dolor de despreciar mis consejos, tan bien inspirados. Los abraza a todos,

Tu Rafael

Santiago, abril 27 de 1906

Mi querida Tulia:

Ha de ser en este mes de mayo, no recuerdo con precisión el día, cuando se cumple el segundo aniversario de la muerte de Don Eustacio de la Torre. Llegará tarde esta carta, pero, además de la corona que tú habrás enviado, ordenarás que se haga otra, lo más hermosa posible, y la enviarás al Cementerio o irás tú misma a colocarla fijándole previamente la tarjeta que incluyo. Si Don Ricardo está en Bogotá, le harás una visita en mi nombre. En mí es perdurable el cariño para quienes me han hecho bien. La gratitud es para mí una religión.

—Hoy, abril 28, fui a “Macul” a ver al Chato y traérmelo si ya estaba bien repuesto. Es prodigioso el efecto que le hicieron estos seis días de campo: lo encontré de buen color, robusto y contento. Qué alegría tan grande tuve viendo otra vez a mi muchachito en tan buena salud! Esta reposición tan rápida demuestra que el paludismo era de invasión muy reciente y que no había logrado afectar ningún órgano, pues el bazo está otra vez reducido a su volumen ordinario. El Chato ha pasado toda la semana a caballo. Está feliz porque ya sabe trotar a la inglesa, y efectivamente lo hace muy bien. Lo traje conmigo esta tarde, y vengo de dejarlo en la Escuela Militar, de donde saldrá mañana domingo, ya uniformado aunque le “arrastre el yatagán”, como él dice en la carta que te escribió en “Macul”.

—Abril 30— A las nueve de la mañana estuve en la Escuela a venirme con los muchachos. Si vieras cómo les sienta el uniforme! Sobre todo, el Chato queda hecho una monada. Todo el mundo se sonríe al verlo pasar por la calle. El Chato hace como que se enoja porque no lo toman suficientemente a lo serio. “Es intolerable, dice, esto de pensar que me crean

militar de chanza”. Algo se contienen viéndolo tan serio, y no lo besan pero siempre le acarician la cara. Julián parece más alto con el dolmán; al robustecerse quedará muy elegante. Allá los verás por el retrato que tomaron.

Vengo de dejarlos en la Escuela. No sé si me resuelva a que vayan a la Estación a despedirme. Si tengo valor, los haré ir. Habían vuelto a ocupar un lugar tan grande en mi corazón! Sólo en ellos he pensado, con ellos he soñado, han sido toda mi vida de un mes y ahora irme y dejarlos. Pero cómo los van a querer! Solos no quedan: hay interés grande por ellos y son muchas las cosas distinguidas cuyas puertas encuentran abiertas. Estuvieron muy bien en el almuerzo del Señor Arzobispo, quien los trató con cariño y benevolencia. Fue un almuerzo sencillo, de confianza y por eso mismo más honroso para mí. Asistió el Comandante Barceló, Director de la Escuela Militar. Las frutas deliciosas que se sirvieron fueron todas del huerto que con sus propias manos cultiva el Señor Arzobispo en su “Quinta de Bellavista”, donde fue el almuerzo y donde él vive. Al Palacio Arzobispal solo viene para el despacho del medio día.

Fui a acompañarlos hasta la Escuela, abrazándolos como si no volviera a verlos hasta diciembre, pero diciéndoles que mañana volvería. Acabo de regresar a pie –treinta cuerdas– bastante triste por esta separación.

Escribanles a todas aquellas personas cuyos nombres ustedes ya conocen, agradeciéndoles las atenciones que han tenido con nuestros hijos. Esto es más que si nos las prodigan a nosotros mismos.

En Río espero encontrar muchas cartas de ustedes con noticias especialmente de Adelaida y de la princesita, mi nueva Luisita, de quien mi pensamiento no se aparta. Bésala, bendícela en mi nombre y en el tuyo, y ejerce por los dos el

abuelazgo. Hasta Buenos Aires y Petrópolis, de donde volveré a escribir. Abrazos a todos. Te besa

Tu Rafael

Patrópolis, mayo 20 de 1906

Mi bien querida SixtaTulia:

En tu carta de febrero me hiciste alusión al cumplimiento de nuestros veinte años de matrimonio. Yo sí me acordé para bendecir la hora en que recíprocamente nos elegimos y nos unimos por amor, por un amor cuya llama apacible ha iluminado nuestro camino y que dura y durará mientras los dos seamos de este mundo.

Estos veinte años han pasado como un día: me parece que fue ayer cuando nos desposamos y nos fuimos a pasar nuestra luna de miel a San Cristóbal. Hemos sido felices! Cuánto más dichosa nuestra suerte de la de tantos hogares que se formaron al mismo tiempo que el nuestro, o después, y que hemos visto desbaratarse por el desamor o por la desgracia o por el vicio o por la muerte. Las tempestades políticas o las necesidades del trabajo han solido separarnos, como ahora, e interrumpir nuestra dicha; pero ella no se ha alterado en cuanto de nosotros mismos y de nuestra constancia ha dependido.

Hoy vamos viéndonos rodeados de familia robusta, simpática y virtuosa. Todos nuestros hijos viven y son nuestra alegría. Dos más hemos adquirido: el doctor Urueta, a quien queremos al igual de los otros seis, y a nuestra dulce nietecita, en quien vemos prolongarse nuestra descendencia, que es una manera de hacernos inmortales. Esto, cuando todavía tú y yo nos sentimos jóvenes y fuertes, como para volver a casarnos, por supuesto el uno con la otra, dando por borrados veinte años de vida. Bendigamos a quien nos la dio y pidámosle que nos la prolongue sin quitarnos a ninguno de los que son nuestra honra y alegría, a ninguno de los que nos están ligados por vínculos de sangre o de cariño.

Adiós. Caricias a nuestras hijas y a nuestra adorada nietecita. Te abraza y besa,

Tu Rafael

Petrópolis, junio 9 de 1906

Mi bien querida Tulia:

Contesto tus cartitas de 2 y 13 de abril agradeciendo tus votos para que nos reunamos este año. Ese es también mi deseo, aunque por tener que asistir a la Conferencia Panamericana, que dura hasta fines de septiembre, y por no andar gran cosa los asuntos de los cuales estoy aquí encargado, bien podría suceder que se acabara el año sin yo haber podido regresar.

Lo que nada me impedirá será ir en noviembre a ver a nuestros muchachitos, seguro de encontrarlos transformados por el régimen de la Escuela Militar y por la acción del clima y de la disciplina. Habrás recibido sus retratos, uniformados de cadetes. Tomaron dos ejemplares: en ambos salió, como siempre, primoroso el Chato, pero en el que Julián está sentado se ve éste mejor, todo un buen mozo. Yo tengo la fotografía sobre mi escritorio, junto con las de toda mi familia. Son a un tiempo mi consuelo y mi tristeza. Ellos me escriben quejándose de que en cuatro meses de ausencia no habían recibido una sola carta. Eso es una crueldad, pues ha llegado la hora de intensificar el cultivo de sus afectos familiares. Además, ellos necesitan todo su valor para acometer la ruda tarea de hacerse hombres; si cada correo los desalienta y acobarda, si se les hace sentir más su soledad en país extranjero, hasta podrían enfermar de nostalgia. Háblenles de la casa, de la familia, de que en ellos se piensa constantemente, de que se espera desde ahora su regreso como la mayor alegría; de que, por consiguiente, deben estudiar con provecho para abreviar el tiempo de su separación; díganles cosas sobre la vida íntima de la casa, de los amigos, crónica de Bogotá; mándenles postales colombianas, baratijas, especialmente

en los cumpleaños de ellos. En fin, hay que ponerle un poco de gracia al cariño, sin lamentaciones que a nada conducen como no sea a llenar de melancolía a esas dos almitas sensibles, que lo que necesitan es voces de aliento, de estímulo.

Estoy literalmente encantado con lo que me dices de nuestra nietecita. Desesperado vivo por no conocerla. Cuando vaya la encontraré grandísima y habré perdido un año de sus gracias. aguardo su retrato y el de la madre quien, según noticias, está “formossima”.

Adiós. Recibe abrazos y besos de

Tu Rafael

Petrópolis, junio 23 1906

Mi querida Tulia:

Dos cartas recibí de todos los de la casa, por este correo, pero de ti solo una, o porque estabas ocupada en el arreglo de la nueva casa, dicen unos, o porque estabas brava conmigo pero no haberte escrito. Si lo último fue, hazte cargo de que no siempre tengo tiempo: soy uno para contestar a todos uds. y no una miserable página, de uds. no pasan, sino varias; tengo allá, fuera de mi correspondencia oficial, muchos otros a quien dirigirme, y amigos en este continente y en Europa. Por añadidura, mis trabajos para la prensa y mis deberes sociales. Uds. si que son los que, relativamente tienen poco que hacer, y les sobra tiempo para escribir largas cartas. ¿Pero no han cometido la iniquidad de dejar sin ellas cuatro meses a los niños, y la primera que recibieron fue sólo del Dr. Urueta, y ninguna de los demás? Ellos están profundamente heridos y sorprendidos por semejante conducta, a la que yo no le hallo tampoco explicación. Tanto quejarse de su separación, tanto lloriqueo, tanta lamentación, y después no ser nadie capaz de consolar a los pobrecitos escribiéndoles. No me vuelvan con sentimentalismos. Uds. no tienen corazón sino para la charla. “A mi no me llama nada la atención, dices, estando separado de ti y de mis adorados muchachitos”. Y entonces ¿cómo dejaste pasar los correos sin dirigirles una línea? Amelia, que tanto dice quererlos ¿por qué tampoco les escribió? No me vuelvan con pamplinas. Y si a mí se me estima tanto ¿cómo no se respeta mi autoridad de Jefe de familia, cómo no se me guardan los fueros que me corresponden, no usurpando mis (faltan págs. 2 y 3 en el archivo de las originales)

de que es de los felices de la vida, pero en el momento también surge la idea de las obligaciones que eso impone; Qué distancia entre la suerte de estos hijos de los emigrantes, y la de los míos por ejemplo! No obstante —excepto Julián y Carlos, que comprenden sus deberes y los cumplen— los demás no se dan cuenta precisa del buen lote que les ha cabido en la existencia; ni lo agradecen lo bastante al Ser Supremo y a sus padres, a quienes en mucha parte deben la buena raza a que pertenecen, la robustez y belleza física, la salud de que gozan, la buena conformación moral y mental, la educación que han recibido y las cualidades de que siempre se ha procurado rodearlos. Esa gratitud debería manifestarse de dos maneras: en primer lugar, dándose cuenta de que están entre los privilegiados de la suerte, puesto que tantísimos otros millones de seres humanos no han obtenido la centésima parte del lote de dicha que a mis hijas ha tocado; por tanto, vivir contentos, en vez de manifestarse quejosos y de estar lamentándose de no ser o tener más; y en segundo lugar, tender continuamente al perfeccionamiento en la virtud, en la pureza de las costumbres, en la adquisición de conocimientos, en el buen empleo del tiempo y en la caridad para con el prójimo. Los tres puntos flacos que encuentro en ti y en mis hijas son esos: la falta de obediencia, de espíritu de orden, de actividad y de economía; la carencia de un empeño constante de instruirse y ser cada día algo más y algo mejor que el anterior; y que no tienen caridad. Por eso no entiendo únicamente, que las más de las veces dejan ir sin una limosna al pordiosero que toca a la puerta, cuando no lo despiden ásperamente, por pereza de bajar las escaleras, o de buscar una moneda o una pastilla de chocolate o un pan, ni entiendo tampoco el irse por las calles sin prevenir moneda menuda para dar a los pobres con quienes tropiezan; ni entiendo

tampoco el haber abandonado la costumbre que de niñas les enseñé: hacer con su propia mano “el plato del pobre”, al almorzar y al comer. No se acuerdan de la palabra de Cristo: “Nunca faltarán pobres entre nosotros, y con ellos estaré”; de suerte que una familia debe considerar que alrededor de su mesa se sienta uno más de los que están, que ese es un pobre, y que ese es Cristo; falta saber si, una vez sabido eso, se dejaría sin servicio a semejante convidado. Pero lo que entiendo por caridad es el amor del prójimo, que nos obliga a no murmurar de él, a no decir y a no querer escuchar mal de él, a perdonar con facilidad sus ofensas, y a esforzarse por hacerle bien en la medida de nuestros posibles. Uds. son muy inclinadas “a la crítica”, como es un género tan sencillo de conversación, es el que prefieren, en lugar de decir bien de los otros, o si eso no se puede, callar, y no admitir conversación en que se ridiculice, injurie o calumnie a los demás; Uds. son excesivamente “susceptibles”, o mejor dicho rencorosas; no perdonan a quien las ha ofendido, en lugar de poner empeño en demostrarle —cultivando sus relaciones y siendo amable— que uno es mejor de lo que él ha dicho o creído. Uds. tienen muchísimo tiempo desocupado: ¿por qué no lo emplean en cosas para los pobres? Por qué no averiguan por algunas de tantísimas familias decentes que viven en la miseria, muchas de ellas amigos o copartidarios, para ir a visitarlas, a llevarles algún socorro, una buena palabra, a ayudarles a buscar trabajo? Uds. no visitan sino las casas de los ricos, y aun para eso gastan pereza. Ignoran todo lo que un pobre agradece, no tanto un auxilio material, como una atención que le demuestre que no se le olvida en su desgracia.

Pero dirán: ¿de dónde le sale al viejo estas cosas? Por qué amaneció una mañana en Buenosaires con vena de escribir un sermón medio místico, medio iluminado? De la contem-

plación de las miserias de los emigrantes europeos. Además, yo siempre creí en la necesidad absoluta de que los ricos y los favorecidos de la suerte están de hacerse perdonar su dicha favoreciendo y amando a sus semejantes, especialmente a los menesterosos. Mi única superstición es la de pensar que uno se torna propicios los hados haciendo bien al prójimo. No es por el cálculo egoísta de obtener el ciento por uno que permite el Evangelio como cosecha a los que depositan la semilla de la limosna; es con la intención de que el bien hecho al prójimo me sea devuelto en prolongación de la vida, de la salud, de la dicha y de la alegría mías y de los míos.

Por eso, desde ahora, y más aún cuando regrese a Colombia, dividiré por mitad mi tiempo: la una para cuidar de mis propios intereses; la otra para trabajar en redimir al pueblo colombiano de algunos de sus dolores. Jamás volveré a ocuparme de frases: toda mi vida se dedicará a los hechos. Verbigracia: tengo escrito ya un “Catecismo antipalúdico” con el cual pienso contribuir eficazmente a combatir la plaga del paludismo que acosa a los habitantes de nuestro país; primero organizar una “Liga nacional contra el alcoholismo y las enfermedades contagiosas” (tisis, sífilis, fiebre amarilla, lepra, etc.), dictando donde pueda conferencias sobre el particular, me volveré constructor de caminos, trabajaré por la mejora de la agricultura y de la ganadería; y en suma, daré a mi espíritu una nueva orientación, sin conexiones con la política. Todo, simplemente, porque no me inmovilizo jamás en un solo mundo de pensar y obrar; en una palabra, porque soy progresista y porque, como mi padre, q.e.p.d. aborrezco todas las clases y formas de la ociosidad, serán la inacción física hasta la mental. Porque cambio siempre, yendo en busca constante de lo nuevo y de lo mejor, parezco extraño a muchos. Pero si lo que hago y tengo conciencia de

para dónde voy. Pero necesito que mi familia me ayude; los que la componen: hombres y mujeres, sin mis naturales y obligados colaboradores, y por eso exijo que se instruyan, que se hagan querer, que busquen asiduamente simpatías y se rodeen del prestigio de las buenas obras.

Amén. Abrazo a todos. Besa en mi nombre a nuestra nietecita. Ponte a aprender a escribirles buenas cartas a Julian y Chato, sin atormentarles y cansarlos con la eterna muletilla de que “hacen mucha falta”. Sobre esto te hice otra plática desde Petrópolis.

¡Cómo estaré bien de salud que en menos de una hora he redactado estas siete cuartillas de homilía!

Tu Rafael

Incluyo un “meme” del “Thanes” y un programa musical. A bordo hay imprenta. Verás que no se come mal.

Río de Janeiro, julio 28 de 1906

Mi querida Tulia:

Contesto tus cartas de 25 de mayo, 1° y 7 de junio.

Feliz he estado con la visita de mi nieta. Es el adorno de mi escritorio. Si allá no tiene ella en la casa ningún rival, aquí ha hecho pasar todos los demás retratos a segundo plano. ¡Qué preciosidad de muchacha! ¡Cómo te envidio el haber estado y seguir con ella! Eso basta para hacer feliz a cualquiera. Me figuro cómo irán a gozar los muchachos con el retrato de su sobrina. Es que toda ella es un prodigio de gracia.

¿Y la madre? Señora mía, qué esplendidez de mujer! No hay en esa cara un solo rasgo que no sea supremamente distinguido. Con semejante hija y semejante nieta es como se acredita una raza. Y como los demás, hembras y machos, no son menos, podemos, una vez más, enorgullecernos de tener “una familia muy lucida”, como tanto te agrada que te digan.

Tu Rafael

Para lista Tulei.

79/

Para a casa de Tulei - Tiguera.

Verdade é
oriente de mi
deparamento
e occidente, va
quenda, tiene
cuato.





O Cardinal. Arcebispo do Rio de Janeiro

Felizes festas e com
anno rico bençãos

Tubia: Te mando esa tarjeta en que
su Eminencia el Cardenal - Arzobispo
de Rio de Janeiro tiene la bondad de
desearme un año rico en bendiciones,
porque, naturalmente, ellas te alcanzan,
junto con todos los de la familia, y para
que seas que un Principe de la Iglesia me
favorece con su amistad. Luego no será
tan pereje como allá creen.

143

Tu Rafael -

Rio, Enero 4 - 1907.

Río de Janeiro, sep. 16 -1906

Mi querida Tulia:

Tengo cierto reato de conciencia, si tu no has cumplido el deber de escribir a José Ma. Zuluaga y a su Sra. Dña. Rosa Valdés, para darles las gracias por tantas atenciones y servicios como les prestan a nuestros muchachos. En su casa almuerzan y comen todos los domingos, y ahora que, con motivo del terremoto, el edificio de la Escuela Militar no estaba seguro, les arreglan su alojamiento en su casa y los trataban como a hijos. Si esto no merece agradecimiento, no sé que lo merecerá en el mundo.

De vez en cuando leo los periódicos de Bogotá. Es tan mala esa prensa, que da pereza recorretela. Pero ayer revisé un No. de "El Porvenir" y en él hallé noticia de la muerte de tres amigos míos: D. Gerónimo Argáez, Francisco Nuñez U., y la madre de Carlos José Espinosa. Mando las tarjetas de pésame. A todos Uds. les agradecería que no me dejaran ignorar algunos de estos sucesos, pero me andan muy atrasado en eventos de sociedad.

La carta adjunta es para un estudiante caucano que me escribió pidiéndome una beca en un Instituto Militar. Como no me gusta dejar de contestar ninguna carta, manden averiguar en qué establecimiento cursa ese joven; y envíenle mi respuesta. Ya saben? No se queden con ella.

Mañana a las cinco de la mañana me voy para la Hacienda del Barón de Paraná, donde pasaré tres días. Volveré el 19 ó 20. Adiós. Recuerdos a todos. Caricias a mi nieta. Te abraza tu

Rafael

Río de Janeiro, octubre 25 de 1906

Mi muy querida Tulia:

Dichoso estuve ayer, cuando después de tres correos sin cartas, recibí juntas otras tres. Qué panzada de lectura tan sabrosa me di! Sobre todo, las cartas de Tulita me han hecho gozar extraordinariamente, porque están escritas con mucho talento. Los detalles sobre la niña son muy divertidos: “Ya tiene areticos, dice en una parte; misiá Eduvigis fue la que le abrió las orejitas, que las tiene lindas, para ser todos tan orejones en esta casa”, agrega con donosura y zumba.

Supongo que habrás gozado y seguirás gozando con las cartas de tus hijos. Por eso, aunque me duele desprenderme de ellas, allá te envió las últimas para que veas belleza de sentimientos y talento para escribir. Me apena que el Comandante Barceló solo haya tenido que felicitar al Chato y no a Juliancito; sin duda es que parece más gracias lo que el primero hace por ser más chico. En el otro, por más grande, ya eso es su obligación, y no merece congratulaciones especiales. Pero corazón como el de Julián, nunca vi. Alma incapaz de envidia, alma nobilísima, alma santa! Bendito sea! Yo siempre confío en que dentro de un año, producido ya el equilibrio orgánico, ahora un poco alterado por el crecimiento, la energía física, moral e intelectual despertará en Juliancito. Sobre esto le escribo cada rato, para que no se afane ni aflija. Lo mismo deben hacer ustedes para que él no vaya a impresionarse y a concebir una idea de incapacidad que lo amilane.

Yo bien sabía que mi cable después del terremoto te caería bien. Siguen repitiéndose pequeños sacudimientos en Chile, pero es un hecho comprobado por la ciencia y la experiencia que después de un cataclismo fuerte, pasan muchísimos

años sin repetirse en el mismo lugar. Así es que debes estar tranquila.

Como mi viaje al norte (Venezuela) parece aplazado, tal vez consiga permiso para ir a Chile en diciembre a tener el inmenso gusto de abrazar a los niños. Pero si siempre me hacen seguir a Caracas, o a México, o más tarde a La Haya, ha sido mi intención que por allá nos juntemos, llevando tú a Lila, Tulita e Inés, si es que antes la primera no se ha casado. A este respecto te considero mucho con la carga del noviazgo, aunque supongo que Amelia te ayudará algo, y Luisa a ratos. Como Carlos Castro está trabajando, naturalmente nada habrá podido pensar todavía para señalar época para el matrimonio. En principio, yo soy enemigo de los noviazgos largos.

Te agradezco que atendieras a Pedro Uribe Ruiz como se lo merece. Ojalá que Julián haya tenido que prolongar su permanencia en Bogotá, siquiera por todo el tiempo en que el doctor Urueta haya estado ausente y que te haya prestado auxilio para meter en cintura a las revoltosas Tulia e Inés. Te abraza y besa tiernamente,

Tu Rafael

Río de Janeiro, noviembre 25 de 1906

Mi querida Tulia:

Muy agradablemente sorprendido fui ayer por la llegada de tus cartas de 7 y 13 de setiembre, muy cortas pero siempre cariñosas. También llegaron cartas de las muchachas. La queja por falta de cartas mías tal vez se desvaneció al recibir varias juntas; unas veces la demora es a causa de la indeterminación de las fechas de salida de los buques; otras, estoy engolosinado en algún trabajo que no quiero dejar de la mano. Pero por el número de artículos de prensa que mando al doctor Urueta verás que el empleo de mi tiempo es útil. Ya es un principio de satisfacción para tí —supongo— saber que si el marido no te escribió es porque estaba ocupado, no porque anduviera enamorando o en parranda.

Malo está eso de que por mi ausencia y la de los niños te la pases encerrada en casa. Los niños y yo declaramos que no consideramos muestra de cariño ni prueba de fidelidad a nuestro recuerdo, envejecerse en la quietud y el aburrimiento; al contrario, exigimos que, por amor nuestro, la esposa y madre se conserve para nosotros joven y robusta, por el ejercicio, por el cumplimiento de sus deberes sociales. Me complace que hicieras con Lila algunas visitas, y no apruebo la excusa de ir a tomar té a Palacio. Eso puede ser mal interpretado.

El 29 cumplirás un montón de años. No estoy allá para festejarte, ni puedo mandarte una cuelga, ni nada. ¡Qué mala suerte! Pero confiemos en que el año próximo estaremos juntos, y ya para no volver a separarnos. Creo que pronto expirará esta Misión, por lo que estoy viendo y de la cual te impondrás por mi carta al doctor Urueta. Te alegrará saber que Julián ha ganado en robustez y energía; en el año próximo y en los venideros progresará más. Me satisface que estén

contentos con la carrera militar: teniendo gusto por lo que se estudia, se aprovecha más. Me dice Lila que al señor Rodríguez Mendoza le escriben que nuestros muchachos son los mejores alumnos de la Escuela. Si este año no lo han sido realmente, porque era imposible que de repente se pusieran al nivel de los más viejos, teniendo que aclimatarse y tomar el hilo de los estudios, en los próximos años si estoy seguro de que nadie los superará. No canso de imaginarme cuanta honra y orgullo será para nosotros dos yernos dentro de cuatro o cinco años, rodeados de estos hijos e hijas, con no se sabe cuántos nietos, si es que a todos ellos nos conserva Dios la vida y la da a los que están por venir, e incluyendo, por supuesto, entre los hijos a los señores yernos, pero no a las señoras nueras, puesto que para entonces Julián y el Chato estarán apenas de 18 el uno y de 20 años el otro. Por allá, dentro de diez o quince años, si estamos vivos, tal vez conoceremos las nueras. Yo sí pienso durar tanto; la prueba es que, exceptuando el mucho trabajo intelectual, me cuido todo lo que puedo. No tengo maldita gana ni de salir de este mundo, ni de envejecerme, ni de perder la salud. Brego con mis malas digestiones y diariamente hago ejercicio; jamás trabajo inmediatamente después de almorzar o comer, pero tampoco me echo a dormir en una silla, como cualquier Sixta Tulia remolona. Trabajo duro toda mi mañana, de seis a once y media. Me baño, me visto y almuerzo; tomo el tranvía y bajo a la ciudad (vivo en un barrio alto), voy a las librerías, o a cualquiera otra diligencia y vuelvo a trabajar de tres a cinco. A esa hora, tomo el tranvía y me voy a la playa, por Leme o por Ipanema; ando ahí una hora, hago inspiraciones fuertes para llevar el aire salino hasta la base de los pulmones; regreso antes de las siete, me visto para comer, y después juego una hora de billar, hasta las nueve. Leo hasta

las diez para preparar el trabajo del día siguiente, y duermo muy bien siete u ocho horas. Rarísima vez voy a teatro. Con esa vida regular y ordenada conservo buena salud, y espero vivir largo, sano y joven. En fin de cuentas, la vida es buena de vivir. Lo que es por mí, repito, me moriré lo más tarde que pueda. Tengo mucho qué hacer y yéndose uno desde temprano a dormir al cementerio, por pura pereza, se quedan las cosas en veremos. Por eso he resuelto quedarme habitando este barrio unos treinta años siquiera; después pensaré si me conviene trastear para el otro.

No te quejarás de cortedad esta vez. Por escribirte he perdido la misa de hoy. A tu cargo va esa falta de cumplimiento con la Iglesia, sabiendo lo buen católico que soy, de ordinario.

Te mando una postal como recuerdo cariñoso de tu cumpleaños. Es la cumbre del “Cerro del Corcovado”, a donde trepa un ferrocarril de cremallera; allí un kiosco desde donde se disfruta una bellísima vista. Te abraza

Tu Rafael

Río de Janeiro, dic. 14 1906

Mi querida Tulia:

Carezco de cartas de Uds. hace casi un mes. Hoy tengo que ser muy corto, porque me falta tiempo, pues debo despachar una multitud de trabajos. Todas Uds., que no saben que hacer con las horas, los días y las semanas, apenas hacen una carilla para mí por cada correo, siendo Uds. cuatro contra uno. Me despacharé en dos carillas para todas, y eso si alcanzo.

Las últimas cartas de los muchachos no te las mando porque no tienen nada especial. Son el 4 de este mes. Siguen buenos y contentos. El 8 comenzaban los exámenes. Dice el Chato: que de Setiembre para acá ha crecido dedo y medio. Desde que comience a estirarse, no se detendrá hasta quedar hecho un hombre. ¿Ni cómo, siendo tan sano y fuerte, podía ser de otra manera a ir a quedarse pigmeo?

Yo estoy esperando a que me paguen mis sueldos en N. York para pedir autorización de seguir a Chile, lo que puede suceder de un momento a otro.

Como sabrás, le he indicado al Gral Reyes mi envío a la Conferencia de la Haya, creo que en Mayo del año próximo, si como parece, las naciones de América son invitadas. Si me nombran, entonces sí querría que fueses a reunirme, tal vez en Nueva York, o yo iría a recibirte en Barranquilla. Pero se necesitaría que te pusieses a estudiar algo de francés. Mi plan sería que si para esa época, ya Adelaida y Carlos podían casarse, lo hiciesen así, y él consiguiese el puesto de Secretario de la Delegación colombiana en la Haya. Eso les permitiría hacer un viaje de novios muy interesante y sin mucho gasto. Podrías llevar a Tulita a Inesita para dejarlas educándose en algún Colegio en Suiza, pues poco más había de costar eso que lo que se gasta en Bogotá para que en

definitiva no aprendan nada. Pero también se requiere que ellas apuren el aprendizaje del francés. Sin eso, no puede pensarse en llevarlas, porque en sólo adquirir la lengua allá, gastarían un año, antes de poder estudiar nada.

Aquí ha subido ya mucho el calor. Hace tres días tenemos 30° a la sombra. Lo peor es que las noches son aún más fuertes; las dos últimas han sido de 34°. Por fortuna tolero bien estas temperaturas, por lo seco y sin grasa que soy. Además, tengo mi hamaca y en ella duermo cuando no puedo hacerlo en la cama por el calor. Me baño dos veces al día, una en la tina de agua dulce, a las 11, y otra en el mar a las 4 ½, en la playa de Copacabana. Eso me tiene fresco y en buena salud. Gozo buen apetito y he mejorado las digestiones. El otro día me molestaron unas neuralgias, pero ya pasaron.

En cambio, he sabido con pena que has seguido robusteciéndote, es decir engordando, que lejos de robustecerse es debilitarse, porque, como dicen en Antioquia “manteca no es bastimento”. Es la vida holgazana y quieta, los chocolates, el azúcar, las grasas, y el agua, cerveza, leche y demás líquidos tomados en exceso. Si no te pones a dieta de todo eso te pondrás monstruosa, y para el viaje a Europa te cobrarían el pasaje por toneladas o por metros cúbicos. Y luego, te verás mucho más vieja que yo, y no tendré orgullo en mostrarte.

* * *

Dic. 20

El 14 había correo, pero amanecí con neuralgia en el cerebelo y no pude trabajar. He estado con bastante esplín estos días, porque se me acabaron los recursos y eso me tiene en constante preocupación y afán, día y noche. El disgusto me quita toda gana de escribir más. Así, pues, hasta otro día.

Te abrazo. Bendigo nuestra nietecita. Acaricio a los hijos.
Saludo a tu mamá y a Amelia.

Tu Rafael

El Gral Reyes me escribe que iba a poner a Guillo al frente de “El Nuevo Tiempo” y que contaba con mis escritos. Aunque Guillo se ha manejado tan mal conmigo, si en periodismo se me muestra amigo, no hay inconveniente en que le dé las revistas que hoy envío, como las de la lepra.

Río de Janeiro, enero 8 de 1907

Mi bien querida Tulia:

Tu carta de noviembre 2 fue corta porque acababas de llegar del Cementerio y estabas cansada; la del siete, corta también porque me suponías de viaje, aunque no lo creías. Esta mía será corta, de acuerdo con las tuyas. Te agradezco mucho la visita y corona para la tumba de mi papacito, el 2 de noviembre, en compañía de Julián.

Los niños no me han escrito estos días, supongo que por andar en maniobras, pero el doctor Ramírez me refiere que el Comandante Barceló, Director de la Escuela, le había informado que el resultado de los exámenes de los muchachos había sido excelente. Si esto es en el primer año, que comenzaron tarde, y al principio del cual, cuando llegaron, no estuvieron bien de salud, y en aclimatarse al medio, tan extraño para ellos, perdieron tiempo, figúrate cómo irán a aprovechar en los próximos años. Cuando me acuerdo de que por su educación en Chile, tendrán mis hijos un gran porvenir, y de que la idea de llevarlos allí no la habría tenido si no me confía esta Misión el General Reyes, siento mucha gratitud para con él.

Por ahora es inútil que te forjes ilusiones sobre mi regreso. Conforme puede ser de un momento a otro, puede tardar todo este año. Para nuestras finanzas, para mi crédito ante el país, y por otros aspectos, lejos de ser un mal es un bien que mi ausencia se prolongue. Quien más sufre con ella soy yo, que estoy solo. Tú que estás allá con madre, hermana, hijas, yerno, nieta, pretendiente, amigos y amigas, tienes menos

derecho a quejarte. Aguanta un poco, pues. Recuerdos a todos. Te abraza y besa

Tu Rafael

Río de Janeiro, enero 8 de 1907

Mi querida Luisita:

Siento que la niña hubiera estado enferma. Tenga más cuidado con la cantidad, la calidad y las horas de los alimentos. Cualquier falta a estos respectos le pueden echar a perder el estómago. Yo estoy volviéndome bastante vegetariano. Poco a poco voy reemplazando el régimen de las carnes y pescado por el de vegetales, que tienen menos toxinas. No acostumbre a la niña desde muy temprano a las carnes, y de hacerlo, prefiera las blancas.

Está usted provisionalmente viuda otra vez, según cable que me anuncia viaje del doctor a Antioquia. Llévelo en paciencia mientras consolidamos una fortunita que nos permita vivir todos juntos y tranquilos.

Bendigo a usted y a Luisita, y a su marido, si ya está otra vez en Bogotá, cuando reciba ésta. ¿Qué fue lo que él tuvo, pues en una de sus cartas me dice que no había estado bien? Dígale que pruebe el vegetarianismo a ver cómo le sienta. La abraza su papacito

Rafael

Río de Janeiro, enero 8 de 1907

Querida Lila:

¡Con que ni usted ni Luisa volvieron a escribirme en francés! ¡Qué pena! ¡Y dejaron la clase! ¡Qué dos penas! ¡Qué flojera!, ¡y que desaplicación! Estas hijas mías...

Felicite en mi nombre a su mamá Adelaida por haber cumplido los ochenta años y estar tan sana a edad tan avanzada. Incluyo dos billetes de a libra esterlina cada uno, para que usted, que es la heredera del nombre, se los ofrezca en una cuelga que habría ido más oportunamente si yo hubiera sabido del cumpleaños. La bendice su papacito,

Rafael

Río de Janeiro, enero 15 de 1907

Mi querida Tulia:

Siempre sin cartas de ustedes. De los muchachos lo último que he recibido son unas tarjetas postales. Tuve la fortuna de que un telegrama de saludo de año nuevo que les mandé se lo entregaron justamente a las doce de la noche del treinta y uno de diciembre. Así pudieron ellos sentir que yo estaba a su lado en ese momento; eso los enterneció y me lo han agradecido mucho.

Entiendo que desde el siete se fueron en excursión a pie para el Sur. Ya te imaginarás cómo les irá a sentar de bien el viaje, después de un año de estudio. Cierto es que ningún día pasan sin hacer fuerte ejercicio físico, y que nunca se entregan al trabajo intelectual exclusivo y debilitante; pero un descanso del cerebro les conviene muchísimo, sobre todo al aire libre y conociendo tierras interesantes. Volverán quemados pero fuertes como robles y con fuerzas centuplicadas para la labor del presente año.

Ayer hizo treinta y siete años que perdí a mi madre, y aunque ya esta fecha parece antigua, jamás dejo de recordarla. Estuve, pues, con melancolía, viéndome tan lejos de donde reposan sus huesos, y en tan gran soledad, no obstante hallarme entre la multitud. Aquello que los portugueses llaman “saudade” y nosotros “nostalgia”, “añoranza” y más expresivamente “morriña”. No propiamente esplín, tedio, aburrimiento: todo eso es para la gente ociosa o desocupada. Cuando me vienen pensamientos tristes, en vez de complacerme en ellos, en vez de entregarme a su corriente ataco el trabajo y ellos se van “embora”, como se dice aquí, esto es, se van al chorizo. Yo no sé perder mi tiempo en necias contemplaciones. Jamás falta algo útil qué hacer; si no, se toma un caballo, o el som-

brero, y vamos fuera, a ver mundo, que así se cura el ánimo acobardado. Aplícate esta receta y verás cómo es cierto que la tristeza es hija legítima de la ociosidad. No quiero decir que vivas sin hacer nada; me consta que eres hacendosa. Pero sí sé que quien se aburre es porque le da la gana, puesto que no busca en qué distraerse.

Indico que los escritos inclusos se manden a “El Correo Nacional”, o a “El Nuevo Tiempo”. Adiós, Recuerdos a todos. Un besito tan tierno a mi nieta que le exprese cuánto la quiere su abuelito. Le mando una postal de seda pero no tan rica como es ella, mi china divina. Te abraza

Tu Rafael

Río de Janeiro, enero 20 de 1907

Mi bien querida Tulia:

Aunque me duele desprenderme de cartas de mis muchachos, allá te van unas que te gustará leer y conservar, sirviendo de lenitivo a la pena de la separación.

Ya ves cómo Julián, que solo se prometía un cuarto o quinto lugar en el resultado de los exámenes, logró el segundo. Para mí ese resultado es tan bueno como el del Chato, pues Julián cursaba materias enteramente nuevas para él. ¿Pero qué dices del Chato que ganó la antigüedad sobre veintitrés cadetes, todos mayores que él, quedando a sus órdenes, es decir, mandándolos él? Lo que me parece es que la superioridad de nuestros dos muchachos ha sido muy evidente, imposible de desconocer, para que los profesores chilenos los hayan colocado sobre los alumnos nacionales, siendo aquellos extranjeros. También dice eso mucho a favor de la imparcialidad de los jefes.

Del tenor de las cartas deducirás el de las mías para ellos, todas llenas de consejos y de recuerdos de la familia cuyo amor —especialmente por tí— procuro cultivarles. Ya ves cómo habiéndoles preguntado qué querían que les llevara de Buenos Aires, si iba a Chile, me contestaron que nada para ellos pero sí unos regalitos para ustedes. No hay en el mundo un par de muchachos más buenos que éstos. Y todos los días más contentos con la carera y más robustos. Les estoy agradecido porque me han hecho quedar bien contra quienes calificaron de locura mi idea de llevarlos a educarse en Chile. Lo que yo quería es que cuando regresen a Colombia, dentro de cuatro o cinco años, se nombrasen evaluadores que, en comparación de otros mozos de la misma edad, formados en Colombia, en Europa o en Estados Unidos, les pusiesen

precio a los míos ya por su presencia y fuerza, como si se tratara de dos animales cualesquiera ya por el capital que representan por su capacidad productiva, aunque quedasen por fuera sus prendas intelectuales y sus virtudes, que no es fácil estimar en dinero. Entonces se vería si yo sé o no criar y educar hijos. Por supuesto que reconozco la parte que te deben: su buena salud, su índole simpática, sus hermosas inclinaciones morales y buena mentalidad, todo lo cual te lo han heredado, agregando tú el buen ejemplo de una vida inmaculada. Lllaman “nuestra casa” al edificio de la Escuela y en una postal que me mandaron, escribieron: “Viva la carrera militar”. Desde que la sigan con gusto, le tomarán interés y harán sus cursos con provecho y consagración.

Acuso recibo a Lila del retratito de don Carlos, con la expresa advertencia de que “él es todavía mejor”. Sin embargo, la figura es arrogante. Me gusta, sobre todo que tiene las espaldas anchas: donde caben un buen corazón y unos buenos pulmones hay seguridad de salud y larga vida.

Participo al doctor Urueta que dentro de la cubierta vinieron las publicaciones impresas, las cuales le agradezco. No conocía las observaciones irónicas del doctor Mendoza a las palabras de Palacio. Realmente, estas no fueron del todo auténticas en la forma; pero en cuanto al fondo, mantengo el juicio de que Diego no tiene dedos para organista; no es un negociador, no condujo con acierto a la Misión de la cual estaba encargado. Por lo demás, su olfato no lo engañó en cuanto a la paternidad del folleto, y a mí no me choca que haga su camino. Todo allí es sincero, y de él nada tengo que retirar.

Mañana del 25 de enero. – Acaban de traerme el paquetito con los retratos, pero sin cartas. ¡Que visitón tengo hoy en mi escritorio! ¡Que poblado está y cuánta bonita gente! Ahora sí que puedes enorgullecerte de tener “una familia lucida”.

Comenzando por tí: quedaste divinamente. Es el mejor de todos tus retratos, lo mismo que el de Lila y el de las chinas. En cuanto a las posiciones, el doctor Urueta es un artista. Le falta todavía habilidad de manipulador en las operaciones químicas sobre las placas. Así le quedaron pálidas la de Tulia e Inés y recargada una de las dos de la niña, precisamente la mejor, en la que está de capota, sobre la mesa. Nunca se verá cara más pícaro. Los ojos rutilantes, como dos estrellas. La nariz se le ha perfilado, siendo una de sus facciones más graciosas; la expresión de la boca es ladina y decidora. Donde yo querría que me enterraran es en el hoyuelo de la barbilla: señora mía, qué primor, qué donosura! No se aprecia gordura fofa, sino pura salud. Mas desnudita la hubiera querido, con tantas ropas, no luce toda su belleza. Ya no son “cuatro mechitas” las que tiene, sino cabellera abundante.

Lila está robusta y hermosa. El retrato, impecable, si se exceptúa que ocultó la mano pudiendo haberla puesto sobre la falda. La sombra en la cara, excelentemente distribuida: el ojo y la ceja derechos surgen en el campo blanco con una fuerza enorme. Me congratulo con Don Carlos Castro Mosquera por tener una novia de ese calibre. La verdad es que estoy contento con la visita. Completa hubiera sido mi alegría agregando los retratos de Luis y el doctor Urueta y los de tu mamá y Amelia.

Tarde del 25 de enero. – Al regresar de mi paseo habitual por la ciudad, después de almuerzo, encontré las cartas de noviembre 13, 18 y 23, justamente con dos meses de fecha. Excusarás que llevando cinco páginas no escriba muchas más para contestarte. Respecto a tu exigencia de mi regreso debo recordarte que estoy a órdenes de un Gobierno, y sin su consentimiento no puedo moverme. Lo que me tocaba hacer,

que era presentar mi renuncia, ya lo hice con insistencia y no me la admiten. Debes tener, pues, un poco de paciencia.

Dices que aparezco con la mirada triste en el retrato que te mandé. Pues, ¿cuándo no he tenido yo los ojos tristes? Lo que hay es que de propósito, para otros retratos, he esforzado la mirada para darle alguna viveza. En el último que te mandé quise que fuera natural, así apagada o velada. Lo que revela es algo de fatiga por el mucho trabajo de estos días, pero no tristeza. ¡Tendré inclinación a la melancolía pero a la tristeza no! Todavía no ha nacido el que me vea sin bríos o amilanado.

Además, quien tiene tan buena salud como yo, lleva mucho ganado, si no para estar contento por lo menos para afrontar cualquier situación. Por otra parte, mi filosofía de la vida es algo optimista: tomo las cosas por el lado bueno, y si no lo tienen, presto paciencia y espero. Más bien tú saliste con la mirada medio perdida en el retrato. ¿Será que ambos procuramos hacernos los interesantes, el uno con el otro, haciéndonos creer recíprocamente que en la ausencia nos devora el tedio? Vamos! Que estamos viejos para esas filigranas. Por supuesto que siempre te quiere y te abraza y te besa

Tu Rafael

Río de Janeiro, febrero 19 de 1907

Mi querida Tulia:

Apuesto a que el ocho no te acordaste de los veinte años que hace que cometimos la calaverada de casarnos. Yo no sé a tí cómo te habrá ido; a mí, así... así, regularcito. Tal vez si hubiera ley de divorcio, no me separara. Tú qué dices, ¿ah?

Lo que es hoy estoy como novio en vísperas de casorio: mañana llegan mis muchachos. Esta noche no voy a dormir, como no dormiste tú en la del siete de febrero de 1886, que a las dos de la mañana pusiste en movimiento a la gente, creyendo que ya era de día. Parece que tenías impaciencia, ¿eh?

Pues yo sí que la tengo hoy por abrazar mis chinos divinos. Cuento las horas. Imagínate lo felices que vendrán ellos también. Que vocaciones les he dado! Pero eso sí, muy bien ganadas. Figúratelos viajando solos, cruzando los Andes y la Pampa argentina, visitando a Buenos Aires, navegando el Atlántico y conociendo medio Continente, hechos unos viajeros. Me propongo pasearlos por buena parte del Brasil pues yo también me doy a dar vacaciones con ellos. Creo que alcanzaré a darte noticia de su llegada y que ellos podrán escribir por este correo. ¡Que vivan mis muchachos! Le tengo arreglado a cada uno su cuarto, como unos grandes señores. Los llevaré a las montañas, si el clima sigue fuerte. No tengo el menor cuidado de que se enfermen. Río es mil veces más sano que Bogotá.

Mucho he sentido la falta del doctor Fernández que tan bueno fue con nosotros. El año de dicha y tranquilidad que pasamos en “La Granja”, a él se lo debemos y eso debe hacernos querida su memoria.

Pienso que, efectivamente, este año no se acabará sin que yo vuelva a Colombia. Esa es mi firme resolución. Todo está exigiéndolo así: mis deberes para contigo, el matrimonio de Adelaida, la educación de las niñas, la necesidad de ayudar al doctor Urueta y otras muchas circunstancias. Como no me acomodo con la ausencia y con esta clase de vida, puedes estar segura de que pondré todo cuanto esté a mi mano para realizar mi regreso.

Mañana de febrero 20. – Llegaron tus hijos. Me levanté desde las cuatro y media. No tuve paciencia de esperar el desayuno, creyendo que el vapor entraba a las seis, como estaba anunciado. Pero solo entró a las ocho. Yo estaba en media bahía en la lancha de vapor que amablemente me hizo dar el Barón de Río–Branco en el Arsenal de la Marina. Con la bandera colombiana desplegada a proa, los muchachos –que fue lo primero que vieron– empezaron a batir sus pañuelos desde a bordo, seguros de que ahí iba yo. Apenas tiró el buque el ancla, subí y nos dimos un apretado abrazo. Julián viene carón y altísimo. Chato no está gordo ni flaco; de muy buen color. Algo ha crecido. Han tenido un viaje feliz.

Como por todo equipaje traían dos maletitas de mano, pronto saltamos a tierra. Les pregunté qué era lo primero que querían hacer: “Telegrafiarle a mi mamá”, dijeron a un tiempo. Y allá fue el cable con todas las firmas. ¿Te sorprendió? ¿Te alarmaste? Pues para impedirlo puse: “Pasando vacaciones”. Está claro: o iba yo a Chile, o venían ellos acá. Lo más natural.

Luego, nos vinimos derecho al Hotel, porque el correo se va hoy y teníamos que aprovecharlo. Ellos están escribiendo ahora. Desde esta misma tarde comenzaré a pasearlos. Me siento diez años menos.

Recuerdos a todos. Caricias infinitas a mi nieta. Tuyo de corazón,

Rafael

Río de Janeiro, febrero 25 de 1907

Mis querida Tulia, Luisa, Lila, Tulita e Inés:

Tres correspondencias reunidas llegaron hoy: los de 25 y 31 de diciembre y 7 de enero. Las leí junto con los muchachos y hemos quedado contentos al saber que no había novedad en esa casa.

Los muchachos se quejan —creo que con razón— de que, excepto las cartas de Tulita y una que otra de Luisa y Lila, la correspondencia de ustedes es monótona. Abre uno las cartas con gusto, pero de antemano puede recitar el contenido. Ninguna de ustedes carece de ingenio para variar los temas y las expresiones. Imagínense un periodista que todos los días les sirviera a sus lectores un mismo artículo. ¿Le duraba el periódico? ¿Y no despiden ustedes a la cocinera que solo sabe preparar un plato? Yo, por mí, no me quejo. Pero los muchachos necesitan conservar su amor a la familia y eso no se consigue dejándolos adquirir cierto desdén por la mentalidad de sus miembros. Es grande el gusto de recibir cartas de la casa, en ausencia; no hay que aguar ese gusto cambiándolo por decepción. Es asunto de un pequeño esfuerzo de reflexión y de algún mayor cuidado en el estilo. Mozos tan inteligentes como Julián y Carlos no podían menos de hacer la observación apuntada, no sin cierta tristeza. Al lado de querer a su madre y hermanas, desean estímulos por algo más que los lazos de la sangre. Cualquier rasgo de humor de Tulita les encanta. Señor, hay tantas cosas sobre qué escribir: los chistes bogotanos, la crónica social, las lecturas que uno está haciendo, sus estudios, los planes para el porvenir, noticias de Antioquia, etc., etc. Es apenas un cambio de tono al modular la canción.

Los hijos, felices. En este momento están escribiéndoles, para contarles algo de lo que han visto. Repito que Julián va a ser todo un buen-mozo. El cuerpo no es muy bueno todavía, pero en la Escuela mejorará el acabar de formarse. Por su parte, el Chatico quedará muy bien. Ninguno de los dos ha mudado de genio ni por un ápice: Julián siempre chanceándose con el Chato y éste siempre malmodoso y regañón, el grandulazo en más niño que el chiquitín, y de mejor genio; y el Chato no deja de ser imperioso y de afectar aires de superioridad. Ahora acostumbra a pasearse con las manos atrás.

Buenos observadores, pero poco noveleros tal vez por lo que ya han visto tanto. No manifiestan sorpresa por nada. Ambos son algo burlones y yo mismo no me escapó de sus zumbas. Es prodigiosa la rapidez con que escriben. Ese mundo de páginas que hoy les van lo han hecho en menos de una hora. Bien pueden apreciar que, habiendo visto unas mismas cosas, la redacción es tan diferente. Estoy dichoso en la compañía de mis joyas. Eso sí, no les dejo perder tiempo: si no estamos paseando, están escribiendo o leyendo, o a toda hora, estoy enseñándoles francés.

Deseando que todos estén buenos allá, las abraza

Su Rafael

Nova Friburgo, marzo 3 de 1907

Queridas Sixta Tulia, Luisa, Lila, Tulita e Inés:

Salimos ayer a las tres de la tarde de Río para venir a visitar esta población que está en clima fresco, pero que solo tiene de notable el edificio de un gran Colegio recientemente fundado por los Padres Lazaristas. El viaje, en barca al través de la bahía y en tren de cremallera para subir la montaña, es bastante pintoresco. Mis compañeros están molidos de un viaje de trece horas a caballo que hicimos el viernes (hoy es domingo) a Tijuca, pero en admirable salud: buen apetito, duermen como unos benditos y buen humor. ¡Qué sueño apacible y profundo! Ayer hizo trece días que llegaron. ¡Parece mentira! ¡Creyera que apenas hacía tres días que estaban aquí! Así de prisa se me ha ido el tiempo en la compañía de mis chinos. Es prodigioso como no han cambiado. En nada; Julián siempre abrumando al Chato, buscándole juegos, y el Chato unas veces acepta, y otras se enoja, pero el otro aguanta con paciencia.

En los ratos libres han ido donde el dentista. Julián tuvo que hacerse seis calzas, las mismas que trajo de Colombia y que en Chile le arregló mal el dentista de la Escuela Militar. Por fortuna no tenía ninguna caries muy adelantada. Pero al examinarle la boca el dentista estando yo presente, noté con sorpresa que a Julián le faltan tres muelas de las de abajo. Yo no sabía. Me dijo que se las habían sacado en mi ausencia durante la guerra. Es el colmo del descuido, por una parte, no asearse la boca, y por otra no acudir al dentista a tiempo para salvar la pieza. Lo que le ha sucedido ahora allá a Inés, por cochina ella, y por abandono de los mayores de la casa. El Chato sólo tuvo que hacerse una calza. Le sacaron una muela de las que se mudan; él creía que era de las de se-

gunda dentición; salió fácilmente, y ya viene la otra. Tiene magnífica dentadura este muchacho.

Como nos ha sobrado mañana, la estamos aprovechando para escribirles. A las diez y media iremos un trecho por el ferrocarril de “Cantagallo” y esta tarde a las dos emprendemos regreso a Río de Janeiro. El cinco o seis nos iremos para Sao Paulo; el Coronel Schmidt, “el rey del café”, que posee él solo plantaciones por un total de siete u ocho millones de árboles, nos ha invitado a pasar unos días en sus haciendas de “Riverao Preto”. Volveremos a Río por allá para el 12 o 13, pues por ahí entre el 15 y el 20, tienen que embarcarse para regresar a Chile. Desde ahora estoy comenzando a sentir la tristeza de la separación. Han sido tan felices, pero van a ser tan cortos estos días pasados con mis hijitos. Después voy a experimentar con más fuerza la soledad en que me quedo. También ellos sufrirán con la nueva separación, pero distraídos por la marcha y entregados de lleno a sus tareas escolares, no les quedará tiempo para que los invada la melancolía.

Un buen recuerdo se llevarán de mí, pues los he tratado lo mejor que me ha sido posible. Desde luego, con mucho cariño, sin dejar de aconsejarlos y corregirlos; y también porque no los he dejado ociosos un momento, distrayéndolos con paseos y excursiones. He ido con ellos a muchos lugares que, en un año de permanencia en el Brasil, yo no había visitado. Por ejemplo, aquí a Friburgo no había venido estando a cuatro horas de Río. Han progresado mucho en francés estos días, aunque no he tenido mucho tiempo disponible para enseñarles. Pero con lo que saben, están encaminados para progresar más. Hasta mañana, pues, mis señoras. Que estén buenecitas.

Su Rafael

Río de Janeiro, marzo 12 de 1907

Mi última carta fue escrita en Nueva Friburgo; prometí complementarla aquí, pero mejor lo hicieron los muchachos. Yo no tuve tiempo de atender los otros quehaceres. Hoy descanso también en los relatos de los muchachos, hechos durante los últimos ocho días, que han sido de continuo movimiento. A ellos les ha sentado admirablemente pero a mí me ha fatigado un tanto. Ya descansaré cuando se vayan, que creo será el 19. Sólo siete días más me toca vivir con ellos, y debo aprovecharlos lo mejor posible. Qué prodigiosa, qué robusta salud la de estos hombres! Da gusto verlos comer, aunque no se exceden, porque no son glotones. Pero, sobre todo, qué sueño! Sea cual fuere la posición, duermen como benditos. Cómo los envidio en los trenes, de día o de noche, viéndolos dormir apaciblemente, mientras yo no puedo pegar los ojos. Mientras más viejo, menos duermo. Julián ha engordado y crecido en estos días; el Chato ha crecido también un poquito; están ambos de excelente color, pero el Chato algo delgado, lo que mucho le conviene para el desarrollo. Verdaderamente creo que este año se estirará. Por lo demás, él por ningún modo está retardado: su estatura es la de su edad, normalmente: representa los trece, entrados los catorce, ni más ni menos. No será, no, ningún pigmeo. Muy fuerte, sí, y muy bien repartido. Será de la estatura y fuerza de mi hermano Julián.

Trato de resolver el siguiente problema:¿porqué gusta más el Chato que Julián? La fisonomía de Julián es indudablemente hermosa, tal vez más que la del Chato, por eso y por su estatura, la belleza de su frente y de toda su cabeza, su primoroso color, debiera llamar la atención. Sin embargo, todo el mundo se fija más en el Chato. Será por lo más

niño? Será por su perpetua sonrisa y cara simpática? En cuanto lo ven le pasan la mano por la cara para acariciarlo, y, sin oírlo hablar, dicen que es inteligente. Sin duda, tiene aire más expresivo y mirada más viva que Julián, pero eso no explica completamente porqué descuidan un poco a éste y, desde primera entrada, se dejan ganar por el otro.

Pero ambos son simpáticos y han sido muy bien aceptados y tratados por todo el mundo, debido a su simpatía. Por sus cartas verán cómo son de observadores y cuántas cosas han desfilado ante sus ojos. Vacaciones mejor empleadas, nunca volverán a tener en su vida. Hasta algo cansados quedarán de tanto andar. Mejor: así volverán con más gusto a su ambiente de la Escuela. Qué buen año van a hacer! Seguro estoy de que es el año decisivo de su vida. Julián acabará por formarse físicamente enderezando el poco de joroba que tiene; ganará, pues, en elegancia; el Chato crecerá, y ambos harán cursos espléndidos. En diciembre estarán transformados en hombres muy distintos de los que son actualmente.

Ojalá en lo moral no cambien, conservando su inocencia. Nunca, a la edad de Julián, supe de alma más impoluta. Del mal y del mundo, no sabe palotada. Ya les dije cómo en genio no han cambiado un ápice. De veras que Julián es el más niño de los dos, a veces algo pesado de puro juguetón. En ocasiones se disgustan pero luego se contentan, se buscan juego y se pasan bromeando las horas enteras en los trenes, riéndose interminablemente por cualquier bobería.

Yo no sé qué haré cuando se vayan. Ya me está pesando la soledad en que voy a quedar. Figúrese después de vivir con ellos día y noche, sin separarnos un momento, como buenos compañeros, más que como padre e hijos, cuál va a ser mi situación de ánima en pena al verlos alejarse. Para distraerme, yo también me saldré de Río para alguna montaña en busca

de reposo y ejercicio a caballo. Tal vez en Tijuca, o mejor en Caxambú o Caldas, donde hay fuentes termales muy buenas para la dispepsia.

El regreso a Colombia no parece muy próximo con la confirmación del cargo en la reorganización del servicio diplomático. Yo no tengo culpa de que conviertan la Misión Extraordinaria en Ministro residente, y cuando el Gobierno me da esa prueba de confianza no debo contestar tirándole a la cara el nombramiento. Pero, como lo digo al Ministro, es mi determinación que esto solo dure hasta el fin del año. Mantengo, pues, mi promesa de que la Nochebuena nos verá juntos, a más tardar.

Para entonces, espero que nuestra situación pecuniaria será, si no holgada por lo menos independiente y, sin prescindir del trabajo, fácil de ir hacia adelante. Ojalá pueda ahorrar unos francos para un viajecito a Europa, antes de volver a Colombia. Como otra vez propuse, eso puede combinarse con el matrimonio de Adelaida y con el envío de Tulita e Inés a establecerse en un colegio en Suiza, todo en compañía de Sixta Tulia. El punto está en saber si Lila se casa en Bogotá y hace un “viaje de novios”, o si va a casarse en Europa estando yo presente. Quizá lo primero es lo mejor. En cuanto a Tulita e Inés todo depende del francés que aprendan este año. En ningún instituto suizo admiten alumnos que no sepan francés. Ellas deben, pues, esmerarse, y ruego al Dr. Urueta y a Luisa y a Lila que no descansen en hablar en francés con ellas: es el único método racional.

Y con esto, hasta el próximo correo. Las abrazo a todas. Recuerdos a mi Sra. Adelaida y Amelia, Carlos Castro y demás amigos de la casa.

Rafael Uribe Uribe

Río de Janeiro, marzo 19 de 1907

Mis queridas Sixta Tulia, Luisa, Lila, Tulia e Inés:

Son las seis de la tarde; vengo de dejar mis muchachitos a bordo del “Danube”. Para no acobardarlos precipité la despedida, pero cuando se alejaba mi barca y ellos sacudían sus pañuelos desde la cubierta del buque, por poco me pongo a llorar. Y aquí estoy desolado, como a quien abandonan en un desierto. Bien aprisa había adquirido hábitos que ahora tengo que interrumpir con la nueva separación. Esto de sentarme solo a la mesa y no tener a quién servir, después de que a mis lados estaban ellos y me daba tanto gusto verlos comer con apetito: esto de no tener quién me dé el beso de despedida por la noche y de saludo por la mañana, cuando invariablemente iba a despertarlos y todavía los encontraba con el sueño agarrado a dos manos, profunda y apaciblemente; esto de no haber más paseos qué proyectar, ni más viajes en tren o en tranvía o a caballo, en perpetua charla, o enseñándoles francés, o versos de memoria, u oyéndolos chancearse y jugar como dos inocentes; vaya, que así la vida va a hacerme más pesada que antes y en mi aislamiento solo a alimentarme del recuerdo de mis hijitos.

Quienes los conocieron han quedado queriéndolos. Son tan despiertos y simpáticos. Pude percibir que a Julian le sombreaba el bigote y le aumentaba la pelusa de las futuras patillas, a la altura de la raíz de la oreja. Creo que antes del fin del año tendrá que afeitarse la primera vez.

¿Y qué me dicen del espíritu observador? Ayer, en menos de una hora, visitamos la Imprenta Nacional, y esta mañana los dos escribieron, sin levantar la pluma, las dos inclusas cartas, advirtiendo que por lo apurado las horas abreviaban el relato. Estilo, todavía no tienen, pero ya lo irán formando

con la práctica. Ya en ellos es una costumbre que nunca dejarán, la de tomar notas y escribir sus diarios. Y si a eso se agrega la correspondencia, serán ocasiones para perfeccionarlo.

Lo que no pude darles en libras esterlinas para el viaje, se los di en un pliego de consejos que estoy seguro de que cumplirán. Yo antes había escrito para Julián unos “Diez Mandamientos”, de los cuales él copió siete, que le cupieron en una de las planas que ambos tenían la obligación de hacer cada día (porque en medio de mucho cariño y muchas atenciones, yo no los dejaba estar ociosos un momento). Los otros tres consejos dicen así:

8° – Pisar firme, dirigiendo las puntas de los pies hacia adelante, en líneas paralelas, no hacia los lados, en ángulo, y procurando apoyarse en la parte interior, no en la exterior o lateral de los mismos pies;

9° – Timbrar con energía la voz, para que el interlocutor no tenga que preguntar por segunda vez y hasta por tercera lo que dice, cosa siempre desagradable y enfadosa; y

10° – No decir ni hacer necedades; ya tienen bastante edad y, sobre todo, es un grandulazo, para que tome más seriedad y prescindiera de niñerías.

Estos diez mandamientos se encierran en dos: preocuparse de su figura y educar la atención. Los rasgos de su fisonomía no son malos, pero no les da vida ni expresión inteligente; su estatura es procerosa pero no sabe sacar ningún partido de ella. Si un militar no cuida de la apostura y gallardía, ¿a quién le corresponderá hacerlo? Actualmente no sabe pararse ni andar; es un estafermo flojo y desmaralado de donde parece que el alma estuviera ausente, o que careciera de dueño. Es necesario y urgente que éntre usted en posesión de sí mismo. Eso es obra de la voluntad y de la atención. Vigile su presencia; no se abandone; fíjese en lo que dice y hace y en lo

que dicen y hacen los demás. Esté dentro de sí y no por las nebulosas o pensando en los huevos del gallo. No sea lerdo en sus movimientos, especialmente cuando algo le manden, esté listo, y no como acostumbra, que hay que repetirle la orden. Cualquiera creería que es desatento, cuanto la verdad es que tarda en obligar la voluntad a que mueva el corpazo, que lo mismo que es disforme necesita una palanca proporcional.

En suma: en todo y por todo: aplíquese aquel principio de las coplas de Jorge Enrique, que le he enseñado:

Recuerde el alma adormida,

Avive el seso y despierte.

Sí, señor, despierte.

Por supuesto, no vayan a creer que el niño es así. Adrede cargué de sombras el cuadro para impresionarlo, y porque sinceramente creo que es en este año cuando debe corregir esos ligeros defectos, ya que después sería tarde. Soy padre educador y cuando aconsejo, procuro poner energía en mis palabras, para que se graben. Por fortuna, nada mejor que la Escuela Militar, para enmendar las imperfecciones físicas y curar las enfermedades de la voluntad. Dentro del uniforme, se adquiere el hábito de estar derecho y escuchando las voces de mando, se educa la atención. La gimnasia y los ejercicios hacen lo demás. Si algo queda faltando, de eso se encarga el Chato, cirirí de su hermano para recordarle sus deberes y mis indicaciones. Ah! señoras, qué par de hombres tan hombres van a ser esos dos muchachos!

Con todo y prepararse para barbar, Juliancito no tiene un solo barro. A Tulia y a mí nos lo debe por la buena sangre que le hemos transmitido. No saben los hijos cuánto deben agradecer a sus padres la pureza de alma y cuerpo que les infunden. Cuando vean seres raquíticos, podridos de sífilis heredada, perseguidos por los reumatismos y dolores de ca-

beza, y con deformidades morales, es cuando mejor podrán apreciar el beneficio de las virtudes paternas. Lo común es que no se den cuenta de ello y que se limiten a gozar la robustez y la alegría, sin percatarse de a quién la deben. Hay en esto su buen porqué de ingratitud.

Pienso irme por un mes a Tijuca, a dos horas de aquí por tranvía eléctrico. Es lugar fresco y donde podré hacer ejercicio a caballo. Besos y abrazos para todos.

Su Rafael

Rio de Janeiro, marzo 26 – 1907

Innumerables mujeres

Tengo el honor de referirme a vuestras epístolas, fecha 1º. De febrero y leídas anoche. Alabado sea Dios que entre tanta faldamenta no hubiera ninguna novedad. Como estoy arreglando mis libros y papeles para irme a pasar un mes en Tijuca, apelo al cómodo sistema de despacharme en una sola carta para todas. Así como así, poco hay en las de uds. (cambio el vocativo) a qué referirme por vía de respuesta. A Sixta Tulia sólo tengo que decirle que no se preocupe de mi viaje al Putumayo. No soy tan del gajo de los chupa-chupas para dejarme mandar allá. La carta de Luisa está larga e interesante. Ya que ha emprendido algunas lecturas, dígale a su marido que le ponga algún orden en ellas. No debe leer historia antes de haber leído geografía. La de Réclus es admirable por las descripciones y el estilo y le sirve para ejercitarse en francés. Podrían emprender con el Dr. y Lila una lectura en común, traduciendo. Oiganme ese consejo. Miren que si no se escucha a los padres, se pone en riesgo la felicidad.

Está muy bien lo que me dice sobre su amor a la niña, aunque yo he llegado a no ser partidario de los castigos corporales. Si allá hubiera estado los ayudaría al Dr. y a ud. a educar la princesita, sin perjuicio de haberme hecho querer de ella más que nadie, pues para eso “tengo el palito”. Cómo se me vuelve la boca agua cuando leo lo que sobre ella me dicen. Jamás reemplazaré el año que he perdido de estar a su lado. Es un vacío incolmable en mi vida, y la del hombre es siempre tan corta, para hacerle esta clase de expresiones.

Déjese estar que no sólo una vez satisfará su sueño dorado de ir a Europa. Antes de los 25 hará el primero y después, uno cada cinco años. Hemos de ir todos. Aguárdense no más

que nos pongamos al orden del día en materia de deudas, y que la regularidad de las entradas nos ponga a boyar. Lo importante es no llenarse de hijos, aunque si va sola con su marido, nos los puede dejar al cuidado de su mamá y mío. Ya pescó uno como la dama de la postal inclusa. Cuidado se pesca los otros nueve que por ahí andan.

Por más que me diga me duele su abandono del piano. No es disposición lo que le falta, sino ánimo. Y no es buena hija mía la que no se sobrepone a sí misma y vence la repugnancia que le imprime una forma cualquiera del deber.

Ni ud. Ni Lila volvieron a escribirme en francés. [ilegible]. Ya verán mis dos hombres cómo sólo cartas en francés me dirigirán. Es que esos sí son Uribes hasta los tuétanos! Conozco otros que llevan el apellido y no hacen todo lo que pudieran por merecerlo. Ser “Uribe”! pues no saben lo que todo eso significa? Quien ese apellido lleva está obligado a no perdonar esfuerzo para sobreponerse a los demás, o siquiera a no ser menos que nadie, en talento, en saber, en virtudes, en posición social, en todo lo bueno. Eso es de tradición en nuestra raza y no querría verla degenerar por ningún aspecto y en ninguno de sus individuos. Tengo la seguridad de que Julián y Carlos serán mejores que yo; así como podría jurar que mi nieta, –conjunción de dos buenas sangres– dejaría otras en mérito a sus progenitores. ¡Viva Dña. Luisa Urue-ta Uribe! Si para cuando crezca, son elegibles las mujeres, esa será gobernadora o presidenta. De fijo. En todo caso, será valerosa y no se le correrá, como su madre, cobardemente al piano. Voilà!

Que, según dice Tulita, no se eche a caminar de puro gorda y miedosa, es cuento aparte. Ninguno está dentro de sus calzones para saber el cálculo que tiene que hacer: la proporción de sus esfuerzos con la mole que tiene que mo-

ver. Ella es buena matemática, y si no camina es porque la cuenta no le sale. Pero miedo no es, una Urueta Uribe no tiene miedo. Esa es una calumnia. A la prueba me remito. ¿A que cuando esta carta llegue ya estará andando? No puede dejar sin estrenar las alpargatas y la corrosca que tenía para ir a encontrar a su papá. Madre y señora mía! Quién me diera un huequito por donde yo la viera en esos arreos de campesina! La gordura se le ha de derramar de la alpargata y los cordones se le anudarían marcados con huella rosada sobre la carnecita blanca. Ah! primor.

Dije a Lila que recibí el retratico de su Daniel, pero espero el otro que me ofrece. Deseo que haya venido robusto de la hacienda y que sus negocios marchen bien. De juicio, supongo, intachable. No? Recuerdos a él y a su familia.

Buena la letra de Tulita y de Inés, pero muy cortas las cartas. Devolveré en adelante, sin leer, las que tengan menos de una página. Yo no soy ningún pordiosero para que me contenten con migajas. ¿Y porqué se guarda Tulita todo el frío, que dice que no la deja escribir? Mándeme un poco acá, que buena falta me hace.

Tijuca está aquí a hora y media sobre una cuchilla, apenas a unos 500 metros sobre el mar, pero es clima más fresco, y allí podré montar a caballo. Estoy durmiendo mal y haciendo digestiones difíciles; todo por falta de vida más activa.

Los muchachos llegarán bien a Buenos Aires, según cable que me pusieron el 23; el jueves 28 seguirán para Chile a donde arribarán (a Santiago) el 29 por la noche. El 30 les telegrafiarán a uds. Y el 1º., chapulín! Otra vez a la escuela y al estudio, con nuevos bríos. Como dije, tengo propósito de ir a verlos en septiembre. Encontraré a Julián derecho y al Chato crecido. Me haré retratar con ellos. Hasta ahí, entonces, con esa trinidad de varones! (violeta se llama esta flor).

Al coronel y Dr. Urueta, que nada se me ocurre agregar a la esuela adjunta, sino buscar al Sr. Peña y entregarle lo que va para él, en propia mano; entre los dos resolverían en qué periódico publicar el escrito, o si no lo publican en Bogotá. Mando copias a Medellín, Barranquilla y Cúcuta.

Las cubiertas son semillas de “Yaraguá” que le vaya mandando, sírvase rotularlas a buenos amigos.

Adeus. Abrazo a todos por parejo, inclusive mi Sra. Adelaida y Amelia.

Rafael

Rio de Janeiro, marzo 31, 1907

Mis queridas Tulia, Luisa, Adelaida, Tulita e Inés:

Ayer tarde, sábado santo, recibí las cartas de uds., fecha 19 de enero, con las mejores noticias sobre la salud de todos ocho, uds. cinco, mi Sra. Adelaida, Amelia y su nenita.

Sus cartas vienen llenas con el relato de su primer cumpleaños. Está claro que esa mujer ha venido a ser el eje alrededor del cual gira toda la familia, y está claro que les han dado yerbas. Hasta mí ha alcanzado la virtud de los hechizos. Muy alegre me he puesto al saber que los mitones le sirvieron y que llegaron a tiempo, justamente la víspera del santo. Qué tino el mío, no? Tulita e Inesita merecen todo mi aplauso por su cuelga a la niña, reuniendo peso a peso lo que les había de costar. Es mucha gracia en ellas, que para otras cosas son tan malas. Deploro que el Dr. Urueta hubiera estado ausente el día de su hijita, y que sólo pudiera dirigirle un telegrama. Recuerdo que cuando el Chato cumplió su primer año, yo estaba en Bogotá desterrado, y luego Tulia me telegrafió para decirme que el Chato había comenzado a andar. Con gusto hubiera pagado también un cable avisándome cuando empezó a caminar mi nieta, pues la supongo ya entregada al arte de la locomoción y hasta al coreográfico. ¿Se acuerda de cuando yo ponía al Chato sobre una mesa, delante de un espejo y él se ponía a zapatear con una rapidez asombrosa? Por eso anduvo tan pronto. Pero mejor es que se tarde algo, para que con las articulaciones ya algo endurecidas no se le tuerzan las piernitas.

¡Qué gran lástima es que ni Luisa ni Adelaida sepan pintar ni dibujar a lápiz siquiera! De lo contrario, habrían podido mandarme dentro de la carta una hoja de papel en que viniera reproducida una mano de la nena, calzada con su

mitón. Madre y señora mía! Cómo hubiera yo gozado. Es una pena, cómo no, que mis hijas tengan tan pocas artes de adorno. Talento no les falta. Ocasiones de aprender, tampoco. Maestros sobran. Tiempo, otro tutor. Dinero no faltará. Voluntad es lo que no hay.

Felicito a Lila por haber vuelto a tomar su clase de piano, y por el triunfo que indudablemente obtendrá en el concierto, con el valse de Chopin. En este año olvidarían el poco francés que sabían. Si de practicarlo dependía que progresaran, ya se lo que sucederá. Como si no las conociera! Pues que mejor que escribirme en francés? Y no lo hacen. Enseñándoles a ella y a Inés también adelantarían. Pasando de discípulas a maestros, es como mejor podrían emplear lo que saben. Me consta que no lo harán. Apuesto que no lo harán. Pues si me las sé de memoria. Ah! mujeres las de mi casa.

Muy halagadas estaban todas con regreso inmediato mío. Ya les dije que no está tan próximo. En todo caso no podrá ser antes del fin del año, creo. Salvo que sobrevenga alguna circunstancia que abrevie ese término.

Hoy domingo de Pascua, me traslado a vivir un mes a Tijuca, donde espero mejorar de mi dispepsia montando a caballo y suspendiendo un poco el trabajo intelectual.

Orgullosas deben estar las Adelaidas, de que sea su nombre el primero que haya aprendido a pronunciar Luisita II, como orgulloso estoy yo de que señale el retrato de "su papá Uribe". Enséñenle también las de sus tíos Julián y Chato.

Adiós. Los abrazo y las beso a todas y bendigo a mi nietecita.

Su Rafael

Tijuca, abril 12 de 1907

Mujeres de mi corazón (cualquiera diría que este es un vocativo de polígamo).

En un día como este, hace medio siglo menos dos años, en la hacienda de Palmar, distrito de Valparaíso, provincia de Sudoeste, Estado de S. de Antioquia, República de Colombia, Sur América, Globo Terráqueo, Sistema Solar (con estas señas es imposible equivocarse el No. y la calle), daba un muchacho su primer berrido, y tantos más dio después y tanta fama de llorón tuvo que le pusieron por apodo “jilipliegues y huevo podrido” y por burla (General Córdoba), por lo cobarde que era, no imaginando nadie que de tal modo perdiera el miedo que no faltara quien lo equiparara, ya de verás, al mártir del Santuario. Mucho tiempo también se le tuvo por bobo a causa de su extremada simplicidad, que a la hora de aproximarse a la media centuria, no ha acabado de perder. Todavía cree en la buena fe de los demás; midiéndolos por el patrón de su propia rectitud, tiénelos a priori por caballeros, y como no se cura de semejante inocencia, se lleva a cada nada chascos y decepciones que lo dejan turulado. Cuando se atreve a ser sincero, en medio de la mascarada universal, en que nadie da la cara ni dice lo que piensa! Por eso, jamás sirvió ni servirá para político, de lo cual está convencido.

Soy don Yo de Castilla, como decían orgullosamente nuestros antepasados chapetones, el dueño de estos datos autobiográficos, que trazo en charla, para ocultar la tristeza de verme tan lejos de mi casa y tan solito el día de mi cumpleaños. Bien de salud sí estoy; con el ejercicio a caballo estoy haciendo menos malas digestiones y durmiendo algo mejor. Me molesta en estos días una ulcerita en la garganta, pero ya desaparecerá. Mi departamento es alto, espacioso, tranquilo

y lleno de aire y luz, que es lo que me encanta. Todos los días monto y me voy por la floresta, tres o cuatro horas. Con un mes de esta vida, me robusteceré bastante. Y si no, no me hace falta: “manteca no es bastimento”.

Mando a Tulia las cartas que los muchachos me escribieron de Buenos Aires. Progresan en soltura de estilo, con un poco de desenfado y gracia. Tulia debe escribir una cartita de atención a mi comadre Helena del Castillo, Buenos Aires, Avenida de Mayo, No. 586, dándoles a ambos las gracias por las finezas que dispensaron a nuestros muchachos. Hay que saber ser agradecidos mi señora.

La policía secreta que tengo organizada en Bogotá me informa que Tulia se ha entregado de lleno a fumar. Le incluyo las diversas caras de una solterona desesperada mientras no encuentra charuto, inclusive la de ponerse a llorar. Pero al fin se consuela al agarrar su trabuco.

Y como no tengo cartas de uds., aquí termino ésta, abrazándolas y besándolas en cargamentos, pero aparte y con mucha delicadeza a mi divina nieta. Recuerdos a mi Sra. Adelaida y Amelia.

Su Rafael

Río de Janeiro – “Tijuca”, abril 22 de 1907

Mi querida Sixta Tulia:

De nuestros hijitos recibí cartas de siete del corriente. Buenos y contentos y ambos en el grupo de alumnos distinguidos a quienes la Escuela ha dado salones especiales de estudio, muy confortables, según dicen ellos. El Chato está mandando veintisiete cadetes, todos de más estatura y edad que él. “He estado muy enérgico con mi curso, dice, y todos se me portan muy bien”. ¿No desearas verlo por un agujerito, ordenando los ejercicios al frente de su pelotón? Se me imagina que los Jefes y los grandulazos han de sonreír viéndolo dragonear de Oficial, a él, tan chiquito. Pero él hará como que no se fija y seguirá dando sus voces, tan serio. ¿Y no es un orgullo para Colombia y para nosotros que, desde el primer año, el muchacho haya adquirido superioridad en un país como Chile, tan militar y de juventud tan robusta e inteligente? Yo, como colombiano y como Uribe, estoy dichoso. El otro va más despacio, pero llegará también. Ha estado atravesando el difícil período de la pubertad; de este año en adelante se le verá progresar.

“He tenido mucho que hacer”, dice dándose importancia el Chato: “arreglar libros de estudio, hacer ocho listas de clases, separar los libros para entregarlos al Curso, y todas las demás obligaciones que tiene un Comandante de Estudios”. Ahuecará la voz, fruncirá el entrecejo, se estirará, hará como que se refuerce el mostacho y se cuadrará hecho un gallito. Y es que es muy gallo, eso sí.

Tienen álgebra y otros cursos de matemáticas, dibujo panorámico, francés, alemán, y no sé cuántas otras materias. De seguro que las aprenderán muy bien pues iban llenos de bríos y muy pundonorosos.

Dicen que oyendo al joven Angulo tocar en el piano a “Czarina” recordaron a Luisa y Lila, y les parecía verlas al piano “tocando con esa gracia que tienen”. También yo anoche estuve recordándolas cuando la banda tocaba una de las oberturas que les prestó la niña Durán. Pobrecitos! Ni ellos ni yo volveremos a escucharlas en mucho tiempo, o tal vez nunca, porque como Luisa abandonó el piano...

Habían recibido un ricito de la nena, con el cual estaban felices. Más que yo, que no he recibido el mío. Espero que por ahí vendrá y ya tengo listo el guardapelo en la cadena del reloj. El cachumbo de mi nieta será el mejor amuleto de la buena fortuna.

—Hoy abril 24 acaban de traerme tus cartas de febrero 23 y marzo 7. Yo bien sabía la alegría que les causaba telegrafándoles que Julián, Chato y yo estábamos aquí juntos y bien calculaba la envidia que nos tendrían. Los abrazos y besos que me encargas les diera en tu nombre, los recibieron con anticipación; y las descripciones que me pides sobre sus figuras, estarás leyéndolas a estas horas, pues fue lo primero que le escribí. Ellos poco han variado, como te dije, fuera del crecimiento de Julián.

Tienes este resto de año para reflexionar sobre el envío de Tulia e Inés a educarse en Suiza. Ahora dices que “no condescenderán nunca, porque las hijas no deben separarse de la madre, pues se crían voluntariosas y sin amor para los suyos”. Poca razón me parece esa si no tienes otra. Lo mismo dijiste respecto de Julián y el Chato, y ves —bien lejos de minorar— el cariño por su familia crece con la ausencia. Lo mismo ocurriría con las niñas: ellas son de muy buenos sentimientos para temer que se olviden de su casa, fuera de que con la correspondencia se les cultivaría el amor a los suyos. Lo que yo veo es que con poco más de lo que se paga

en Bogotá, para no educarlas, se les suministraría en Europa una educación completa, sobre todo en Suiza, tierra de la pureza y de las buenas costumbres. Si solo tienes que oponer tu voluntad, sin dar mejores razones que las mías, yo podría alegar mi autoridad como jefe de familia; pero creo que acabarás por convenir en el nuevo sacrificio que se impone a tu corazón de madre, en vista de que es por el bien de tus hijas. Ya ves que la experiencia ha demostrado plenamente que de mi parte estaba la razón en el debate respecto de los muchachos. Grande es la pena durante cuatro o cinco años de ausencia; pero queda el resto de la vida para gozar su compañía, después de haber labrado su porvenir. Piensa y avísame. Te abraza

Tu Rafael

Tijera, Junio 22 - 1907.

Queridísimas Sra. Julia, María Luisa, Adelaida, Felita, Inés y Lucila Urqueta Olives:

He leído sus cartas de 25 de abril, pues aunque la última de Ud.^a todavía no sabe escribir, ocupa tanto espacio en las cartas, de las demás, que es lo mismo que si las escribieran; ¿Cómo va a ser cierto lo que dice Julia "que no se siente que haya muchacha en la casa"? Que no se enferme, que no lllore, que no dé brega, eso es una cosa; pero apuesto a que no hay momento del día en que no estén pensando en ella y ocupándose de ella. Lo "que sea" mujer que se acuesta a las ocho y sólo despierta a las siete de la mañana siguiente, durmiendo así a puerta cerrada once horas de su tiempo, revela una salud admirable, y una buena educación. ¿Duerme también de día? - ¡Sueño que no! Cuánto me envidia me da de ese delicioso sueño! Lo que hace meses sólo alcanzo a dormir tres horas, y después me pongo a dar vueltas en la cama, e tengo que emprender alguna lectura hasta el amanecer! Cambio las horas de baño, modifico la alimentación, suspendo el trabajo intelectual y aumento el físico, y nada consigo. Puede ser que en el viaje por mar y el cambio de clima, cuando siga al norte, me vuelva el sueño.

Ya les escribí a los muchachos, quitándoles la ilusión de que iría a verlos en Setiembre. Cobalicé ellos y probe de mí, teniendo que renunciar a esa esperanza y viendo que ahora sí se pasarán varios años sin volver a abrazarnos. Se apenarán como me he apenado yo; pero de esta clase de sinsabores está sembrada la vida, y no por eso debemos dejar de vivir.

110

25

no durado de ir á Europa. Antes de los 25 hará el primer
no y después, una cada cinco años. Temo de ir todos. A
guárdense no más que nos pongamos al orden del día
en materia de deudas, y que la regularidad de los en-
trados nos ponga á boyar. Lo importante es no llevar
se de hijos, aunque si na sola con su marido, no los pue
de dejar al cuidado de su mamá y mío. La pescó una
como la dama de la postal inglesa. Cuidado se pesca los
otros nueve que por ahí andan!

Por más que me diga, me duele su abandono del piano. No
es disposición lo q' le falta, sino ánimo. Y no es buena hija
mía la que no se sobrepone á sí misma y vence la repug-
nancia que le inspire una forma cualquiera del deber.

A ti no, ni él, ni volveré á escribirme en francés. Últimamente.
Ya verán mis dos hombres cómo solo cartas en francés me di-
rigirán. Lo que es sí son Nihilos hasta los tréintanos! Como
es obras que llevan el apellido y no hacen todo lo que perden-
ran por merecerlo. Ser "Nihilos"! pues no saben lo que todo eso
significa? Quien ese apellido lleva está obligado á no perdonar
esfuerzo para sobrepasarse á los demás, ó siquiera á no ser
menos que nadie, en talento, en saber, en virtudes, en posición
social, en todo lo bueno. Eso es de tradición en nuestra ra-
za y no quería verla degenerar por ningún aspecto y en
ninguno de sus individuos. Tengo la seguridad de que Julián
y Carlos serán mejores que yo y más que yo; así como podría
jurar que mi nieto, conjugación de dos buenas sangres - de-
jará atrás en mérito á sus progenitores. Viva ^{Doña} Luisa Urbela Nihilos!
Si para cuando crezca, son elegibles las mujeres, ^{sea} será Goberna-
dora ó Presidenta. De fijo. - En todo caso, será valerosa y no
se le correrá, como su madre, cobardemente al piano. Vaila!

Tijuca, junio 22 1907

Queridísimas Sixta Tulia, María Luisa, Adelaida, Tulita Inés y Luisita Urueta Uribe:

He leído sus cartas de 25 de abril, pues aunque la última de uds. no sabe escribir, ocupa tanto espacio en las cartas de los demás, que es lo mismo que si las escribiera ¿Cómo va a ser cierto lo que dice Tulia “que no se siente que haya muchacha en la casa”? Que no se enferme, que no lllore, que no de brega, eso es una cosa; pero apuesto a que no hay momento del día en que no estén pensando en ella y ocupándose de ella. Lo de que sea “mujer que se acuesta a las ocho y sólo despierta a las siete de la mañana siguiente”, durmiendo así a puño cerrado once horas de un tirón, revela una salud admirable, y una buena educación. ¿Duerme también de día? Supongo que no. Cuánta envidia me da de ese delicioso sueño! Yo que hace meses sólo alcanzo a dormir tres horas y después me pongo a dar vueltas en la cama, o tengo que emprender alguna lectura hasta el amanecer! Cambio las horas de baño, modifico la alimentación, suspendo el trabajo intelectual y aumento el físico, y nada consigo. Puede ser que con el viaje por mar y el cambio de clima, cuando siga al norte, me vuelva el sueño.

Ya les escribí a los muchachos quitándoles la ilusión de que iría a verlos en setiembre. Pobrecitos ellos y pobre de mí, teniendo que renunciar a esas esperanza y viendo que ahora sí se pasarán varios años sin volver a abrazarnos. Se apenarán como me he apenado yo; pero de esta clase de sinsabores está sembrada la vida, y no por eso debemos dejar de vivirla.

Vuelvo a encargarles que me manden sus medidas de cuerpo y de calzado a Nueva York, por si el gobierno me otorgase la licencia que he pedido para ir a Bogotá, y si no,

en Trinidad y Curazao, islas á donde llegaré y que son puertos francos, se compran cosas baratas. Háganme una lista de lo que más necesiten. Por supuesto mándenme medidas del Dr. Urueta y de la nenita.

Veo que Lila practica francés con Ernesto Murillo (ya se restablecieron las relaciones con el compadre?), pero Luisa no. Veo que el Dr. Urueta y Lila iban a tomar clase de taquigrafía, pero Luisa no. Veo que Lila iba a tocar en un concierto, pero Luisa no, cuando una pieza de las dos, a cuatro manos, habría hecho furor. ¿Es que Luisa, antes de los 20 años da por cerrada su vida? Es que resuelve no aprender ya más nada, y más aún, olvidar lo que sabía? Se echa definitivamente al abandono y la pereza? Cómo me contrista y desespera este modo de ser! Parece que sólo estudiaron un poco para pescar marido, y una vez logrado, entregarse a la ignorancia y la dejadez. No reconozco ahí mi sangre, ni la sangre de mi padre! A los 80 podré llegar, y daré por perdido el día en que no haya aprendido algo, leído algo, escrito algo, moviéndome, en fin, de alguna manera para darme cuenta de que no estoy muerto todavía. Porque es claro: no hacer nada es lo mismo que estar muerto.

Por supuesto que considero tiempo perdido para Lila estudiar taquigrafía. Más le valiera dedicar el tiempo que en eso emplee en recuperar su antigua forma de letra, que ha dañado lamentablemente, como Luisa también algo la de ella. A propósito: qué tiene que ver que el nuevo maestro de escritura de Julita no sepa enseñar, para olvidar lo que había aprendido? Cómo Inesita sigue haciendo letra regular, aunque sea para poner descalsa una o?

Celebro que ésta diga que está más aplicada este año que el pasado, aunque eso sea confesar que entonces fue desaplicada, y es una iniquidad perder el tiempo y malgastar el dinero que

su padre le cuesta tanto trabajo ganar, y que otras niñas saben aprovechar mejor. Me agrada que le guste el francés y que pronto me escriba en esa lengua. La cuestión es que las dos la aprendan a hablar pronto, pues yo no renuncio al proyecto de mandarlas a Suiza. Pregúntenle a Ernesto Murillo si esa idea es buena o no. Está bien que Tulita estudie inglés, pero si se le ha de confundir con el francés, debe preferir limitarse ahora a éste, hasta dominarlo completamente.

* * *

Junio 25

Acabo de leer las nuevas cartas de uds, fecha 1º. de mayo, a que sólo tengo tiempo de referirme rápidamente, pues es tarde. Sólo encuentro la novedad de las respectivas indigestiones que tuvieron Tulita y mi Sra. Adelaida. Siempre creí que el vicio principal en casa, después de la pereza, fue la gula. Haya o no apetito han de repletarse de chocolate y dulces al medio día y por la noche. La higiene racional sólo tolera, además de un desayuno ligero, dos comidas diarias. Uds. toman cinco. Entre el almuerzo y la comida, no debe fatigarse el estómago propinándole nuevos alimentos, sin haber hecho la digestión de los anteriores y llegando así también a la hora de comer sin haber digerido las malditas onces. Sobre los grandes de la casa yo no tengo ningún imperio, y tienen uso de razón para saber lo que les aprovecha o les daña, aunque hasta debieran procurar disminuir la voráGINE de los gastos diarios. La economía que en eso se hiciera representa poco menos que el interés del capital que se empleara en comprarnos una casita propia, que hasta falta nos hace... Pero respecto de las menores sí tengo derecho a mandar, y lo hago prohibiendo terminantemente a Tulia

que de dinero a Tulita e Inés para onces y que les preste las llaves al volver del Colegio. Que pasen del almuerzo a la comida, sin tomar nada en el internado. Yo sólo estoy obligado a darles al almuerzo y comida: que sacien su hambre, si la tienen, en esas dos ocasiones. Pero no quiero que dejen los platos que en ellos se les sirva, por falta de apetito, a causa de las golosinas, porque eso representa para mí doble gasto y doble pérdida. Y yo sí tengo idea cabal de su independencia pecuniaria, y estoy resuelto a aprovecharmela, empezando por poner orden entre los que, dentro de mi misma casa, son enemigos de ella, y enemigos declarados de mi tranquilidad. No otra cosa son que enemigos míos, y de las penas, las que por falta de método enferman como Tulita, y viven débiles y flacas, haciendo llamar médico y perdiendo el tiempo para estudiar, y causándome afanes; enemigos míos son los que no toman el bacalao para robustecerse; enemigos los que dejan la clase de piano, para olvidar lo que con tantos sacrificios de dinero y esfuerzos, aprendieron; enemigos los que pudiendo, como Sixta Tulia, impedir todos esos desórdenes, con sólo interponer su autoridad, los toleran o los autorizan con su complicidad. ¿Qué necesitan de pedir régimen al médico, si todo marcharía bien con seguir el que toda la vida les he aconsejado: madrugar, bañarse, hacer ejercicio, comer a horas y abstenerse de chucherías?

En el estado de excitación nerviosa en que vivo, por tantas causas que allá saben, y que es lo que me impide dormir y mantiene flaco y pálido, tengo para una semana o para un mes en un desagrado de estos, para ponerme a vibrar con indignación y rabia, viendo que de mi familia, de donde sólo debiera esperar satisfacciones, me llegan motivos adicionales de queja; y así yo no puedo distinguir entre los de mi casa y un César Sánchez o un Lázaro Marroquín. Con

la adehala de que éstos son libres para mortificarme, porque a nada están obligados conmigo; mientras los desarmes originados por la familia, me hieren más hondo, porque no los esperaba, y porque he trabajado y trabajo sin tregua por evitármelas. Infeliz de mí.

Cierro esta carta con la boca amarga, y así resentido quedaré hasta que se me prometa ceñirse estrictamente a mis indicaciones y atender los del Dr. Urueta.

Rafael

Beso y bendigo a mi nietecita, única que no tiene culpa de estas cosas. Pobrecita, mi china, creciendo en medio del mal ejemplo que le dan.

Río de Janeiro, "Tijuca", julio 22 de 1907

Mi bien querida Sixta Tulia:

Por el correo pasado me fue imposible contestar tus cartas de 7 y 20 de mayo. Estaba muy atareado dándole la última mano a la Conferencia que dicté el veinte por la noche, en la Sociedad de Geografía. Hubieras visto a tu marido en la tribuna, teniendo por oyentes al Presidente y sus Ministros, al Cardenal, Almirantes, Generales, académicos y la mar de señoras y muchachas; y hubieras escuchado los aplausos y felicitaciones, creo que habrías estado orgullosa. Solo te tocará imponerte de la noticia y leer la Conferencia.

Inclusas van cartas de nuestros muchachos. Contienen referencias a una tuya que les mandé, advirtiéndoles que no les causara la repetición eterna en tus cartas de las frases sobre "la falta que te hacen", pues como madre, era lo que tenías que decirles (aunque hasta te he advertido que varíes un poco los temas). Pero ya ves que les enseño a quererte, si es que ellos tan cariñosos lo necesitan.

Otra referencia que contienen es a una carta mía en que con motivo de la ulcerita tenaz que tuve en la garganta y que sólo resultó ser una [ilegible] procedente de la mala digestión, llegué a temer que fuera de carácter maligno, cáncer u otra cosa; y les decía que en esa creencia, había contemplado con entera frialdad la contingencia de mi desaparición por lo que personalmente me tocaba, y que sólo lo sentía por ti y por los hijos. Pero que había experimentado como causa de mayor serenidad el tener una póliza de seguro de vida, pues con eso a lo menos uds. no quedaban en la pobreza absoluta. Los buenos sentimientos que esas reflexiones les inspiraren los verás expresados en las cartas que te remito.

Realmente, siendo la muerte un hecho inevitable, que ha de venir de un día para otro, muchas veces cuando menos se la espera, bueno es de vez en cuando contemplar de frente esa contingencia, para habituarse a ella, y sobre todo para disponer las cosas con arreglo a ese fin. Ya ves al pobre Emilio Fergusson quien, desde antes de venirme, tuvo ya un ataque, pues ya lo aquejaba la arterioesclerosis que, sin duda, lo mató, y según me dices, deja la familia mal; mientras que si yo me fuera, el valor de mi póliza de seguro, serviría de algo. Mejor es la previsión.

Mando más tarjetas de luto, para esa atención y la de la familia de Don Evaristo Escobar, Don Francisco Marulanda, I. Calderón y demás duelos ocurridos o que ocurrieren. Ojalá puedas hacer visitas especiales en mi nombre, fuera de las de tu obligación, para llevar a los deudos mi pésame.

Como digo al doctor Urueta, en mi incertidumbre de poder asistir al matrimonio de Lila, es menester que lo dispongan como si no pudieran contar conmigo. Será de las mayores penas de mi vida. ¿Pero qué hacer? He vuelto a dormir algo, y estoy bien de salud. Te besa y abraza

Tu Rafael

Nueva York, octubre 12 de 1907

Señoras Sixta Tulia y Compañía:

Muy apreciadas señoras y amigas:

Sin ninguna de ustedes a qué referirme, sin duda porque me creían de marcha, confirmo mi anterior y el cable que antes de ayer les dirigí para avisarles que no podría seguir hoy, como lo tenía anunciado, por no haber podido terminar la compra de las mercadería por cuenta de su estimable casa. Aunque es grande la abundancia de artículos en los almacenes Wamamaker y otros de los más notables, propiamente no hay variedad sino en las cosas muy caras, y resulta difícil encontrar acomodo entre el gusto del comprador y su capacidad pecuniaria. Se pasan horas y horas viendo bellezas, pero fuera del alcance pecuniario, y solo después de largo examen encuentra uno lo que le conviene. No me es posible, pues, adquirir los encargos que se me han hecho, prefiriendo limitarme a comprar lo más necesario y útil, que no es poco. Pueda ser que logre satisfacerlas siendo ustedes tan modestas y cariñosas.

Por ejemplo, tengo la pena de anunciar a Lila que hasta ahora no he podido hallar el traje de ceremonia que me encargó; habiendo de ser de cola, aquí no se usa, y habría que mandar hacerlo, lo que pide tiempo, y se corre con el riesgo de no quedar a satisfacción, y estar, sin embargo, obligado a recibirlo. Así es que probablemente, tendré que renunciar a comprarlo. Las demás cosas si están ya casi todas adquiridas, menos la piel que encargó Sixta Tulia: aquí son carísimas en esta estación. Además he considerado que siendo muy limitada la suma de que podía disponer, debía de preferencia destinarla a lo más necesario y útil, como la ropa blanca, los vestidos de más uso, los abrigos y sobretodo, fajas, chales, medias, pañuelos, sombreros, sábanas, fundas de almohada,

manteles, servilletas, toallas, blusas, calzado, edredones, cinturones, abanicos, perfumes, cepillos y polvos de dientes, cuchillos de mesa. No pudiendo abarcar lo de lujo y lo necesario para la vida diaria, he tenido por fuerza que limitarme a lo segundo, y aun así, ya llevo invertido un caudal. Puede ser que logre satisfacerlas, siendo uds. tan modestas y cariñosas.

El 19, según aviso por cable, saldré para estar en Barranquilla por allá el 28. Si hago la visita a Santa Marta, por compromiso anterior, comenzaré a subir el río Magdalena hacia el 10 de noviembre, para llegar a la casa a fines del mes. Ya ven que no puede haber boda de Lila sino en enero. Tengan todo listo para que salgamos al campo en diciembre.

Ya he logrado dormir algo, y estoy reponiéndome regularmente. Así tendré fuerzas para la travesía. Al Dr. Urueta escribo por conducto de un amigo de B/quilla, pues supongo que él estará en Magangué o llegando.

Creo que yo no volveré a escribirles desde aquí. Entonces, ya será de palabra y mano a mano como volveremos a entendernos. Excusen el lenguaje comercial del principio de la carta: esta ciudad es muy mercantil, y de tanto tratar negocios estos días, se me ha pegado el estilo. Por aparte un besito y la bendición para la nietecita de mi corazón. Ah! cositas bonitas las que le llevo! Va a quererme más! Las besa y abraza su

Rafael

Barranquilla, noviembre 5 de 1907

Mi querida Tulia:

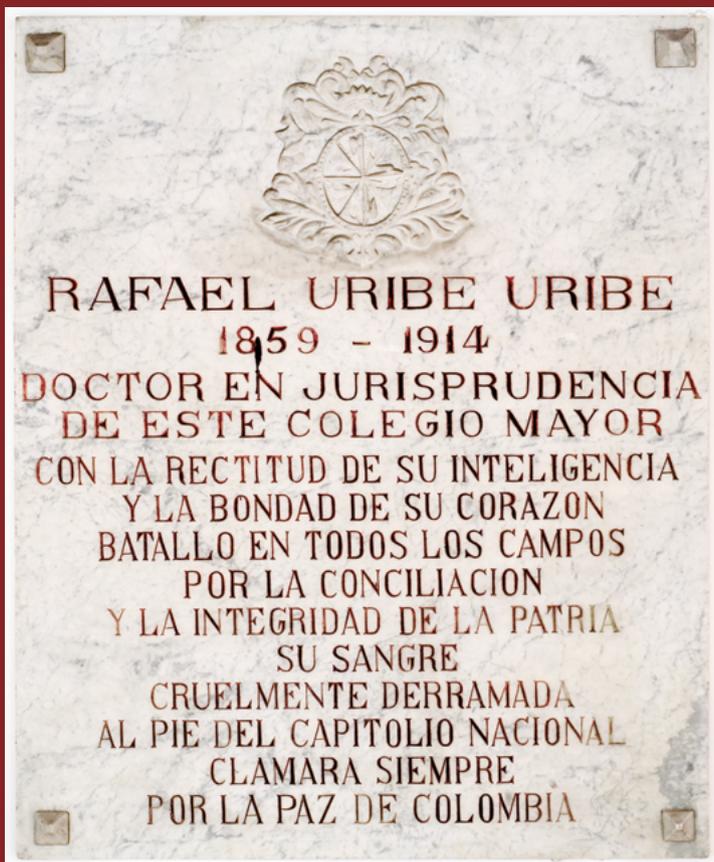
Mi compadre Murillo me mandó a Calamar tu cartita de 22 de octubre, al reverso de la cual escribió mi Lila unas líneas. Por la carta y por los telegramas, veo que todos están bien y esperándonos. No es menor mi deseo de continuar viaje, pero hasta el 8 no podemos seguir, para aprovechar un buen buque, el "Ofelia", en el cual la Casa Pineda López, etc. Cía. nos ha ofrecido galantemente pasajes de cumplimiento. Pensamos seguir por la vía a Girardot, según ya lo telegrafiamos.

Por los periódicos enviados a la Casa, verán todas las atenciones que me han sido dispensadas. En una correría que hice el sábado y domingo por Tubará, Usiacurí y Sabanalarga, para maltratarme un poco, me recibieron muy bien. Esa vieja popularidad, que algunos daban por extinguida dura aún y tal vez más bien ha crecido. En la subida del Río se verá si tienen razón o no los que me dan por desprestigiado.

Tanto el doctor Urueta como yo estamos muy bien de salud. Me alegro de las buenas noticias de la casa y de los muchachos, a quienes escribí de Colón y de aquí.

Desesperado por verlas y conocer mi nieta, no les escribo más. Hasta luego. Las abrazo su

Rafael



Placa en homenaje a Rafael Uribe Uribe en el Claustro del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Fotografía: Alberto Sierra

Este libro fue compuesto en caracteres Adobe Caslon 11.5 puntos, impreso sobre papel propal de 70 gramos y encuadrado con método Hot Melt, en septiembre de 2014, en Bogotá D.C., Colombia

El que tengo por Ud., Señalita de mi
alma, ya no es sólo amor, sino que ra-
ya en verdadera adoración. El placer que
siento a su lado es únicamente comparable
al que gozaron los ángeles en la presencia
de Dios; mirarme en sus ojos divinos, respi-
rar su aliento perfumado,

